

JUAN

TONOMA DE NUE

NERAL DE BIBLIOTH



DE CAVI



ALPICO



P36605

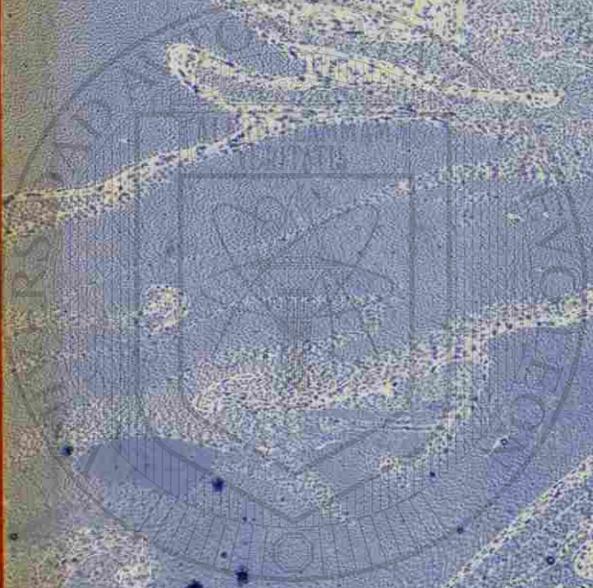
93

93

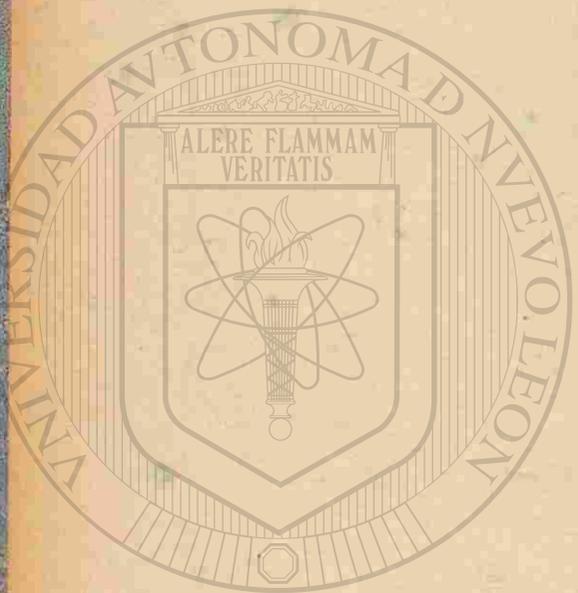




1080011623



UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY



de C. 960-S

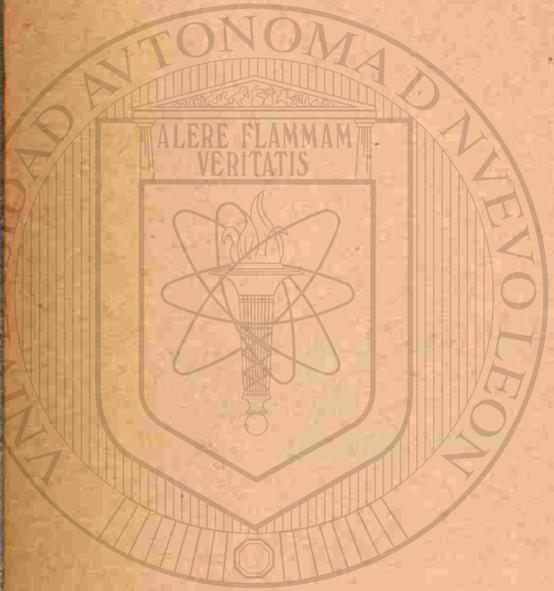
2955

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



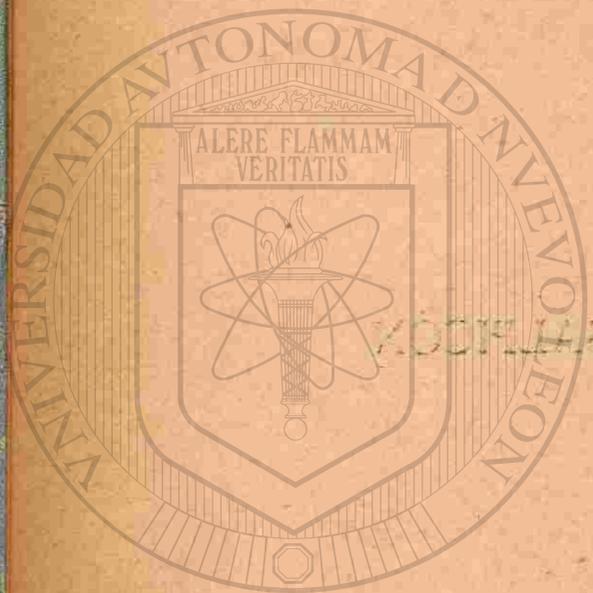
SALPICÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



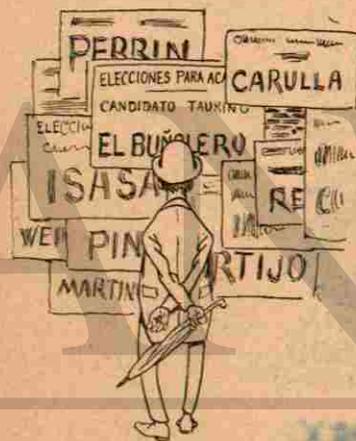


MARIANO DE CÁVIA

SALPICÓN

DIBUJOS DE ANGEL PONS

Fotograbados de Verdoux, Ducourtieux y Huillard, de París.



MADRID

Librería de Fernando Fé.

CALLE DE SAN JERÓNIMO, 2

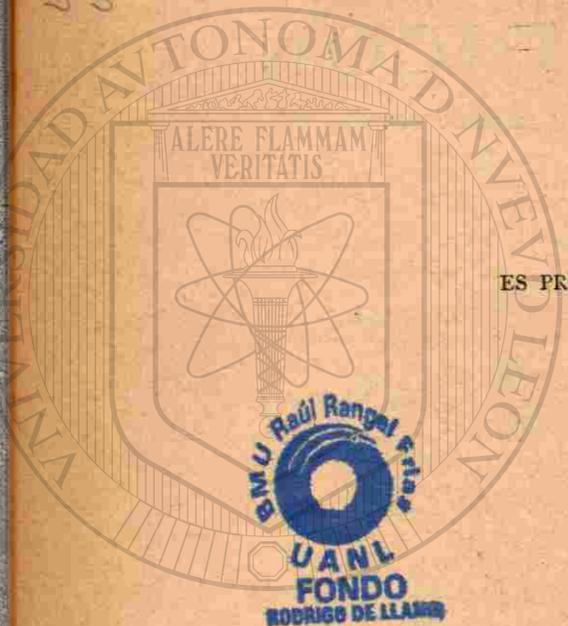
1892

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ 6605

.A 93

S 3



ES PROPIEDAD

FONDO
RODRIGO DE LLANOS

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

SALPICÓN

Don Quijote lo tenía en su mesa *las más noches* (según cuenta el puntual Cide Hamete Benengeli), y esto bastará para que el lector no se enfade si yo lo pongo en su mesa... una vez nada más.

El nombre al menos es clásico, castizo y bien sonante. La cosa está muy por debajo del nombre. *Salpicón*, siguiendo las pragmáticas del Sanhedrin del habla castellana, es un fiambre de carne picada, compuesto y aderezado con pimienta, sal, vinagre y cebolla.

¿Puedo ofrecer conducho más ramplón á mi rey y señor Su Majestad el Público? Ya ve el lector discreto que no ofrezco regalarle con francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, gansos de Lavajos, ni siquiera con cecinas del Castañar

*cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas...*

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como en *Azotes y Galeras*, el lector goloso no puede llamarse á engaño. La metáfora cocineril de que me valgo dá idea de lo que es esta nueva colección de artículos viejos; y eso que aún dentro de la modestia que parece implicar la metáfora, puede haber una pizca de vanidad y un poco de prescindencia.

—Veo—podrá opinar el crítico—la carne picada y fiambre, el vinagre, la cebolla... Lo que no percibo es la pimienta y la sal, de que habla el Diccionario en su receta.

¡Cómo ha de ser! Las metáforas de fogón son ocasionadas á semejantes objeciones, ni más ni menos que á cariñosas reprimendas de *Clarín*. Por si se le antojara á Alas amonestarme de nuevo con el consabido *¡menos cocina y más literatura!* me adelantó á decirle que esto ni es literatura ni es cocina.

Esto es un revoltijo de actualidades que fueron, y que acaso gusta recordar; un *spoliarium* de la política menuda, de esa política que tiene su Agora en el Rastro, y en el Salón de Conferencias un nuevo patio de Monipodio; un montón de efemérides de la frivolidad pública; un cajón de sastre,

pero de sastre de teatro, que así mezcla retazos del "peplum," de Medea con tiras del hábito de doña Inés de Ulloa, como revuelve el cisne del casco de Lohengrín con el plumero del general Bum-Bum; un ciclorama de feria en donde se ven juntos Cánovas y la Higinia Balaguer, León XIII y *Lagartijo*, monsieur Eiffel y *Jack el Destripador*, vistas de Madrid y vistas de Chicago; un amasijo de sobras y migajas de la crónica volandera; un saldo, en fin, de *gacettillas*.

Ni más ni menos. Ya ve *Clarín* que continuó desatendiendo sus advertencias... Este libro contiene la menor cantidad posible de literatura. Ya veremos de poner vislumbres y apariencias de ella en futuros volúmenes. Entretanto, echo á la calle *Salpicón*; y digo á la calle, porque hartó cuidará mi rumboso editor—como también esta prensa madrileña á quien debo tan grande y profunda gratitud—de que la edición no se quede en casa... En casa de Navamorcuede, como diría don Leandro.

Por lo que toca á la cocina, nada más fácil para el crítico y el lector—si el significado les molesta—que despojar á *Salpicón*

de toda "trascendencia," culinaria y de todo "simbolismo," de figón.

El Diccionario, que todo lo añasca, también lo arregla todo á veces. Ahí lo tiene el lector, zurciendo honestamente su voluntad con la mía, y declarándonos á entrambos que *Salpicón* es la "mancha producida salpicando."

Si; algunas salpicaduras hay en estas páginas para cosas y personas que quisieran permanecer constantemente immaculadas.

También quisiera yo darles ese gusto; pero el periodista moderno no dispone de un Pegaso ideal y alífero que le lleve por entre nubes de ópalo y grana, sino de trotones modestos (ó bien de simples bicicletas, á falta de trotones), que al pasar á escape por entre una muchedumbre que tiene los pies metidos en el barro, salpica involuntariamente á este ó al otro transeunte.

No hay que suponer por eso que me tengo por un Juvenal... de caballería.

Reléase lo que va escrito—si hay paciencia que á tanto llegue,—y se dará con la explicación exacta de *Salpicón*. Si las dos del Diccionario no bastaren, sepa el lector

insaciable que todavía trae una tercera ese precioso libro.

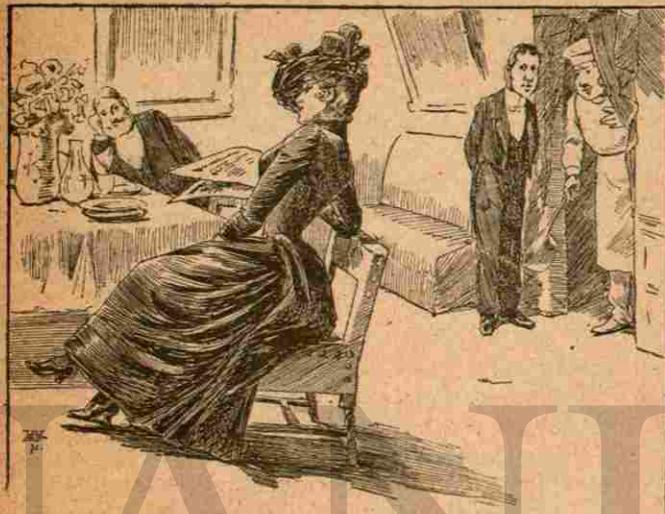
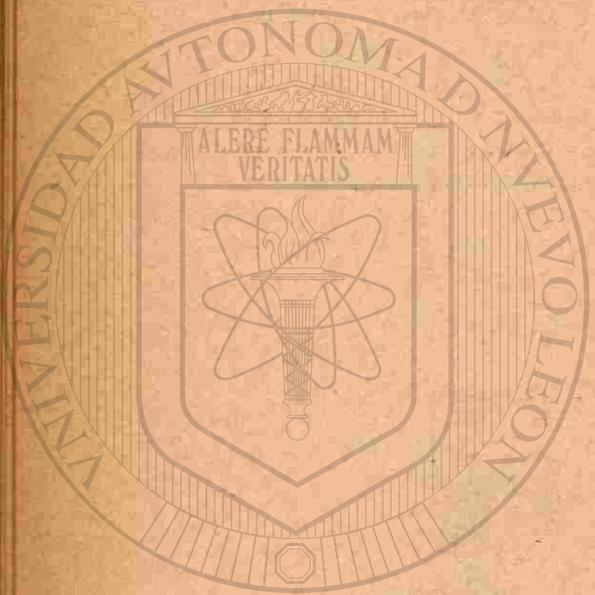
Salpicón, en sentido figurado, es una "cosa hecha en menudos pedazos."

Lector, por Dios, ¡no cambies ese sentido figurado en sentido real! ¡No aceptes, por los clavos de Cristo, semejante acepción! Y si la aceptas... *rompe, pero paga.*

Octubre de 1891.



BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON



PURÉ DE WERTHER

(MONÓLOGO DE UN COCINERO)

I
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIDIDAMENTE, hay nombres fatales, pre-
destinados. El mío es todo eso, y algo más.
Durante mucho tiempo, ha sido un nombre
ridículo... Cenir el blanco mandil, llevar el

clásico gorro del *chef de cuisine*, y tener un nombre romántico y novelesco, es el colmo de la anomalía.

Los madrileños más ó menos glotonos que hace algunos años — ¡dieciocho nada menos! — frecuentaban el Café Europeo, supieron un día que aquellas cacerolas, parrillas, sartenes y asadores pasaban á otras manos, á las de un nuevo cocinero, muchacho de gran porvenir.

—¿Es francés? — preguntaban los parroquianos.

—No, — respondían los camareros. — Es alemán.

Los alemanes estábamos entonces de moda. Sobre todo como cocineros... ¡Bismarck tenía la sartén del mango!

Otros parroquianos, más curiosos, preguntaban al dueño del *restaurant*:

—¿Cómo se llama el nuevo cocinero?

—Werther.

Y casi todos se echaban á reír.

Un día, después de examinar la lista uno de los clientes más socarrones, y de hacer un gesto de desagrado, exclamó:

—Ese Werther deshonra su apellido... ¿Cuándo le ocurrirá darnos *puré de suicida*?

¡Ah! tan sólo un caballero gordo, muy gordo, que era todo un sabio y todo un gas-

trónimo también, don Antonio Ferrer del Río, comprendió mi destino, y no quiso ocultármelo.

Estaba en los postres de una opípara y exquisita comida, y dijo, dirigiéndose á uno de los camareros:

—A Werther, que deseo felicitarle verbalmente.

Yo me apresuré á saludar verbalmente á don Antonio.

El cual, después de afables y corteses cumplidos, pronunció con solemnidad estas palabras:

—Lleva usted el nombre de un héroe de Goethe. Por ahí creen que usted pone en ridículo su apellido. La fuerza del sino jamás es ridícula. Usted será víctima de una pasión desordenada. Acuérdesse usted... *Habent sua fata nomina.*

¡En latín, y todo!

Aquella profecía me estremeció... ¡La profecía va á cumplirse, hoy 15 de Agosto de 1887!



II

Va á cumplirse, sí. Estoy enamorado, profundamente enamorado; enamorado hasta la médula de los huesos; enamorado como Romeo, Marsilla, Abelardo

y el caballero Des Grieux—yo soy un cocinero ilustrado;—enamorado como la mariposa de la flor, como la hiedra del roble, como el salmón de la salsa tártara, como las trufas del pavo, como el solomillo de las patatas *a la maître d'hôtel*.

Yo dichoso en paz vivía,

á guisa de tenor de zarzuela, rigiendo los estómagos y deleitando los paladares de estos bañistas que buscan en las aguas de Urbegorri-Urbegoechea, todo lo que aquí precisamente he perdido yo: la salud, el descanso, la vida.

Vivía en paz, cuando de pronto se pre-

sentó Carlota, mi ideal Carlota, mi viuda Carlota... Es decir, mi viuda no; la viuda del hombre dichoso y envidiable que gozó las primicias de su amor y de sus gracias. ¡Ella, á quien tantas veces había visto y contemplado en Madrid, sin que sus ojos azules, sus rizos rubios y su andar de diosa me produjesen la impresión fascinadora que me han causado aquí!

¿Será este fenómeno un efecto de las aguas?

En vano es buscar su origen. No puede tener más que uno. Ella, Carlota; yo, Werther... Es la fatalidad, como decían en *La bella Elena*.

III

¡Desdén como el suyo!

Junto á Carlota, Diana parece una Friné, Lucrecia una Tais, doña María Coronel una coquetuela de tres al cuarto.

¡Martirio como el mío!

Abrasado en su amor, empezaba á entorpecerse mi hábil mano y á embrollarse mis artísticas combinaciones. Poco á poco iba perdiendo la noción de las salsas. Hubo quien se quejó, y el propietario del establecimiento se vió obligado á decirme:

—¿Qué descuidos son éstos, Werther?
¿Quizás está usted enamorado?

—¡Cielos!—dije para mi delantal.—Este hombre sí que es de los que huelen dónde guisan.

Pero la Providencia velaba por él, por los bañistas, y... casi casi llegué á creerlo, por el desdichado Werther.

Cuatro días hace fué interrogado por Carlota mi confidente Pepe, el mozo de comedor.

—¿Quién está aquí de jefe de cocina?

—Werther, señora.

—Un alemán que...

—El mismo.

—Le conozco de Madrid. Ha estado en dos ó tres *restaurants*, y últimamente en casa del duque de la Gastralgia. Es un alemán muy simpático. Sé que es persona fina. Don José Rivero le pone en las nubes. ¡Ay! Dios ponga tiento en sus manos, porque yo soy muy delicada para la mesa, y no me avergüenza el decirlo: el plato es para mí una pasión.

Cuando Pepe me contó todo esto, estuve á punto de volverme loco de júbilo.

—¡Es gastrónoma!—exclamé derramando lágrimas de alegría.—Yo sabré hacerme dueño de su corazón, haciéndome antes señor de su estómago.

IV

¿Por qué ha dispuesto mi cruel destino que los coches de los viajeros lleguen á este establecimiento minutos antes de que la campana anuncie la hora de comer?

He ahí la causa de mi terrible infortunio, he ahí lo que va á darme la muerte.

Guiada mi mano por el amor á Carlota, preparé hace tres días una comida excelente. Treinta cubiertos. Una duda empañaba el cielo de mis esperanzas... ¿Vendrán á la hora de comer muchos viajeros?

Vinieron muchos más de los que se esperaban. Hubo que añadir á la sopa catorce ó dieciséis cazos de agua. Mi *puré d'écrivisses* resultó detestable. El *menú* se transformó completamente. ¡Ah! ¿Por qué no me quité la vida?

Pepe me dijo por la noche:

—La señora, al probar la sopa, ha dicho que no le disgustaba el *impuré*.

¡El *impuré*! Aún en la misma gloria haría este chiste mi eterna desesperación.

Al otro día, nuevo esmero, nuevo *menú*, nueva intranquilidad, ¡nueva desesperación! Treinta bañistas más, venidos de im-

proviso, aguaron mis esperanzas... y mi puré de pechugas.

Carlota dijo en la mesa:

—Vamos á perder el estómago. De aquí á Vichy. ¿Si tendrá participación en aquellos baños el dueño de éstos?

Ayer, por fin, tomé medidas extraordinarias. Mi emoción era inmensa... De un golpe se presentaron cuarenta nuevos bañistas.

Carlota se limitó á decir de la comida:

—¡Qué bruto debe de ser ese cocinero! Al fin y al cabo, alemán.

V

Estoy decidido.

Oigo ya á lo lejos el cascabeleo de los tiros de los coches. Aunque vengan cincuenta viajeros — cosa inverosímil y nunca vista — espero rehabilitarme; Carlota se chupará los dedos de gusto, y por comer, se comerá hasta las frases que ha pronunciado estos días.

¡Cómo me palpita el corazón!

Ya se acercan los coches... Mucho ruido parece que hay en la puerta del establecimiento... ¡A ver! ¡a ver!

VI

¡Setenta de un golpe!

¡Mi reputación, mis ilusiones, mi amor, todo perdido!

Estoy resuelto.

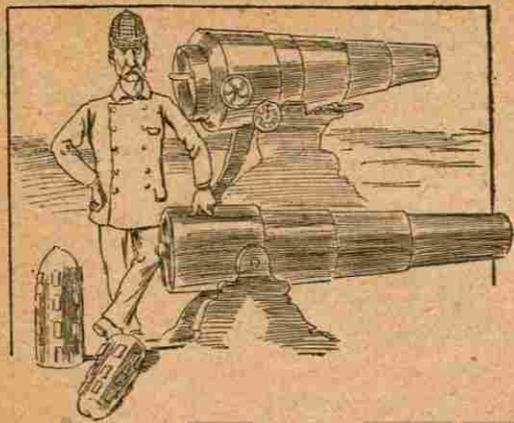
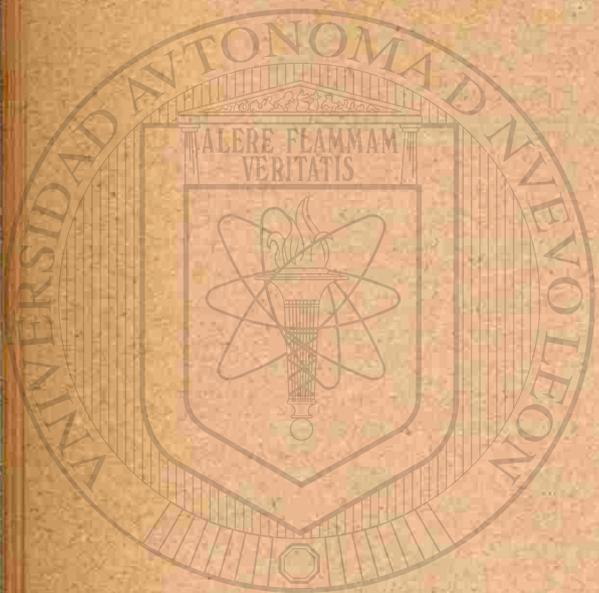
Moriré como Vatel. ¿Como Vatel? ¡No! Mi muerte ha de ser más artística, digna de mí y digna de Carlota... Brillat-Savarin ha dicho que el descubrimiento de un manjar nuevo es más beneficioso para la humanidad que el de cien estrellas. Quiero hacer bueno el aforismo de Brillat-Savarin.

He aquí la inmensa marmita de la sopa.

Su ebullición me atrae... ¡Esa será mi tumba! ¿Puede haber otra más digna de un cocinero? Corro á ella, ahora que nadie me ve.

¡Adiós, Carlota! Muero por tu amor. Hoy saborearás el puré de Werther... Hoy sí que encontrarás rica la sopa!





KRUPP

ESTE no es un *Plato del día* propiamente dicho, porque no es comestible, como no sea para los chacales, esos repugnantes carnívoros que —según M. Bernabó— *desentiegan los cadavérgues e se los comen vivos.*

Respetemos los designios de la Providencia y

*dejemos en paz yacer
a los que con Dios están,*

no sin dedicarles antes un último recuerdo.
Bien lo merece el famoso Federico Krupp,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuya muerte nos anuncia el telégrafo "con su terrible laconismo".

El derecho internacional y la música moderna han sufrido una gran pérdida.

Compañero de estudios y experiencias del doctor Bismarck, rector de la Universidad de Berlín, el profesor Krupp podía atribuirse buena parte en la paternidad de este famoso aforismo:

La force prime le droit.

Ningún otro tratadista, antiguo ni moder-



no, ha empleado mayor cantidad de argumentos en apoyo de una tesis. Los del profesor Krupp son más que contundentes... Trituran y aplastan á todo el que intenta rebatirlos.

Grandísima resonancia han tenido en toda Europa. Cualesquiera que sean las ideas

filosóficas del lector, no me negará que están admirablemente forjados.

La dialéctica de este gran publicista era de extraordinaria solidez. Su estilo, aunque algo retumbante, es el más acerado que conozco.

En tanto que Bismarck y Moltke explicaban en sus cátedras las doctrinas que les han dado fama superior á las de Kant y Hegel, su colaborador Krupp reunía y amontonaba en Essen (Prusia renana) toda clase de datos y pruebas fehacientes. Aquello no era un archivo... Era verdaderamente un arsenal.

Veinticinco mil amanuenses ayudaban al profesor Krupp en sus investigaciones y trabajos. Cuando se considera que Maquiavelo, Saavedra Fajardo, Montesquieu, Herberto Spencer y tantos otros, habrán necesitado, á lo sumo, de un par de escribientes cada cual, es cuando se puede apreciar en toda su gigantesca importancia los estudios con que Krupp ha reformado desde el derecho político hasta la geografía universal... Ahí está el mapa de Europa, que no me dejará mentir.

Y si de la ciencia pasamos al arte, ¿cómo no derramar también una lágrima á la memoria de Federico Krupp?

Es el coloso de la música moderna. Harto

más que Ricardo Wagner ha hecho él por el desarrollo, grandeza y apogeo de la música alemana. Tan sólo una falta puede reprochársele: su odio á la cuerda y la madera, y su excesivo abuso del metal.

Sus instrumentos han eclipsado los de las mismas leyendas paganas y bíblicas.—Si la lira de Anfión bastó para levantar los muros de Tebas, y las trompetas del pueblo de Israel para derruir los muros de Jericó, los cornetines balísticos de Krupp han hecho milagros mucho mayores.

Cuando en la Exposición Universal de 1867 obtuvo en París un éxito inmensamente superior al de la famosa cantata inaugural de Rossini, se resintió tanto el amor propio de los franceses, que no descansaron hasta inventar otros instrumentos, llamados ametralladoras, que sonaran mejor. No hay para qué recordar ahora el resultado de la competencia filarmónica celebrada entre franceses y alemanes en 1870.

Desde entonces, Krupp ocupaba en el concierto europeo el lugar que ocupa Bretón en los de Madrid.

Jamás se abría en ninguna parte el teatro de la guerra sin contar con la cooperación de este incomparable *maestro al cembalo*.

Ahora estaba sin contrata, por hallarse suspendidos los espectáculos en que tantos

servicios ha prestado; pero ejercía su alta inspección en las representaciones del baile de gran aparato *La paz armada*, que tanto furor está haciendo en toda Europa, y se ocupaba además activamente en preparar la *mise en scène* de varias obras cuyo estreno está muy próximo.



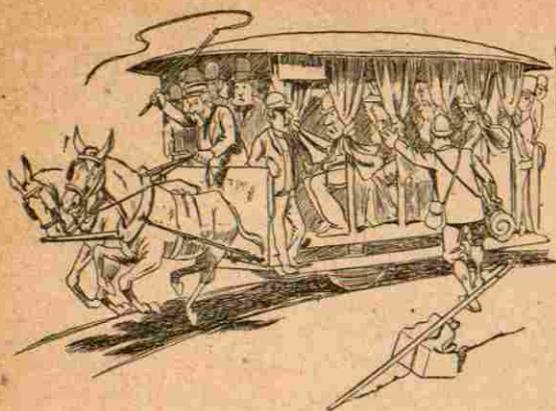
¡Lástima que haya expirado sin dar siquiera una función de despedida!

Pero deja un hijo que le sucederá dignamente, así en los estudios prácticos de derecho internacional como en las reformas instrumentales de la música moderna, y todo hace creer que ni las lecciones experimentales del profesor Bismarck, ni el repertorio lírico de las grandes potencias, su-

frirán gran quebranto con la desaparición del viejo maestro prusiano.

¡Que descanse en paz, aunque esta última palabra no sea ciertamente la más grata á los manes de Krupp!

ALERE FLAMMAM
VERITATI Julio de 1887.



DIEZ CÉNTIMOS, CUALQUIER DISTANCIA

DECIDIDAMENTE, ésta es la época de los Livingstone y los Stanley.

Pero como también es otro de los signos distintivos de nuestro tiempo el empeño constante de poner al alcance de todas las inteligencias lo que antiguamente absorbía las facultades de un Aristóteles ó un Newton, y al alcance de todas las fortunas lo que antaño disfrutaban solamente Cesos y Fúcares, ocurre de igual suerte que las energicas iniciativas de un Magallanes ó un

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vasco Núñez de Balboa puede satisfacerlas hoy *au bon marché* el más sedentario y perezoso de los burgueses.

Esta es la época de los Livingstone al por menor y de los Stanley con rebaja de precios.

Hay Vascos de Gama á real la pieza, Laperouses con parada y fonda, y Colonesbotijos.

Fuera de España hay sociedades para dar la vuelta á Europa, para viajar por toda América, para ir y venir por Asia, para darse un paseo por África, para realizar, en fin, por poco dinero y con todas las garantías apetecibles, *La vuelta al mundo*, letra de Larra, música de Barbieri.

Aquí hemos acomodado estos modernos apetitos á las cortas necesidades del país.

Mientras los *yankees* echan miradas codiciosas á Cuba, y los alemanes se relamen golosamente pensando en las Islas Filipinas, nosotros, con la decisión y denuedo de un Pinzón ó de un Legazpi, tomamos el tranvía del Este y plantamos el pabellón español en las Ventas del Espíritu Santo.

Otros, más audaces, llevan su heroísmo hasta tomar posesión del puente de Vallecas.

— En nuestros dominios — dicen — no se pone el sol.

Y dicen bien; porque para ellos no hay tinieblas... ¡Se alumbran por todo lo alto!

Muy pocos exploradores han ido más allá de esos límites casi infranqueables.

Los que han osado trasponerlos no han vuelto á Madrid, ó han vuelto — ¡horrible fin de estos mártires de la civilización! — convertidos en orondos chorizos, sabrosas longanizas y salchichas succulentas, que luego introduce en Madrid cautelosamente el astuto y sagaz matutero, cuyas hazañas no han encontrado un Fenimore Cooper ó un Gustavo Aymard que las refiera dignamente.

Pero á despecho de tamaños riesgos, el ardor de los Stanley madrileños no decae, antes bien cobra proporciones imponentes.

El tranvía abierto, con su enseña *Diez céntimos cualquier distancia*, ha despertado más apetitos de locomoción que las novelas de Julio Verne.

¡Viajar! ¡Ver tierras! ¡Atravesar la zona tórrida, entre Fornos y el Suizo! ¡Pasar por la zona glacial, entre la Cibeles y el Circo de Rivas! ¡Llegar, entre corrientes de aire y estornudo limpio, hasta las alturas del barrio de Salamanca, punto menos que iguales á las del Simplón! ¡Y todo por diez céntimos de peseta! ¡Por un perro grandel! Ante la seductora perspectiva del viaje

á Biarritz—como llama la gente á aquel oreado sitio,—la estación de la Puerta del Sol se llena todas las noches de una muchedumbre ávida de impresiones, que asalta los coches-jardineras con verdadero entusiasmo.

El bullicio es inmenso; la animación recuerda - en pequeño, se entiende- la de la *gare Saint-Lazare* de París en día de fiesta.

—¡Antonio! ¡Antonio!

—¡Aquí estoy, mujer!

—¡Ay! Respiro...

—¡Niñas, niñas! Aquí todas; no hay que separarse.

—Caballero, mire usted dónde se sienta.

—Usted dispense, señora; me han empujado. Estos viajes de recreo...

—¡Jesús! Bien podían poner aquí reservado de señoras.

—Y hasta *sleeping-car*, si le parece á usted.

Suena el pito del mayoral, arranca el coche, y antes de que empiecen las emociones del viaje, se cruzan los saludos y se renuevan conocimientos.

—Joaquinita, ¿usted por aquí?

—Sí; tomando el aire con los niños. ¡Son tan cómodos estos coches!... Yo todas las noches hago este viaje, no por gusto, porque ya usted ve, se mete aquí tanta gente

ordinaria, y recibe una tantos empellones, y...

—¡Yal!

—Esto lo hago por prescripción facultativa.

—Lo mismo que nosotros. A falta de San Sebastián... A Pérez no le han dejado salir este año; porque, hija mía, los altos funcionarios no pueden moverse de aquí en estas circunstancias.

—¿Pues qué ocurre?

—Dicen que si va á haber, ó que si no va á haber...

Otra distinguida viajera de á perro grande pregunta á su marido, *ó cosa así*:

—¿A qué merendero del Biarritz me llevas esta noche? ¿A *La Palmera* ó á *La Inevitable*?

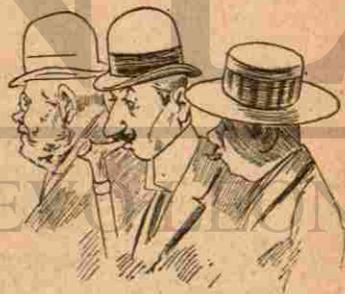
—Ni á un sitio ni á otro; te contentarás con un vaso de agua y un azucarillo.

—¡Roñoso!

—No hay tal cosa.

Lo que hago es imitar al Gobierno, emprendiendo la campaña administrativa de verano.

Un gomoso va dando vueltas á una idea



aunque parezcan perfectamente incompatibles las ideas y los gomosos.

Ha subido en pos de una damisela, á la cual no le ve más que la espalda y el enorme sombrero, lleno de cintajos y perifollos.

El gomoso se aburre, y piensa:

— Son muy cargantes estos tranvías abiertos. Son mucho mejores los coches cerrados para poner varas... Se domina fácilmente la situación. Aquí, en cambio, como no caiga uno al lado de una barbiana, no tiene más remedio que ir mirando el cogote al mayoral. Deberían poner algo en esa plataforma de delante, para distraernos. Algo de *cante*, por ejemplo; ó un teatrillo minúsculo, con funcioncitas por cuartos de hora... ¡Cada trayecto, una función! Actores, se encontrarían bien pronto; autores, no faltan nunca para estos casos.

La imaginación del gomoso se desboca. Los caballos de un coche que pasa á la sazón se desbocan también, y se estrellan contra el tranvía.

Pánico general. El viaje de recreo ha terminado, trocándose en viaje preñado de peligros y aventuras sangrientas... Pero el susto pasa; cuadrúpedos y bípedos han salido ilesos; los cocheros se recriminan mutuamente; los pasajeros comentan alborotadamente el lance, y como el tranvía conti-

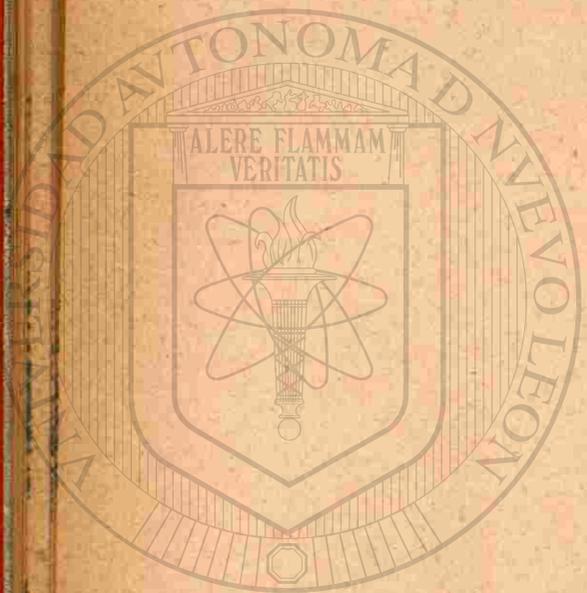
núa parado, una viajera intrépida se levanta de su asiento y grita con voz de mando y de impaciencia:

— ¡Arree usted, mayoral!

Donde menos se piensa, salta una capitana Cook.

Julio de 1888.





EPITALAMIO

A

CÁNOVAS ⁽¹⁾

DEJAD ¡oh Musas! que del cazo de oro,
del augusto mandil, y aun del birrete
blanco y nítido al par de la que cuaja
fúlgida nieve sobre el almo Olimpo,
me olvide un punto.

Permitid que trueque
de mis rítos los nobles atributos
por la cítara y plectro, á cuyos sonos

⁽¹⁾ Plato del día en *El Liberal*, 20 de Octubre de 1887.

modularé mi voz, mientras me ciñen
 vuestras manos de vírgenes fallidas
 rosas fragantes y perennes mirtos,
 cortados para mí junto á Hipocrene,
in tanti festi honorem.

No es mi empeño
 menos que el de cantar—si os place ¡oh Her-
 [manas!
 mi audaz empresa sostener solícitas,—
 el grato yugo á que rendida cede,
 obedeciendo al de Eros dulce empuje,
 la indomable cerviz del que hizo un tiempo
 mangas de España entera, y capirotes.

Las de Cánovas, sí, preciadas prendas
 con que hoy las aras de Himeneo brillan,
 festejar quiero en sonoros laudes,
 en vibrante y alegre epitalamio,
 en himno que resuene desde el Ática
 á las que Alcides erigió columnas.
 ¡Ni se detenga allí!

Trasponga en alas,
 de Eolo no, mas de la rauda Electra,
 el verde manto y líquidos abismos
 que encubren los despojos de la Atlántida,
 continente infeliz, pues la Fortuna
 privóle de alcanzar á don Antonio
 de oír su voz, de conocer sus versos,

y de admirarle en los negocios cívicos,
 do escurece á Solón y al gran Pericles.

Trasponga, digo, mares y montañas
 la fausta nueva, y sépase por todos,
 ora expriman en Cuba el dulce jugo,
 ora cacen el tigre allá en Hircania,
 ya junto al Polo con el oso luchen,
 ya con becerros en Vallecas lidien,
 cómo el feliz mortal—á quien envidian
 la paloma en su nido, y en las cumbres
 el águila de Jove—dió la vuelta
 á esta Atenas ilustre de Castilla,
 que tiene en el Retiro su Pireo
 y en la del Pío Príncipe montaña
 sin par é ingente Acrópolis.

¡No el mundo
 gire una sola vez sobre sus gonces,
 ni Febo alumbre por igual su esfera,
 sin que de ella en redor todos proclamen
 la dichosa llegada de ese Antonio,
 que por gentil, gallardo y remozado,
 más que Antonio, paréceme Antoñuelo!

Bello como Héctor, como Aquiles bravo,
 venciendo en robustez al de Crotona,
 y audaz como Jasón el argonauta
 —cual *La Correspondencia* nos lo pinta
 con vivísimos toques y matices

que envidiarían Zeuxis, y Parrasio,
y aun el divino Apeles,—así al héroe
vió llegar Mantua en matinales horas
del día consagrado al dios Mercurio,
de los conservadores guía y numen.

Tras del dragón flamígero moderno
que en curso majestuoso sobre férreas
y equidistantes barras se desliza,
adelantóse el carro, muy más digno
de admiración que el de esplendentes rayos
regido por Apolo el rubicundo;
descendió don Antonio, airoso, aligero;
gozó el suelo su huella luminosa,
y sonriente coro de amorcillos
alegró cielo y tierra.

Deslumbrada
la grey conservadora, prosternóse,
como ante Zeus las helenas turbas;
mas vuelta luego en sí, con voz unánime
lanzó á los ecos férvida protesta,
diciendo de esta suerte:

—¡No es el mismo!
¡Oh dioses inmortales, cuán cambiado
nos le devuelve Amor! ¡Grácil, esbelto,
fresco y arrebolado por la oculta
llama que aviva el soplo de Afrodita,
no es útil, no, para el austero tráfago
do Fabié y Campo-Grande le reemplazan!
¡No sirve, no, para regir el áspero
timón de la política trirreme!

¡Amar es su destino! Le perdemos...
pero ¡cuán dulces hados nos le quitan!

Y ya sobre su herencia echando suertes,
cual un tiempo á la muerte del insigne
caudillo macedonio, se disputan
el purpúreo manto—hoy convertido
en bata airosa para andar por casa,—
ora el Silvela de ático abolengo,
ora el Toreno que en Beocia triunfa,
ya el hirsuto Molins, hijo de Esparta,
ya el Raimundo gentil, dórico-jónico,
ó el corintio Pidal...

¡Lucha funesta
que hace tocar el crótalo á Romero!
¡Y hay que evitarla! El hijo de Filipo
cortó el de Gordio retorcido nudo,
y así Cánovas debe el de sus huestes
problema resolver. ¿Cómo? Es bien fácil...
Designando á Ramón, que es su *alter ego*,
y conoce el partido á maravilla,
y puede gobernar, no que á Daganzo,
sino á la misma Roma, como dijo
cierto autor inferior á don Antonio.

Esa es la solución. Antes que el cuello
rinda el grande hombre á la feliz coyunda,
ceda á Ramón las riendas autocráticas,

y opte no más por los gloriosos bienes
del tálamo nupcial, trono de dichas,
ante el cual deposito humildes flores
al són del plectro rudo.

Sí, hombre insigne;
cínete á ser el vate entre los vates;
deja en paz al país; cierra tus puertas
á la triste ambición y sus combates,
y déjale al amor sus glorias ciertas.



HUESOS Y CENIZAS

—Y eso ¿con qué se come?— preguntará el curioso lector.

Véase el último acto de *Don Juan Tenorio*.

Ya sabrán ustedes lo de Atocha.

La famosa basílica va á ser echada abajo, porque hay que edificar otra á escape, á gran velocidad, á toda prisa; y esta prisa, ó, si se quiere, *prieta*, es tan urgente y apremiante, que la Intendencia de Palacio ha avisado á las familias de los hombres ilustres cuyos restos se guardan en aquel templo, disponiendo su traslación en el angustioso plazo de cinco días.

No hay en este país profesión más intranquila, incómoda é insegura que la de cadáver ilustre.



Ni tarea en que más se distingán nuestros poderes, que la de levantar muertos.

Cuando no los levantan en las "chirlatas," electorales, los traen y llevan de acá para allá, como arquilla de turroneo en feria.

Y cuando no saben qué destino dar al muerto que levantan, le dan un destino en la policía.

Sí, señor, en la policía. En otra sección de este mismo número de *El Liberal*, podrán ustedes ver que ha sido nombrado sub-inspector de vigilancia del distrito de Buena-vista, ¡nada menos que don Pedro Calderón de la Barca!

Pueden, pues, tranquilizarse los insignes difuntos á quienes se arroja de Atocha. No les faltará colocación.

A Castaños le daremos una plaza de guarda del Retiro; á Prim lo haremos cabo del resguardo, y á Concha alguacil del Ayuntamiento.

Palafox, el inmortal defensor de Zaragoza, saldrá peor librado, porque no tiene influencias, ó aldabas—como dice el vulgo.—De todos los muertos de Atocha, Palafox es el único que no tiene en Madrid pariente alguno que se encargue en el acto de trasladar á otro sitio sus venerandos restos.

Gil Berges, diputado por la capital de

Aragón, ha dicho en el Congreso: "Yo cargaré con el muerto, si es menester. No tengo reparo alguno en encargarme de las cenizas del héroe aragonés y llevármelas á Zaragoza."

Y hará muy bien Gil Berges en llevarse las; y harán mejor los zaragozanos en quedarse definitivamente con los restos de su antiguo General, y en no exponerlos de nuevo á las caprichosas resoluciones del patronato regio, ó de cualquier otro patronato... de huéspedes.

Aunque metan los zaragozanos á Palafox en los sótanos del Pilar—como ya indiqué á propósito de los restos de Goya,—siempre estará allí mejor que aquí.

Al menos, se le alejará del zarandeo y traqueteo que amenaza á los restos de Castaños, Prim, Concha y demás españoles célebres que "descansan," en Atocha.

¡A cualquier cosa se le llama descanso!

Los vivos tenemos que saludarnos unos á otros todas las mañanas con esta pregunta archiespañola:

—¿Estamos seguros?

Ni aun muriéndonos, estamos libres de esta duda cruel; porque aunque nunca he sido difunto—y mucho menos difunto célebre,—me consta que en los cementerios é iglesias todas las mañanas corre también

esta preguntilla, de nicho en nicho y de tumba en tumba:

—Vecino, ¿está usted ahí todavía?

Dícese, acerca del derribo de Atocha y del incidente habido en el Congreso, que se va á explicar una interpelación; que intervendrán en ella famosos oradores; que quizá se organicen manifestaciones públicas de protesta y de disgusto...

Si esas manifestaciones llegan á organizarse efectivamente, la inscripción más oportuna para los estandartes y banderas será ésta:

¡INAMOVILIDAD MORTUORIA!

He ahí un principio que no deben rechazar los políticos hábiles... Al partido reformista, por ejemplo, le vendrá muy bien para enriquecer su programa.

Lo dicho. No hay en este desgraciado país—trágica frase del pesimismo de café—profesión más intranquila, insegura é incómoda, que la de difunto ilustre.

—Ni palabras más irónicas y frías que las



de *descanse en paz*, cuyo cristiano deseo y sentido será preciso cambiar por este otro apóstrofe, más profano, pero más práctico:

—*Las traslaciones te sean leves.*

Aquello de la "última morada," hay que relegarlo ya al olvido; y como no es posible averiguar si la sepultura en que depositamos á un difunto será la penúltima ni la antepenúltima en que yazga, tendremos que decir: "Los restos de D. Fulano de Tal han sido trasladados á la primera de sus últimas moradas."

Y así como Argensola llamó al sueño

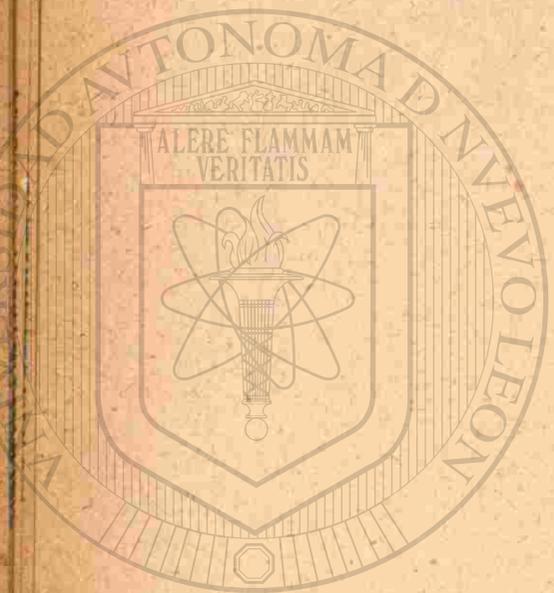
imagen espantosa de la muerte,

habrá que llamar á la muerte de que se "disfruta," en nuestros inquietos tiempos

imagen intranquila del insomnio.

Marzo de 1888.





EL REY DE SUECIA

¿Cuándo tendrán los buenos y honrados vecinos de Stockolmo la singular dicha de contemplar cara á cara á un rey de España?

Hágase esta pregunta todo fiel dinástico; medite bien la respuesta, y cuando se haya convencido de lo difícil del caso, lance un hon-do suspiro y envíe la

estabilidad de las instituciones suecas, que permite á un monarca ir y venir por el mundo sin que la paz del país se altere ni los trastornadores del orden se atrevan á aprovechar la ocasión, como acontecería—

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡lastimoso contraste! — en otras naciones que jamás aciertan á perder de vista á sus monarcas.

Verdad es—porque no hay mal que por bien no venga—que estos obstáculos que aquí se oponen á las ausencias recreativas de los reyes deben parecer obstáculos benditos á los monárquicos fervientes, pues merced á aquéllos no se ven éstos privados ni un instante de la presencia majestuosa de su señor, como ocurre hogaño á los leales cuanto infelices suecos; pero semejantes ventajas no rezan con nosotros, pícaros y maleantes descreídos, á quienes se nos convencería mejor acerca de la solidez de lo existente con un buen viaje de la reina y su hijo por Suecia y Noruega, que no con esas otras expediciones á provincias, cuyo secreto está al alcance de todas las inteligencias, ya que no al de todas las fortunas.

¡Ah! Si yo tuviera con la regencia alguna confianza, le suplicaría con verdadero interés que no vacilase en devolver á Oscar II la visita, para darnos esta sana lección á los adversarios de las instituciones.

—*Allez, un bon mouvement!*—añadiría yo en francés para mayor claridad, y aun para mayor elegancia.

Pero las monarquías que se gastan por

nuestros climas son como el perro viejo de la fábula

en esto de no seguir
del enemigo el consejo,

y es de sospechar que las personas en quien encarna hoy el régimen vigente, no se muestren muy dispuestas á seguir las honestas y leales recomendaciones que se contienen en las presentes líneas.

Devuélvase ó no la visita al rey de Suecia—que no se le devolverá, voluntariamente al menos—debemos congratularnos por la estancia de Oscar II en Madrid los aficionados á espectáculos raros y curiosos.

Su Majestad, como el barón Gondremark de *La vie parisienne*, había salido de Stockolmo resuelto á

*s'en fourrer
jusque-là,
jusque-là,*

como canta el sueco de Offenbach, y no soñaba, al venir á Madrid, más que con ver á *Lagartijo*...—Este deseo, con ser tan sencillo, no se le ha cumplido al soberano del Norte. Nosotros, más afortunados, le hemos visto á él, y somos felices.

¿Por qué?

Porque hemos visto de cerca, en carne y

hueso, la prueba personal, auténtica y evidente, de la formidable "mistificación,"—del enorme *infundio*, hablando el novísimo lenguaje—que encierra lo que se ha dado en denominar legitimidad monárquica, y la prueba también, no menos visible y palpable, de que la llamada "gracia de Dios, no es otra cosa que la gracia del éxito, fuente verdadera de todos los poderes constituidos por la fuerza, la sorpresa ó el azar.

Todos conocemos con perfecta exactitud—como escribe Max Nordau—los destinos primeros y ulteriores de las casas reinantes en Europa.

Por eso, dudando de que la casa real de Borbón, la más antigua y sagrada de Europa, haya tenido por fundador un gran propietario rural, llamado Hugo Capeto, suponemos con hartos más motivos que debió su origen á Roberto el Fuerte, el cual desempeñaba el oficio de cortador en una carnicería de París.

Y por eso, recordamos también que los Hapsburgos—de los cuales ni una gota de sangre corre ya por las venas de la familia imperante en Austria—son



los descendientes de un pobre hidalgo franco, especie de espadachín pagado ó corchete puesto al servicio de diferentes señores.

Pero estos orígenes nada elevados de los Borbones y los Hapsburgos, como los de los Romanoff, Hohenzollern y *tutti quanti*, son muy añejos, mien-

tras los de la casa real de Suecia, igualmente vulgares, están vivitos y coleando...—Oscar II es el nieto de aquel Bernadotte, soldado de la revolución, á quien Bonaparte premió con una corona su perjurio á la República, como los reyes aliados le premiaron después su traición á Bonaparte, sosteniéndole en el trono que debía al capricho napoleónico.

No me da por el providencialismo en la historia; pero ¿quién no se ve tentado á aceptar íntegras las teorías de Laurent?

El célebre profesor de la Universidad de Gante debía de



contemplar con verdadero *dilettantismo* la consolidación de un capricho imperial, permitida por las leyes providenciales de la Historia para demostrar á los humanos, entre la ruina de tantos poderes tradicionales y de tantas empresas políticas, cómo se forman las dinastías, cómo se asegura el poder monárquico, y cómo los reyes de antigua raza—ó de antigua ralea—admiten sin la menor dificultad la validez de los títulos de los reyes advenedizos, reconociéndoles sin el menor escrúpulo derechos iguales á sus propios derechos.

Por obra y gracia del propio *dilettantismo*, somos felices á la hora de ahora los vecinos de Madrid, á quien "cabe la honra," de ver de cerca, en carne y hueso, la auténtica y verdadera personificación del principio monárquico, sin los espejismos del lejano abolengo ni las falacias de la leyenda.

Ya sé yo—¡si conoceré á mis cofrades!—que no faltarán lamentos en algún periódico monárquico acerca de la poca consideración con que se trata á un ilustre, á un noble, á un augusto huésped... Sé que es augusto, noble é ilustre; pero sobre todo esto es un hombre culto é ilustrado, que escribe allá en Suecia como cualquiera de nuestros académicos y traduce allá en Noruega como cualquiera de nuestros autores dramáticos.

Oscar II, con todo y con titularse rey de los godos y los vándalos, como un personaje de Wagner, es un colega nuestro, y en calidad de tal, sabrá dispensarme si le he tratado *trop cavalièrement*...— Considere no más que si su abuelo no hubiera salido de Pau, él no pasaría á estas fechas de ser un "distinguido escritor," del departamento de los Bajos Pirineos. ¡Tal vez sería un vulgar entusiasta de Boulanger, activo corresponsal de *La Cocarde!*

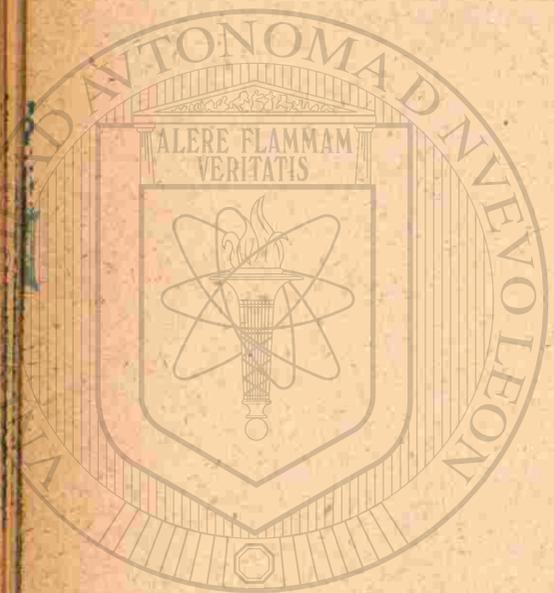
En cambio, el que esto escribe podría formar parte de la familia real de Suecia, y aun ser su jefe, si hubieran caído bien las pesas; porque es el caso que el bisabuelo materno del infrascrito fué compañero de armas de Bernadotte, y de la misma modestísima posición social, y hasta de la propia vecindad, si no mienten mis informes.

Cámbiense los frenos; truéquense los anteojos de la suerte, y cátenme ustedes—para mayor lustre y esplendor del principio monárquico—ejerciendo de Mariano de Suecia, en tanto que la firma de Oscar Bernadotte reemplazaba aquí, ó en otra parte, la de

MARIANO DE CÁVIA

Mayo de 1888.





MADRID-BARCELONA

No ha muchos días publicaban los diarios parisienses un breve y rápido paralelo entre París y Londres, hecho por un procedimiento semejante al de la fotografía instantánea. Permítaseme aplicar ese procedimiento á Madrid y Barcelona.

Barcelona semeja un palacio espléndido en donde no habita más que la servidumbre. Madrid, una casa de vecindad en donde se ha refugiado el señorío.

Madrid está mejor vestido que Barcelona. Barcelona mejor instalada que Madrid.

En Barcelona se come más que se bebe. En Madrid se bebe más que se come.

En Barcelona, el obrero va al café. En Madrid, el señorito va á la taberna.

Barcelona tiene una magnífica Universidad y una mala Plaza de Toros. Madrid, una magnífica Plaza de Toros y una mala Universidad.

Madrid encubre con el gusto deficiencias del dinero. Barcelona tapa con el dinero deficiencias del gusto.

Barcelona está afrancesada por fuera. Madrid está afrancesado por dentro.

A Madrid le carga tener un nombre tan corto, y el espíritu amplificador del pueblo ha inventado *los Madriles*. A Barcelona le estorba tener un nombre tan largo, y el espíritu ahorrativo del comercio ha inventado la abreviatura *Barna*.

En Barcelona, el Ensanche es soberbio, porque la hermosura de los alrededores convida á extenderse. En Madrid, el Ensanche es raquíptico, porque la fealdad de las afueras acongoja y retrae.

Barcelona ha erigido un estatua á Prim, que le dió el Parque. Madrid no ha sabido elevar otra á Bravo Murillo, que le trajo el Lozoya.

En Barcelona se paga, pero no se dan propinas. En Madrid se dan propinas, pero no se paga.

Barcelona saludá al rico y explota al in-

teligente. Madrid saluda al inteligente y explota al rico.

En Barcelona se falsifican las cosas. En Madrid, las ideas.

En la Bolsa de Barcelona suelen empobrecerse los que se han enriquecido trabajando. En la Bolsa de Madrid suelen enriquecerse los que se han empobrecido holgando.

Barcelona tiene mejores tiendas que Madrid. Madrid, mejores cafés que Barcelona.

En Madrid hay dinero. En Barcelona riqueza.

Madrid llama hortera al mayor comerciante. Barcelona considera como comerciante al menor hortera.

En Barcelona, la gorra es la prenda más usual. En Madrid es el vicio más corriente.

¿Cómo se las compone Madrid para que todo algodón parezca hilo, y cómo se las arregla Barcelona, que hasta el hilo parece allí algodón?

Madrid es elegante *per se*. Barcelona, *per accidens*.

Barcelona ha elevado á Colón un monumento de comerciante agradecido por el productivo mercado que le abrió el inmortal genovés. Madrid le ha levantado un monumento de cortesano afable y aficionado á toros, que no ve en Colón más que al antecesor del duque de Veragua.

En Barcelona tiene un monumento Antonio López. En Madrid lo tendrá probablemente Mariano Fernández.

En Madrid son más simpáticas las personas que las cosas. En Barcelona lo son más las cosas que las personas.

Madrid pasea. Barcelona transita.

Madrid trasnocha. Barcelona madruga.

Madrid es centripeto. Barcelona es centrífuga.

En Barcelona hay muy buenas mozas. En Madrid hay mozas muy buenas.

¡Qué jamonas las de Madrid! ¡Qué niñas las de Barcelona!

En Barcelona hay unos famosos municipales de caballería. En Madrid, los de caballería son los concejales.

Barcelona tiene vistas á Europa. Madrid tiene vistas á África.

Octubre de 1888.



CAPÍTULO DE LAS ERRATAS

Por qué—decía yo ayer por la mañana, leyendo en *El Liberal* el *Plato del día*—ha de aparecer “cruels sufrimientos del marqués de Sade”, en donde he puesto “cruels refinamientos”?

¿Será castigo de Dios por haberme permitido guisar una ración de *Clericales en su propia salsa*?

¿Ó será, por ventura, artificio de Satanás, como pretendía el autor protestante de la *Anatomía de la misa y el misul*, que atribuía al diablo, cómplice del papismo, las erratas que afeaban su obra?

De todas estas angustiosas dudas, que son para el infeliz escritor el amargo pan de cada día que le amasan los tipógrafos, vino á sacarme momentos después el suplemento literario de *Le Figaro* con un delicioso cuento de Teodoro de Banville.

Pinta el autor de las *Odas funambulescas* y los *Cuentos burgueses* un crítico incomparable, que siendo dueño absoluto de los gustos y opiniones del París literario, arroja esta clase de cetro, renuncia al placer despótico de adoctrinar autores, acaudillar muchedumbres y revelar la génesis de toda suerte de obras, y se va á un huerto á injertar arbustos.

—¿Por qué esta inesperada é inexplicable retirada?—le pregunta el autor del cuento.

Y al cabo de larga y amena conversación, viene á decir el fugitivo Eneas de la crítica:

—Porque es en vano juzgar obras que nunca leemos tal y como han sido escritas. El autor es siempre

el menor padre de todos
los que hicieron aquel libro,

y son más padres que él los cajistas, que componen lo que quieren, y los correctores, que enmiendan lo que les da la gana. La colosal masa de obras acumuladas en Biblio-

tecas y librerías, no es más que un grandioso montón de erratas de imprenta.

Así habla el héroe del cuento de Banville, traducidas libremente sus palabras; y fuerza es reconocer—aun rebajadas las naturales hipérboles del ilustre lírico—que eso de hallarse todo escritor condenado á errata perpetua, obedece á una ley fatal, imprescriptible, *ineluctable*, como se dice ahora.

No hay escape posible.

El que quiera sustraerse á la bárbara y cruel influencia de esa ley, no tiene más remedio que condenarse al "ineditismo,"—permítaseme el vocablo,—ó apelar al supremo recurso de que habla Castro y Serrano en el prólogo de un libro suyo.

Se suicidó un poeta, y nadie se explicó esta "funesta determinación,"—como se dice en los sueltos de los periódicos,—porque el suicida no debía el menor agravio á la naturaleza, ni á la fortuna, ni á la sociedad.

Al fin se encontró la explicación en una carta... La carta decía así:

"He terminado un tomo de poesías, en donde he puesto la quinta esencia de mi alma, y me mato por no tener que corregir las pruebas."

En lo cual hizo muy bien; porque aun cuando se hubiera resuelto á arrostrar aquel

espantable sacrificio, se habría muerto luego de desesperación, viendo nuevas erratas en la impresión definitiva de sus versos.

¡Y eso que hay versos que ganan con las erratas! (Claro está que no aludo á los del ilustre vate señor Cánovas, silbado recientemente en Zaragoza.)

La imprenta trae consigo las erratas, como la luz trae la sombra, y hasta que no se inventen—que no se inventarán—máquinas de componer rigurosamente impecables, será de perfecta actualidad esta candorosa advertencia que llevaba al final uno de los primeros libros impresos en el mundo:

Lector: ne te offendant errata quæ operarium indiligentia fecit, neque omnibus horis diligentes esse possumus.

Copio esto—y no digo de dónde, para que se fastidien los que no saben copiar más que del Larousse—á fin de que no se enfaden conmigo los tipógrafos, y vean cuán disculpables me parecen las erratas.

Jamás haría yo lo que un irritable eclesiástico italiano, que al advertir la cantidad excesiva de equivocaciones que, á pesar de su esmero, se habían escapado en un libro que hizo imprimir en Roma, encabezó de este modo la fe de erratas:

“Vis ex stulto demens, idemque ex de-

mente insanus fieri? Libros Romæ primus imprime.”

Que es, como si dijéramos, todo lo contrario del tango callejero:

El que quiera probar cosa buena
¡que se venga aquí!

¶ Para librarse de estas erratas que, según el romano, al tonto lo vuelven loco y al loco lo enfurecen, no sirve de nada el clásico lema de *Despacito y buena letra*.

¡Al revés! Cuanto mejor letra hace un autor, más errores salen en el texto impreso.

Ya en el siglo XVII advertía un autor: “Si queréis que no haya equivocaciones en lo que mandéis imprimir, no entreguéis jamás un manuscrito claro. Se lo darán á un aprendiz, y el texto saldrá lleno de erratas; en tanto que un original dificultoso se entrega siempre á la interpretación de un buen oficial.”

Tanto importa que se entregue á un maestro como á un aprendiz un original perfectamente manuscrito. Fiado de la claridad y corrección, el tipógrafo más inteligente se fija menos, y... caten ustedes al autor *ex stulto demens*.

Hay erratas monumentales que han pasa-

do á la historia, gracias á la torpeza ó á la malicia de los que las cometieron; y si los libros—particularmente los piadosos—están plagados de ellas, tampoco es floja la cosecha de erratas del género cómico que se recoge diariamente en la prensa periódica.

Con sólo las más famosas, las que tradicionalmente se relatan en torno de las mesas de redacción y de las cajas de imprenta, habría para formar un tomo bastante más grueso y bastante más entretenido que el de *Las mil y una barbaridades*.

Selgas presenta en las primeras páginas de *La Manzana de Oro*—que como novela es muy mala, pero como tesoro de ingenio vale un Perú—un corrector de pruebas, y con este motivo, escribe un capítulo acerca de las erratas, que es el que yo debiera haber copiado aquí para solaz y ganancia del lector.

Este capítulo de las erratas es inagotable...—Gracias á los impresores, durará más y será siempre de más actualidad que el famoso capítulo de los sombreros, atribuido á Hipócrates por Molière.

La escena de *Le medecin malgré lui* (no tengo á mano *El médico á palos*, para parodiar su diálogo) puede rehacerse en esta forma:

Sganarelle.—Hipócrates dice que es malo leer impreso lo que uno mismo ha escrito.

Geronte.—¿Eso dice Hipócrates?

Sganarelle.—Sí, señor.

Geronte.—¡Hombre! ¿Y en qué capítulo?

Sganarelle.—En el capítulo *De las erratas*.

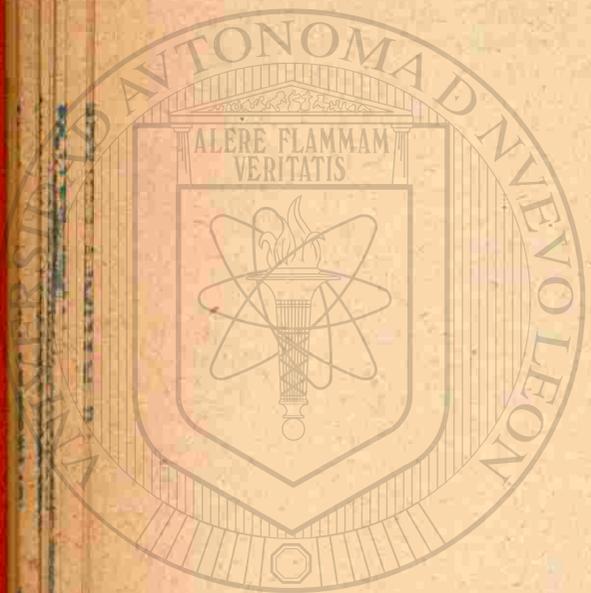
*
**

Fe de erratas.—¡Estaba escrito! Por fuerza tenía que llevarla un artículo dedicado á este asunto. En donde dice: "El vate ilustre, silbado recientemente en Zaragoza," debe decir: "El vate ilustre, silbado recientemente en Zaragoza... ¡y en Sevilla!"

Noviembre de 1888.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PROYECTO DE LEY

Los Sres. Pidal, Silvela, Cos-Gayón y otros canovistas conspicuos darán á conocer hoy por la tarde en el Círculo conservador el siguiente proyecto de ley, que se proponen presentar al Congreso tan pronto como éste reanude sus tareas:

LEY DE DESAGRAVIOS

AL SEÑOR CÁNOVAS DEL CASTILLO

TÍTULO ÚNICO

CAPÍTULO PRIMERO

Artículo 1.º En la imposibilidad de arrasar, por ahora, las ciudades de Zaragoza y



Sevilla, culpables ambas del atentado más horrible que han presenciado las edades, perderán una y otra sus nombres, dándose en cambio á la primera el de *Canovópolis*, y á la segunda el de *Canovimburgo*.

Art. 2.º Sin perjuicio de variar, á la mayor brevedad posible, el cauce de los ríos Ebro y Guadalquivir, éstos perderán también sus nombres, y serán denominados respectivamente *Ramoniber* y *Guadalramón*, á fin de conservar algo de sus etimologías y de perpetuar el recuerdo del fiel servidor de nuestro grande hombre.

Art. 3.º Tendrá especial cuidado el Ministerio de la Gobernación en aplicar la mayor parte de los fondos destinados al capítulo de calamidades públicas, al fomento de las inundaciones y demás daños que en lo sucesivo causaren los ríos Ramoniber (antes Ebro) y Guadalramón (antes Guadalquivir).

Art. 4.º Quedan privados los habitantes de Canovimburgo (antes Sevilla) y Canovópolis (antes Zaragoza) de todos sus derechos civiles y políticos, hasta tanto que ÉL se digne suspender los efectos del presente artículo por medio de una ley especial.

Art. 5.º La circunstancia de haber nacido en una de ambas ciudades será colocada entre las agravantes que marca el Código

penal; servirá para que se aplique al delincuente el máximum de pena en cada caso; y, finalmente, hará imposibles las conmutaciones é indultos de toda clase.

Art. 6.º Se declaran caducados, y queda terminantemente prohibido su uso, todos los apellidos, títulos nobiliarios, etc., que se refieran á Zaragoza y Sevilla.

Art. 7.º La Giralda de Canovimburgo (antes Sevilla), y la Torre Nueva de Canovópolis (antes Zaragoza) serán demolidas inmediatamente, debiéndose alzar, en lugar de ambas, dos estatuas del Sr. Cánovas, de igual elevación que la que tienen hoy aquellos edificios.

Art. 8.º El culto que hoy reciben la Virgen del Pilar y la Virgen de la Macarena se tributará en adelante á la Musa Poética del Sr. Cánovas. Aquellas ex devotas imágenes serán trasladadas á la sala de billar del Círculo Conservador.

Art. 9.º Queda prohibido á los hijos y habitantes de dichas ciudades el empleo del



pronombre personal "yo," y sus derivados, debiendo, en cambio, decir en impersonal: "Este humilde servidor de Cánovas..."

Art. 10. El natural ó habitante de Canovópolis (antes Zaragoza) y Canovimburgo (antes Sevilla) que quiera exceptuarse de lo que preceptúan los artículos 4.º, 5.º y 9.º, habrá de aprenderse de memoria todas las composiciones poéticas del Sr. Cánovas, sin exceptuar un solo verso.

CAPÍTULO II

Art. 11. Queda suprimida en el alfabeto español la letra *jota*, por ser la más simpática á los hijos de la antigua Zaragoza (hoy Canovópolis), y se prohíbe igualmente el baile y canto del mismo nombre.

Art. 12. Prohibese también el canto y baile que llevan el nombre de "sevillanas," así como la representación en los teatros de *La estrella de Sevilla*, *El barbero de Sevilla*, etc., y la ejecución en los conciertos de la sinfonía *La Giralda*, de Adam, el paso doble de *La Giralda*, de Juarranz, etc.

Art. 13. El Ayuntamiento de Madrid cuidará de cambiar sus nombres á las actuales

calles de Sevilla y Zaragoza, poniendo á la primera el de *calle de Villaverde*, por haber sido éste insultado por las turbas ex sevillanas, y á la segunda el de *calle de Pídal*, por análoga razón.

Art. 14. Se sacarán del Museo de Pinturas todos los cuadros de la llamada escuela sevillana, así como los de Goya, Pradilla y demás pintores aragoneses, sustituyéndose todas estas obras con retratos del Sr. Cánovas en diferentes edades, trajes, posturas y momentos de su vida pública y privada.

Art. 15. Las autoridades cuidarán escrupulosamente de decomisar é impedir las ediciones de obras poéticas pertenecientes á la también llamada escuela sevillana; y este cuidado alcanzará en igual medida á prohibir en las plazas de toros el toreo llamado sevillano, para lo cual será lo mejor no tolerar contrata alguna de toreros nacidos en Canovimburgo y su provincia.

Art. 16. Se perseguirá de oficio la expendición y consumo de las aceitunas sevillanas, así como también la venta y compra del turrón de Canovópolis (antes Zaragoza), demostrando con esto último la presente ley que los mismos intereses y gustos conservadores ceden ante el desagravio debido al Sr. Cánovas.

CAPÍTULO III

Art. 17. Es ilegal el uso del silbato y pito.

Art. 18. Todo portador de estos instrumentos, como de los que produjeren sonidos análogos, será condenado a cadena y lectura perpetuas de las obras del Sr. Cánovas.

Art. 19. Si alguien silbare valiéndose de los dedos, éstos le serán cortados por mano de Villaverde.

Art. 20. Si alguien silbare sencillamente con los labios, le será extirpada la epiglotis ó campanilla, en sustitución de la cual se regalará al delincuente un ejemplar de *La campana de Huesca*, novela del Sr. Cánovas.

Art. 21. El silbido de las locomotoras será sustituido por otro ruido; como, por ejemplo, el que hacen en honor del señor Cánovas las cien trompetas de la Fama.

Art. 22. Los serenos y los conductores



de tranvías, en vez de avisar tocando el pito, harán las señales dando "vivas," á Cánovas.

Art. 23. Queda terminantemente desterrado el uso de la silva de entre las formas métricas de nuestra poesía. La contravención á este artículo será equiparada al delito de lesa majestad.

Art. 24. Ampliando lo preceptuado en el artículo 13, cuidará el Ayuntamiento de Madrid de cambiar el nombre de la calle de Silva por el de *calle de la Ovación*.

Art. 25. Las palabras *silbante* y *pitada* serán consideradas como injuriosas, y cuando no fueren penadas á instancia de parte, serán denunciadas de oficio, como ofensivas á la moral y al pudor.

Art. 26. Serán arrancadas todas las *pitadas* que crecen en las provincias de Mediodía y Levante; y á fin de alejar por completo recuerdos bochornosos para la patria, se dejará sin *pitorro* toda clase de botijos.

Art. 27. Se impondrá la pena de arresto en su grado máximo á todo el que lea á *Pitarra*, á todo el que evoque el recuerdo de la serpiente *Pitón*, y á todo el que compare á Cánovas con *Pitt*.

Art. 28. Promulgada esta ley, será detenido, entregado á la autoridad militar y pa-

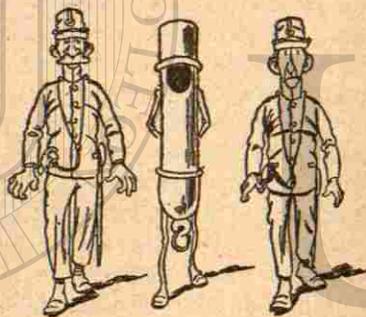
sado por las armas el banderillero apodado el *Pito*.”

Hasta aquí llega lo que se nos ha dado á conocer.

¿Habrá más?

Díganlo, no los conservadores, sino las ciudades que siga visitando el Sr. Cánovas (1).

Noviembre de 1888.



(1) Pocos días después, el 11, regresaba el jefe de los conservadores á Madrid, y era objeto de la manifestación más hostil que se ha hecho en las calles de la villa y corte contra político alguno. A sus incidencias responden los dos artículos siguientes, reproducidos en este libro no más que á título de curiosidad.

NON BIS IN IDEM



Por más que parezca inverosímil, la nota más exacta y discreta acerca de la jornada del 11 de Noviembre la ha dado un periódico canovista.

Claro está que ese periódico, discreto y exacto por excepción, no es ninguno de los que desde aquel día de indele-

ble recuerdo continúan entregados á todos los excesos del *delirium tremens*, y aun del *delirium memens*, que es peor.

El diario á quien me refiero es *Las Ocurrencias*, y sus palabras á propósito de los estudiantes, las siguientes:



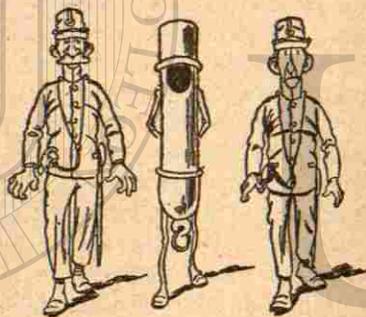
sado por las armas el banderillero apodado el *Pito*.”

Hasta aquí llega lo que se nos ha dado á conocer.

¿Habrá más?

Díganlo, no los conservadores, sino las ciudades que siga visitando el Sr. Cánovas (1).

Noviembre de 1888.



(1) Pocos días después, el 11, regresaba el jefe de los conservadores á Madrid, y era objeto de la manifestación más hostil que se ha hecho en las calles de la villa y corte contra político alguno. A sus incidencias responden los dos artículos siguientes, reproducidos en este libro no más que á título de curiosidad.

NON BIS IN IDEM



Por más que parezca inverosímil, la nota más exacta y discreta acerca de la jornada del 11 de Noviembre la ha dado un periódico canovista.

Claro está que ese periódico, discreto y exacto por excepción, no es ninguno de los que desde aquel día de indele-

ble recuerdo continúan entregados á todos los excesos del *delirium tremens*, y aun del *delirium memens*, que es peor.

El diario á quien me refiero es *Las Ocurrencias*, y sus palabras á propósito de los estudiantes, las siguientes:



“...Han cumplido los compromisos que hubieran contraído; y, francamente, en este país en que tantos faltan á sus deberes, no creemos que debe censurarse exageradamente y más allá de sus justos límites, á los que cumplen con aquello á que se comprometen.”

Si esto no es dar á los estudiantes cumplidísima patente de seriedad y formalidad, venga Cánovas y véalo.

Verdad es que *Las Ocurrencias* no hace sino refrendar el diploma que la opinión liberal había otorgado ya á los estudiantes; pero el origen conservador de este *visto bueno* le da un valor inapreciable.

Sí; entre tantas y tantas cosas como aquí se van á pique, entre la marea ascendente de hipocresías, deserciones y complicidades que todo lo van anegando, subsiste con tal vida y pujanza la solidaridad estudiantil, que aquellos mismos contra los cuales se dirigen los esfuerzos de esa acción común, se ven obligados á reconocer en ella un fondo de seriedad y un espíritu de virilidad poco frecuentes, por desgracia, en otras manifestaciones de la vida nacional.

Sí; aquí donde todo se olvida, donde tan pocas cosas se entienden, y donde nadie sabe lo que quiere, la juventud española ha puesto empeño en probar—y lo ha proba-

do—que tiene abundante y sólida provisión de memoria, entendimiento y voluntad.

No negaré que esta pública manifestación de las tres potencias del alma ha revestido formas algo duras y un poco crueles; pero ¿quién me negará tampoco que entre los silbatos del 11 del Noviembre de 1888 y los sables del 19 de Noviembre de 1884 hay un extraordinario *superávit* de dureza y crueldad á favor de los conservadores?

Consuélense éstos con esa notable diferencia á favor suyo que existe en sus cuentas con la juventud estudiosa, y piensen que si los escolares empiezan á ajustárselas y á preparar la liquidación total, nadie sino el mismo Cánovas, antiguo pedagogo, los ha aleccionado y adoctrinado.

Fiel á los procedimientos de su escuela, dijo hace cuatro años: *La letra con sangre entra*. Puso en práctica este aforismo, y el tiempo ha acreditado la eficacia de semejante doctrina... Los estudiantes no han olvidado ni un ápice de tan provechosa lección. La semilla sembrada entonces ha dado frutos cuyo vigor y lozanía asustan ahora á los propios autores de la sementera.



¡Bien se echa de ver que, en punto á l6gica, no conocen sino la que les ha enseñado Fabié, hegeliano adulterado por la farmacopeal

Consignemos nuevamente la honrosa cuanto sorprendente excepción que hallamos en el periódico *Las Ocurrencias*, y después de convenir con este diario en que, efectivamente, los muchachos de las Universidades son mucho más hombres que los señores mayores que tan cansado y harto tienen al país, soltemos el conocido latinajo:

Non bis in idem.

Los latinajos que en su expresiva concisión han llegado á ser proverbiales, tienen de bueno el ahorrar tiempo y palabras, y ese de que me valgo es de los más adecuados para convencer á la juventud escolar de que no debe hacer manifestación alguna el próximo lunes 19 de Noviembre.

¡Qué más quisieran los conservadores!

Ni pacífica ni ruidosamente podría alcanzar la nueva protesta estudiantil las imponentes proporciones á que llegó en la jornada del 11.—Nunca segundas partes fueron buenas, y cualquiera puede comprender lo que ésta sería, con sólo tener en cuenta cómo la "jalean", de antemano los mismos conservadores, y qué prisa se darían á colaborar en ella.

Hay un difunto que desde el domingo pasado está de cuerpo presente... Ya llegará la hora de su entierro, y podremos todos cantarle el *Requiem* con desusada solemnidad.

Entretanto, ¿saben los estudiantes lo que harían, renovando el día 19 sus manifestaciones, de cualquier género que fueran?

¡Levantar un muerto!

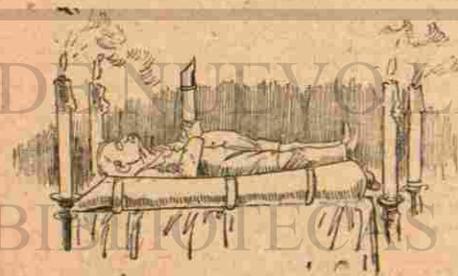
Y eso se queda para los reaccionarios, tahures de la política nacional.

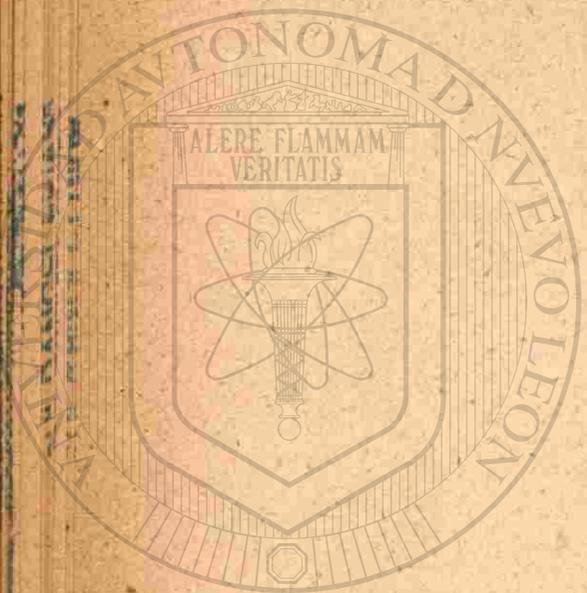
Nada de grupos por las calles, ni de banquetes, ni de serenatas, ni de "brincas", de ningún género...—El mayor disgusto que pueden dar los estudiantes españoles al partido canovista (que mejor debiera llamarse ex canovista) consiste en no faltar ni uno solo á sus clases el día 19 de Noviembre. El que quiera faltar, que falte por su novia, pero no por los conservadores.

Después de la pita, nada de pitadas.

¡Después de la pita, el pitorreo!

Noviembre de 1888.





YA LE COMEN, YA LE COMEN...

DECIAMOS NOSOTROS:

"Después de la pita, nada de pitadas.

¡Después de la pita, el pitorreo!"

El Motín, á despecho de su carácter belicoso, "abunda, en la misma opinión, puesto que se propone "llevar á cabo, un pensamiento que "no vacilo en calificar, de excelente.

(Ya ven los conservadores que yo tam-



bién sé *vizcondcampograndear* cuando escribo.)

El pensamiento no es otro que el de celebrar—y aquí dejó la palabra á *El Motín*—un "Certamen para premiar el mejor trabajo, en prosa ó verso, que se presente, describiendo ó ensalzando lo ocurrido el día 11 de Noviembre de 1888 á la entrada del jefe de los conservadores en Madrid.

„El premio consistirá en una colección completa y encuadernada de *El Motín*, y otra de todos los libros de nuestra popular y mística *Biblioteca*.

„Todos los metros y todos los estilos se admiten, de modo que pueda alternar lo épico con lo cómico, la oda con el epigrama, el soneto con la seguidilla.

„Se admitirán los trabajos hasta el 20 de Diciembre, firmados ó anónimos. Si resultaren en número bastante para formar un libro, se imprimirá lujosamente.

¡Y que no se van á dar prisa á enviar versos á este Certamen todos los muchachos aficionados á la versicultura!

Cet âge est sans pitié.

como dijo Lafontaine—ó quien lo dijera;—y si al ensañamiento con que los poetas menores de edad responderán á la invitación

de *El Motín*, se añade la alevosía con que se lanzarán sobre D. Antonio Cánovas sus viejos cómplices en el arte del ripio, ¿qué encono, ni qué hostilidad, ni qué rencor, por fieros que sean, no cederán ante un fin tan trágico y una tan lastimosa caída?

Sería preciso tener entrañas de tigre, y de tigre hircano—porque sabido es que los que no son hircanos son tigres inofensivos,—para no compadecer sinceramente al señor Cánovas ante el formidable alud de versos que se le va á venir encima.

Si su natural arrogancia se lo permitiera—que no se lo permitirá ni aun en el supremo trance,—podría exclamar como el infelice Rey de la leyenda:

¡Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había!...

La idea de *El Motín* es verdaderamente diabólica.

Ahora me he persuadido de que, así como *El Siglo Futuro*—según ha dicho no sé si Valbuena ó *Clarín*—envía á Dios tres números, uno para el Padre, otro para el Hijo y otro para el Espíritu Santo, así también *El Motín* no publica un solo número sin que antes le corrija las pruebas Satanás y le eche el último vistazo Belzebuth.

No por tener este horrible origen la idea de *El Motín*, dejarán de acogerla con gran alborozo, acudiendo en compactos pelotones al Certamen, muchos poetas que en otros concursos habrán ganado violetas de plata Meneses y lilas naturales ensalzando las glorias de María Inmaculada y las virtudes de San Estanislao de Kostka.



¿Les parece á ustedes absurda la suposición?

Nada, sin embargo, más fundado en la realidad.

El poeta de certamen es un tipo aparte entre los infinitos que hormigean alrededor de la pródiga y fecunda fuente Hipocrene.

Padece de *panlirismo*, y á su inspiración no hay materia vedada. Entra con todas, como la romana del diablo; y lo mismo "pulsala lira," para dolerse de los males de la civilización moderna, que para celebrar las ventajas del progreso más radical... —La cuestión, para él, consiste en acudir con su "manufactura," á todo Certamen poético, así

lo haya abierto la Juventud Católica de Sigüenza con motivo de la festividad de San Opropio, ó lo haya organizado la redacción de *El Porrón Patriótico*, de Porrera, para conmemorar los porrazos dados á la partida del cura de Flix.

Del poeta de certamen sí que puede decirse, con más razón que de ningún otro, que no pierde ripio...

El poeta de salón y el poeta de las solemnidades fúnebres son humildísimos rivales suyos; porque los ripios de que éstos echan mano son siempre los mismos en las mismas ocasiones, mientras que el poeta de certamen necesita gran variedad en semejante surtido, dada la imposibilidad de celebrar con iguales consonantes el descubrimiento de la patata ó la invención de la Santa Cruz.

El poeta de certamen recorre todos los días las columnas de los periódicos con la misma avidez que el aficionado á almonedas, y su alegría no tiene límites en cuanto ve anunciado un concurso de acreedores... al Parnaso.

—¡Manos á la obra!—exclama, y agarra el *Diccionario de la Rima*, que es la obra "en cuestión."

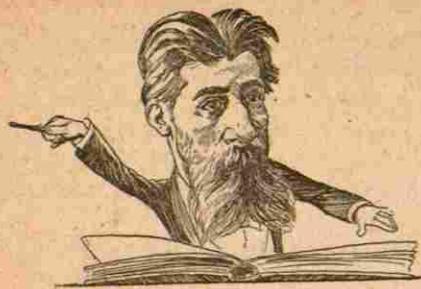
¡Cuántas veces habrá puesto también sus manos en ella el Sr. Cánovas, sin pensar que con el tiempo habían de encontrar en

sus páginas cien y cien armas con que herirle y acabarle sus más sañudos enemigos!

El hado tiene burlas tan sangrientas como ésta, y cuando no con frases del *Edipo* de Sófocles ó de *El rey Lear* de Shakespeare, el Sr. Cánovas puede consolarse con las dolorosas palabras de *Franchifredo*:

—Muchas sentencias de muerte he firmado; y ¡cosa extraña! nunca he experimentado la emoción que experimento hoy al firmar la mía.

Noviembre de 1888.



TUTTO AGLI AMANTI!

Si Fahrbach fuera madrileño, no dejaría de componer, con el título de: *Tutto agli Amanti!* alguna polka, ó cosa por el estilo, que sirviera de *pendant* á su célebre *Tout à la fois!*

El felicísimo suceso logrado por Tomás Bretón con su traída, llevada y asendereada ópera, ha remozado la vieja leyenda aragonesa, volviendo á poner de moda á Diego é Isabel, los dos amantes muertos de congoja y pesadumbre.

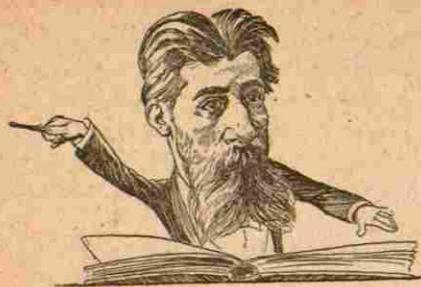
Tenemos *Gli Amanti di Teruel* en el teatro Real; se repiten *Los Amantes de Te-*

sus páginas cien y cien armas con que herirle y acabarle sus más sañudos enemigos!

El hado tiene burlas tan sangrientas como ésta, y cuando no con frases del *Edipo* de Sófocles ó de *El rey Lear* de Shakespeare, el Sr. Cánovas puede consolarse con las dolorosas palabras de *Franchifredo*:

—Muchas sentencias de muerte he firmado; y ¡cosa extraña! nunca he experimentado la emoción que experimento hoy al firmar la mía.

Noviembre de 1888.



TUTTO AGLI AMANTI!

Si Fahrbach fuera madrileño, no dejaría de componer, con el título de: *Tutto agli Amanti!* alguna polka, ó cosa por el estilo, que sirviera de *pendant* á su célebre *Tout à la fois!*

El felicísimo suceso logrado por Tomás Bretón con su traída, llevada y asendereada ópera, ha remozado la vieja leyenda aragonesa, volviendo á poner de moda á Diego é Isabel, los dos amantes muertos de congoja y pesadumbre.

Tenemos *Gli Amanti di Teruel* en el teatro Real; se repiten *Los Amantes de Te-*

ruel en el teatro Español, para que el público compare el famoso

¡y decía que me amaba!

declamado por Vico, con el

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

e dicea che m'amaba!

cantado por Valero; y tendremos, por fin, *Los novios de Teruel* en donde quiera ponerlos cualquier empresario que entienda su negocio y prefiera esta antigua y divertida bufonada de Eusebio Blasco á la inevitable parodia que ya á estas horas estará elaborando algún autor de la clase de truchimanes.

Los eruditos á la violeta (ó al jaramago más bien, dado el carácter de estos exhumadores literarios) desentierran datos acerca de la tradición turolense y lamentan mucho no hallar ninguno en la Enciclopedia de Larousse, ese "remediavagos," universal.

Un General muy conocido ha aprovechado la ocasión para reincidir en una frase que hizo furor un tiempo en el Casino de Madrid:

—Sí, señores; yo he estado en Teruel y he visto á los dos amantes, que están em-

balsamados... Por cierto que la momia no está tan bien conservada como el momio.

Hasta en el Salón de Conferencias, donde toda prosaica vulgaridad tiene su asiento, se habla de la música de Bretón, y del drama de Hartzzenbusch, y aun de obras anteriores.

—El libreto de la ópera—decía ayer un diputado de los más ilustrados—está más conforme con la versión dramática de Tirso que con la de Hartzzenbusch.

—Ahora comprendo—añadió uno de la mayoría fusionista—por qué ha dicho Ferreras en *El Correo* que el éxito de *Los Amantes de Teruel* debe alegrarnos á todos los amigos de la situación.

—¡Si eso no ha sido más que una humorada de Ferreras!

—Pero, hombre, ¿no dice usted que la versión de Bretón es la versión de Tirso?

—Sí, señor.

—Pues esa es la versión oficial... Mañana mismo iré al Ministerio de Ultramar á felicitar á Rodríguez.

De los *dilettanti* no hay que hablar. Agotan el tema con toda clase de variaciones, y como además de españoles son aficionados á la música—el arte que más divide las opiniones,—han formado ya los imprescindibles grupos de bretonistas y antibretonis-

tas, con tal ahinco, que prometen oscurecer las luchas de *gluckistas* y *piccinistas*, famosas en la historia de la música.

Los hay que ven en Bretón nada menos que el Mesías de la música dramática española, y en Salamanca, patria del nuevo maestro, una Nueva Belén, sin recordar que éste es el nombre de un manicomio.

Uno de estos entusiastas entró anteanoche en el *restaurant* del Círculo Artístico y Literario; pidió la lista, y al leer *Pierna de carnero á la bretona*, exclamó:

—De este plato... ¡tres raciones!

Los otros, en cambio, los vencidos por el voto público, los que hasta niegan á Tomás Bretón toda clase de talento, llevan sus odios hasta el extremo de haber quien ha dicho en público:

—Mañana mismo pienso hacer un auto de fe con las obras de Bretón de los Herreros, sólo por llamarse Bretón... ¡Y voy á hacer otro tanto con las de Narciso Serra!

—Hombre, ¿por qué?

—¡Por ser el autor de *Don Tomás!*

Los amantes (no los de Teruel, sino los de Madrid y sus alrededores) aprovechan el tema de moda para sus coloquios, tan monótonos como gratos.

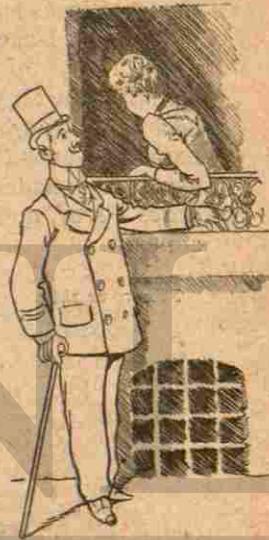
—Dieguito, ¿serías capaz de morirte de amor por mí?

—Isabelita, ¿serías tú capaz de negarme un solo beso, después de casarte con otro?

Y resulta de semejantes pláticas que los tiempos presentes no son los de Isabel de Segura, sino los de doña Isabel de... (Aquí un apellido *ad libitum*.)

Tampoco se quedan cortos en utilizar el asunto de actualidad los comerciantes é industriales, y á los *Caramelos - Amantes de Teruel*, que han hecho ya su aparición en el escaparate de una afamada confitería, no tardarán en seguir anuncios de este linaje:

"LOS AMANTES DE TERUEL.
BRETÓN
BRETÓN
BRETÓN



es el origen de las vacas que hay en la acreditada lechería de la calle del Perro, número 3.

Resígnate, ilustre maestro, á sufrir estos inconvenientes de la fama y el renombre.

El aura popular, aunque siempre es

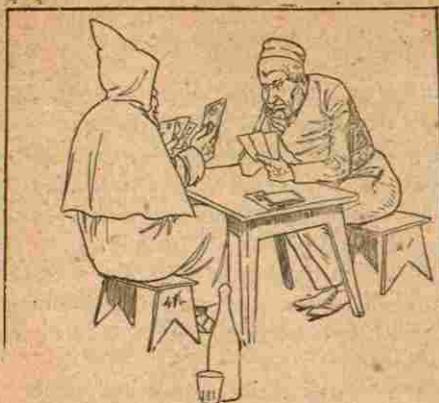
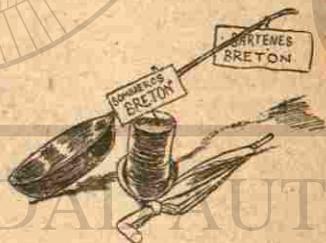
*una aurette
assai gentile*

suele producir algún constipado á los mismos á quienes halaga.

También Isaac Peral padece del mismo daño.

En la calle Mayor se venden unos *Biscochos Peral*; en la calle de la Montera hay expuestos unos *Chalecos Peral*, y en un bazar de novedades he visto unos *Acumuladores Peral*, que son sencillamente... polisiones.

Febrero de 1889.



CAPUCHAS Y CAPUCHONES

...Tenemos más: que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el día del viernes ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

(CERVANTES. — *Rinconete y Cortadillo.*)

Se acabaron los gravísimos males de que adolece en España el régimen de las cárceles y presidios.

Se dió con la solución de los arduos pro-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blemas que contiene la moderna ciencia penal.

Se topó con la única y verdadera tía Javierra de los sistemas penitenciarios.

¡Se arregló, en fin, lo de Caparrotal!

Todas estas sorpresas y novedades vienen de Valencia, en cuyos jardines acaba de brotar una nueva planta que no es fácil describir puntualmente sin poseer una pluma como aquella, punzante y satírica, con que hizo Larra la descripción botánica de *El faccioso*.

Pero ¡qué digol una pluma así sería una pluma impía y blasfema, y nada más lejos de mi piadoso espíritu que zaherir la nueva Orden religiosa que acaba de fundarse en la ciudad del Turia para el cuidado y asistencia de los establecimientos penales.

Quiero, por el contrario, aplaudir y enaltecer al novísimo instituto monacal, que tendría en mí un Belmonte decidido y entusiasta como el que cantó las glorias de la Venerable Orden Tercera en *El Diabolo predicador*.

Convertir en puerto
la Puerta del Sol.

es un juego de niños al lado de la empresa acometida por estos beneméritos soldados de Cristo, que van á convertir los presidios

españoles en otras tantas sucursales de la corte celestial.

La regla de los nuevos frailes es la franciscana, y el hábito el capuchino. Detrás de los capuchones se han colado en presidio las capuchas... He aquí un tema para el próximo certamen poético de la Juventud Católica de Villabonete: *La capucha redimiendo al capuchón*.

El fundador de esta nueva Orden es el padre guardián del convento de la Magdalena de Valencia; y el Loyola, como si dijéramos, de donde han de salir los santos valores destinados á reemplazar á los actuales funcionarios del ramo de Penales, se ha instalado en la antigua Cartuja del pueblo de Puig.

Catorce son ya—uno más que en la clásica docena del fraile—los religiosos dispuestos á ir á presidio... en el buen sentido de la frase.

No, y lo que es antecedentes monásticos no les faltan á nuestros establecimientos penitenciarios. Casi todos ellos han sido conventos antes de convertirse en presidios.

San Miguel de los Reyes, San Agustín, San Francisco, San José, San Gregorio, San Miguel, San Jerónimo del Prado, San Pedro de las Puellas, Santo Tomás de Villanueva, San Jerónimo de Buenavista, San

Isidoro del Campo, San Ignacio, San Pablo, el Carmen... Edifica y conforta esta devota nomenclatura de los domicilios penales. ¡Como el pez en el agua van á estar los frailes en presidio!

La idea del nuevo instituto religioso no es del todo original, según sucede con tantas otras cosas en esta pícara tierra de traductores y arregladores.

Ya en Italia y Francia se había encargado la dirección y asistencia de algunas penitenciarías de jóvenes delincuentes á los discípulos del célebre benedictino Dom Bosco; y ya en uno de los establecimientos de esa clase—el de Citeaux—se acreditó y aquilató la bondad del sistema, padeciendo los religiosos dura y cruel persecución, rayana del martirio. Los Tribunales franceses condenaron á varios soldados de esta seráfica milicia, por abusos deshonestos y corrupción de menores... ¡Solamente en una nación de ímpíos y ateos como Francia puede atreverse á tanto un Tribunal! De fijo que en España hubieran ido las cosas de tan distinta suerte, que probablemente los condenados habrían sido los muchachos del correccional, por atreverse á calumniar á sus guardianes.

El fraile franciscano de Valencia ha ampliado y agrandado la idea del monje bene-

dictino de Italia. Mientras éste la emprende con los jóvenes delincuentes, aquél trata de poner bajo la férula de sus hermanos á los penados de todas las edades, y es de esperar, *Deo volente*, que no tardemos mucho en admirar los ópimos frutos de tan santa misión.

El presidio de Valladolid los saboreó ya hace ocho años.

Durante tres días, los padres jesuítas prepararon con ejercicios devotos á la población penal para la comunión, que fué administrada después de una misa solemne con asistencia de las autoridades y personas distinguidas de la ciudad, el día 27 de Mayo de 1881; y aquella misma tarde—como escribe el autor de *La vida penal en España*,—cuando aún no se habían disipado los ecos de la música, el murmullo de las preces y los perfumes del incienso, varios reclusos asesinaron villanamente á su compañero Antonio Sánchez Bautista.

El descreído sacará de esto las consecuen-



cias que quiera. Yo, hombre de fe, opino que, sin las ceremonias religiosas de la mañana, acaso aquella tarde hubieran ocurrido en el presidio de Valladolid, no uno, sino tres asesinatos.

Por eso enaltezco y ensalzo el pensamiento generador de la nueva Orden religiosa, y espero, á guisa de enamorado de todo lo castizo y pintoresco, que retoñarán dentro de nuestros presidios las cofradías y procesiones, y *ora pro nobis* mezclados con alardes de guapeza, de la antigua cárcel de Sevilla; y que reaparecerán en las celdas de nuestra Cárcel Modelo las devotas imágenes de antaño, con sus correspondientes



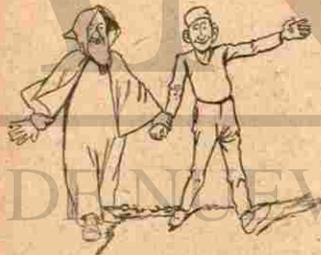
velas pagadas con el producto de los robos; y que tomará proporciones edificantísimas el tatuaje religioso, predominante hoy mismo en los delincuentes españoles; y que volverá el señor Monipodio á ordenar á sus ahijados las prácticas piadosas que nos cuenta Cervantes; y que ya no se dará en presidio una punalada sin acompañarla de un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

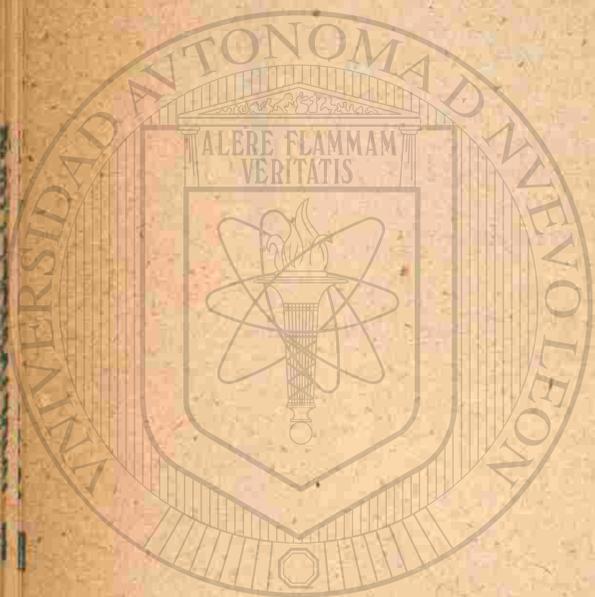
Lástima es que la nueva reforma no estuviera ya planteada cuando se cometió el crimen de la calle de Fuencarral, y tanto se hablaba de ciertas salidas de presos.

Si las de Varela, por ejemplo—supuestas ó reales,—hubieran ocurrido bajo la santa custodia de los frailes que van á regenerar nuestro sistema penal, el mundo católico se habría estremecido de gozo, y nadie que no fuera un incrédulo empedernido habría dejado de exclamar:

—¡Como á San Pedro, le ha abierto las puertas de su prisión un ángel! ¡Gloria! al nuevo bienaventurado!

Abril de 1889.





PROFESSIONAL BEAUTIES

CONSTE "una vez más," que si el Africa empieza en los Pirineos, éste es al menos un pedazo de Africa muy presentable.

Estamos en todos los toques, puntos y perfiles de la civilización europea, por más que á veces ocurra que, al presentarnos de rigurosa etiqueta ante el resto del mundo, aparezcamos con los faldones de la camisa por encima del pantalón, á guisa de gobernadorcillo filipino.

Así como en ciertas cosas ponemos nuestro mayor cuidado en remedar á Francia, á Alemania, ó á los Estados Unidos, según de lo que se trate, así también ciframos nuestro mayor esmero en imitar á Inglaterra en todo lo referente á la alta vida, que llamamos *high life* para mayor claridad.

Leyendo un curiosísimo estudio acerca de las *Professional beauties* que acaba de publicar mister Wentworth Sandys en la famosa revista parisiense *Las Letras y las Artes*, me he sentido transportado de orgullo nacional, y en vez de un viva á España con música de *Cádiz*, he gritado en inglés, para mayor patriotismo:

—*Spain for ever!*

Mr. Wentworth Sandys supone que las *Professional Beauties* son fruta exclusiva de la alta sociedad de Londres, y que aún no se ha producido en las demás capitales europeas; y voto á Dios (*God*, para mayor elegancia) que Mr. Wentworth Sandys se equivoca, porque también por acá tenemos hijas de Eva á quien admirar en el desempeño de tan difícil papel, y á quien traer en lenguas y en palmitas sin darnos punto de reposo.

La *professional beauty* (palabras que no deben traducirse por *belleza de oficio*, pues no es éste precisamente su sentido) es la

mujer de moda, sin cuya presencia—mientras le dura el cetro de la *fashion*—no hay fiesta completa, ni concurso selecto, ni *soirée bien réussie*, ni *salle bien garnie*, ni cosa que lo valga.

Es algo semejante á lo que en nuestra sociedad madrileña se llama “un perro Paco..”



La *professional beauty*, que en Londres recibe de parte de todo el mundo su patente de tal, se ha inventado—al decir de mister Wentworth Sandys—para divertir al príncipe de Gales en su edad madura, como las cartas de la baraja se inventaron para distraer el regio hastío de Carlos VI de Francia.

Bajo los auspicios del futuro rey de Inglaterra y emperador de las Indias, han florecido y se han marchitado todas y cada una de las *professional beauties*. Él las da la alternativa—como decimos aquí—y él las echa al corral.

Tan en serio toman su *profession*, que una de ellas, á quien hablaban de una *miss* muy bonita que acababa de hacer su aparición en el gran mundo, respondió desdeñosamente:

—No está mal para ser una belleza... de afición.

Esta respuesta pinta gráficamente á las aristocráticas mujeres cuyos retratos se exponen y se venden en todas las tiendas elegantes de Oxford Street y Burlington Arcade, ni más ni menos que acontece aquí con los de Higinia Balaguer.

Y caten ustedes que ya he nombrado á la más irremplazable de las *professional beauties* de Madrid. ¿Tenía yo razón para enorgullecerme patrióticamente y considerar á la villa del Manzanares tan adelantada, en punto á invenciones *chic*, como la ciudad del Támesis?

Durante el verano pasado, nuestra *professional beauty* fué Lola la Billetera (á quien felicito hoy día de su santo, lo mismo que á Dolores Avila y á Dolores Barba, la

Escandalosa), y ya se podría apostar algo bueno á que la "alta goma," de Londres no ha cumplido nunca sus deberes de este género con el celo y distinción de que aquí se hizo gala para con la ex querida de Varela, el Brummel—como si dijéramos—de la sociedad matritense.

Pero el imperio de Lola fué transitorio, y la moda ha vuelto á entronizar á Higinia Balaguer, no obstante el empeño con que esta mujer—modesta, si las hay,—desea trasladar á otras el cetro de lo *fashionable*.

—Ahí tenéis—dice—á Dolores Avila, que es tan *beauty*, y tan *professional*, y tan merecedora como yo de vuestros obsequios y agasajos.

Y nada; la gente *comm'il faut*, obstinada en considerar á las demás como *beauties* "de afición," que dijo la inglesa, y en mantener á Higinia alzada sobre el pavés, entre políticos, artistas, *clubmen*, reporters y coro de ambos sexos, sin contar la representación del episcopado.

¡Hurra por Higinia!

Una de las *professional beauties* de Londres perdió esta elevada y envidiada condición porque en una aristocrática cena, creyendo que el gusto del Príncipe por las bromas dadas á los demás le haría tolerar una chanza dedicada á él exclusivamente,

se permitió introducirle un pedacito de hielo por el cuello de la camisa.

Su alteza, como el héroe de *La Pasionaria*,

sintió frío por la espalda,

y en el acto retiró á la favorita su augusta consideración y aprecio.

Bromas infinitamente más pesadas son las que viene dando Higinia á la justicia histórica y á la sociedad madrileña; y, sin embargo, ahí la tienen ustedes ejerciendo maravillosamente de *professional beauty*, y mejor servida que lo fué el propio Lanzarote,

cuando de Bretaña vino.

Conste, pues, de nuevo, que si el Africa empieza en los Pirineos, este es un pedazo de Africa muy presentable, y que debemos todos cantar á coro, como en el pasacalle de *El año pasado por agua*:



¿Francia,
Rusia,
Londres y el Pekín?
¡No hay en el mapa mundi
más salero que en Madrid!
Abril de 1889.



CARTAS

á

HIGINIA BALAGUER

Si se reunieran todas las que recibe ésta á quien bien podemos llamar *señora de nuestros pensamientos* (pues nadie piensa, hoy por hoy, más que en Higinia Balaguer), se formaría un epistolario que habría de eclipsar los más famosos en la historia de este género de literatura.

Ayer, según las revelaciones del *reportage*, enseñaba Higinia Balaguer varias cartas, entre las cuales había una de amor, en estilo muy apasionado, y otra muy lastimera, pidiéndole un destino de vigilante de la ronda secreta.

se permitió introducirle un pedacito de hielo por el cuello de la camisa.

Su alteza, como el héroe de *La Pasionaria*,

sintió frío por la espalda,

y en el acto retiró á la favorita su augusta consideración y aprecio.

Bromas infinitamente más pesadas son las que viene dando Higinia á la justicia histórica y á la sociedad madrileña; y, sin embargo, ahí la tienen ustedes ejerciendo maravillosamente de *professional beauty*, y mejor servida que lo fué el propio Lanzarote,

cuando de Bretaña vino.

Conste, pues, de nuevo, que si el Africa empieza en los Pirineos, este es un pedazo de Africa muy presentable, y que debemos todos cantar á coro, como en el pasacalle de *El año pasado por agua*:



¿Francia,
Rusia,
Londres y el Pekín?
¡No hay en el mapa mundi
más salero que en Madrid!
Abril de 1889.



CARTAS

À

HIGINIA BALAGUER

Si se reunieran todas las que recibe ésta á quien bien podemos llamar *señora de nuestros pensamientos* (pues nadie piensa, hoy por hoy, más que en Higinia Balaguer), se formaría un epistolario que habría de eclipsar los más famosos en la historia de este género de literatura.

Ayer, según las revelaciones del *reportage*, enseñaba Higinia Balaguer varias cartas, entre las cuales había una de amor, en estilo muy apasionado, y otra muy lastimera, pidiéndole un destino de vigilante de la ronda secreta.

El envío de la carta erótica no me sorprende. Más de dos y más de cuatro en el mismo són y compás habrá recibido Higinia desde que el templo de la Fama le ha abierto sus puertas... Cuestión, como diría Goethe, de *afinidades electivas*.

Aparte de los histéricos que se sientan atraídos hacia su intrépida y nunca bien ponderada congénere, apenas será floja la cantidad de pliegos que á estas fechas habrán emborronado *chuchos* y *chuchas*!

Así se denominan en el caló carcelario los presidiarios y las galerianas que entablan relaciones sexuales á distancia, sin verse ni conocerse, ni más ni menos que el abeto del Norte y la palmera del Mediodía, cantados por Heine en su *Intermezzo*.

De fijo que el doctor Salillas, curioso coleccionista de esta especie de documentos antropológico-criminales, poseerá ya sendas muestras de la admiración *sui generis* provocada por Higinia Balaguer, no sólo en los Abelardos de Ceuta, pero también en algunas Safos de Alcalá de Henares.

Esto es moneda



corriente en nuestros más distinguidos criminales, clásicos en el delito y románticos en la pena; y por eso no me ha sorprendido la noticia de la carta amorosa que Higinia enseñaba ayer á sus contertulios y *habitués*.

Como tampoco me sorprendería que la Balaguer hubiera contestado en esta forma:

“Caballero: Agradezco á usted muchísimo su atención, pero no me pertenezco; estoy pedida por el *buchi*..”

Lo que ya merece por parte del cronista moderno bastante más atención que esos escarceos amorosos, es la otra carta en que se pide á Higinia su intercesión para lograr un destino.

¡Y en la ronda secreta, por añadidura!

Si esa carta no procede de un chusco de primera fuerza, es seguramente de un Balzac desconocido, profundo y consumado conocedor de sus contemporáneos, ó *coevos*, según Pereda.

¿Tenía yo razón al dar en mi crónica de ayer á Higinia la patente de *professional beauty*, con todas sus preeminencias y prerrogativas?

Así lo ha entendido también el autor de la carta; y el singularísimo *ex voto* que ha colgado en el santuario de la diosa Recomendación, tomando á Higinia por la más influyente de sus sacerdotisas, constituye

una de las más características señales del tiempo en que vivimos y uno de los fustazos más violentos que puede pegar un satírico á las gentes entre quien estamos.

Como esa carta, recibirá muchas la Balaquer; y á fin de ganar por la mano al *reportage*, voy á dar aquí copia textual de cuatro epístolas enviadas á Higinia, si son mis informes tan veraces como las declaraciones de esta célebre procesada.

Dichas cartas son de un industrial, de un expositor de figuras de cera, de una horizontal y de un señor sacerdote.

He aquí la del industrial:



“Albacete, 10 de Abril.

„Muy señora mía: ya que ha tenido usted la bondad de manifestar en su última declaración que Dolores Avila mató á doña Luciana Borcino con una navaja, le agradecería muchísimo que completase sus revelaciones diciendo que la hoja de dicha arma tenía una marca compuesta de tres cruces, que es la que usamos en todas las navajas y cuchillos fabrica-

dos en esta su casa. Nada le costará á usted hacerme este pequeño favor, pues los tiempos están malos y la industria española necesita apelar á toda clase de medios; estando yo dispuesto á corresponder como usted desee al obsequio que espera de su amabilidad y patriotismo este su afectísimo S. S. Q. B. S. P.,—*Juan de la Cháira.*”

Ahora la carta del expositor de figuras de cera:

“Barcelona, 9 de Abril.

„Muy señora mía y de mi mayor aprecio: Desde el mes de Julio próximo pasado tengo preparados todos los elementos para componer, con destino á mi Galería universal de figuras de cera, que pongo á la disposición de usted y su familia, un magnífico grupo representando el crimen de la calle de Fuencarral; pero siempre que he puesto manos á la obra, estando á



veces á punto de tenerla acabada, he tenido que deshacer lo hecho, en virtud de las varias y contradictorias declaraciones de usted.

„Si se resolviera usted á dar la definitiva y verdadera versión del referido crimen, haría usted un beneficio inmenso á un pobre padre de familia, que está casi arruinado, y cuya salvación sólo depende del referido grupo, en el cual aparecerá usted como merece su interesante figura y popularidad indiscutible, así en toda España como en Barcelona y extranjero.

„A los bondadosos sentimientos de usted apela este que se ofrece á sus órdenes atento S. S.—*Olegario Ulls de Conill.*„

La de la horizontal:



„Madrid, oy biernes.

„Apreciable y simpática Iginia aunque no tengo el gusto de conocerla me inspira mucho interés y soy de Valencia es decir paisana de su avogado señor Galiana lo cual

la dispondra a acermel favor que me tomo la libertaz de pedirla y es que en su prosima declaracion con motibo del crimen me aga el opsequio de aludirme a mi nombre de modo que no me pergudique pero que llame la atencion acia mi pues los tiempos no estan buenos y todos los reclamos son pocos para que los hombres se fijen en una y la hatiendan.

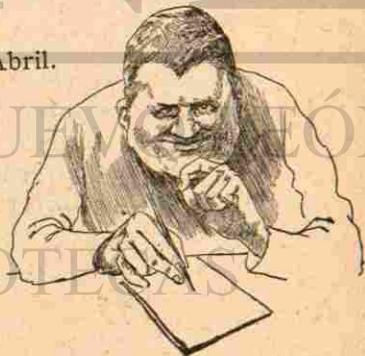
„Felis ustez quien estuviera en su lugar aunque solo fuese beinticuatro oras. En el enterin de que paso a berla y llebaria algun recuerdo que lo balga la embio tres camisas buenas y unos pendientes que haun los tengo sin estrenar y una enpanada de merluzza no siendo de carne por ser oy biernes de Quaresma.

„Adios Iginia la saluda su afma. amiga.—*Serafina Manojos.*„

Véase, finalmente, la del señor sacerdote:

„Toledo, 11 de Abril.

„Higinia: Adjunto envío á usted un ejemplar, con su correspondiente dedicatoria, de mi obra



Tranvia piadoso que conduce desde el centro del pecado á las afueras celestiales.

„Permitirá la divina Providencia que esas devotas páginas muevan á usted á tiernísima compunción y fervorósísimo arrepentimiento? Así lo pido todos los días en fervidas plegarias al Señor; y si su inmensa bondad atendiera mi humildísimo ruego, no querría este siervo suyo más galardón que el de oír á usted ¡oh Higinia! proclamar para edificación de los fieles y confusión de los incrédulos, que había usted alcanzado la divina gracia por mediación de mi libro.

„Muchos buenos servidores de Cristo Nuestro Señor me señalan para una mitra, honra inmerecidísima que se me otorgaría con más seguridad visto el feliz éxito de mi obra, y que aceptaría yo, no por vanagloria, sino por poder ser más útil á los necesitados y á los buenos católicos, como me complacería en demostrárselo, con la ayuda de Dios, á las personas que usted me recomendase.

„Queda rogando al Todopoderoso por usted este su servidor y capellán.—*Simeón Tadeo del Cerquillo.*„

¡Y pensar que M. Chevreul, después de aguardar ciento tres años, se ha marchado al otro mundo sin ver estas cosas!

Abril de 1889.

LAS FÓRMULAS



Y ocurrió ayer en el Congreso que el señor Moret, hablando del motín parlamentario de 23 de Mayo, dijo con una frescura verdaderamente envidiable en estos días de calor tropical:

—¿A qué atribuir aquellos hechos? Al rebajamiento de la moral política que todos sentimos...

No faltó, como es natural, quien torciera el gesto; y para “enmendar la suerte,” añadió el orador:

—Y digo todos, para que nadie se crea ofendido.

¡Que si quieres! En vez de arreglarlo, lo echó á perder esa añadidura; porque el señor Cánovas, doctrinario empedernido, es céptico incurable y político á quien Maquiavelo hubiera puesto entre los más selectos

de sus *uomini senzafede*, agarró la ocasión por los cabellos para darse tono y decir, entre desdeñoso y altivo:

—Yo no me cuento entre esos.

—Ni yo tampoco— replicó el tan elocuente como incauto señor Moret; pero lo hacía para buscar una fórmula.

Que es como si, dejándose de ambages, hubiera dicho:

—Lo hacía para engañarme y engañaros.

¡Oh, las fórmulas!

No tengo á mano el Diccionario vigente de la Academia, cuyo uso está ya exclusivamente reservado al mordaz *Miguel de Escalada*, y en verdad que siento no disponer en este instante de semejante libro; porque con sólo interpretar y entender al revés la definición que se dé allí de la palabra "fórmula", sabría á qué atenerme respecto de su verdadero y exacto significado.

El que tenía antes de ahora ya no sirve, como acontece con el significado de la mayor parte de las ideas y las cosas.—Puesto que hablamos de las fórmulas, podría decirse que la tan buscada y nunca hallada fórmula del progreso consiste en la tergiversación de las palabras.

Fórmula era la redacción precisa é invariable de ciertas palabras que se usan en algunos casos, ó bien la expresión breve y

exacta de una doctrina ó de una verdad; pero hoy, como dijo el protagonista de *El médico á palos*, lo hemos arreglado de otro modo, trasladando el corazón á la derecha.

Fórmula es un artículo que se emplea para dar á un mismo fondo apariencias diversas; para decir que sí y que no al propio tiempo; para hacer como que se concilian términos distintos, y para acomodar las ideas á las palabras, en vez de expresar con las palabras las ideas.

Si se escribiera un *Diccionario de la Hipocresía*, este vocablo daría lugar á disertaciones tan curiosas é interesantes como las que, sin grandes esfuerzos de ingenio ni excesiva suma de datos, haría cualquiera sobre el *Oportunismo*, las *Conveniencias*, la *Tradición*, los *Hechos consumados*, la *Diplomacia*, y tantas otras cosas que son en la civilización moderna lo que el tatuaje en los indios bravos: pintorescos revoques con que se encubren y desfiguran sin ocultar su desnudez.

El desahogo con que el señor Moret daba ayer á entender lo que es para él una "fórmula", debió de hacer reír para sus adentros al señor Alonso Martínez.

Por pura "fórmula", no se rió para sus afueras; pero le era fácil contener la sonrisa no teniendo delante al señor Montero Ríos.

La "fórmula," aderezada un tiempo por estos dos augures de las reformas liberales será famosa en la historia de nuestras adulteraciones políticas; y si así como van al laboratorio municipal las "fórmulas," con que se intenta dar al individuo gato por liebre, fueran también las sofisticaciones legislativas, no habría Garagarza que resistiera el cargo.

En tiempos antiguos—tiempos al fin de barbarie y atraso— se daba tal poder á la "fórmula," convenida, que la palabra lo era todo, y la intención nada. Así los romanos decían de los contratos: *Ita lingua nuncupassit, ita jus est.*

Pero eso era porque entonces la palabra respondía fielmente á la intención, y aún no se había llegado á averiguar—como averiguó Talleyrand hace ochenta años—que la palabra ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento.

Averiguado este principio, y siendo la fórmula á la palabra lo que el cuño á la moneda, para cada mentira tenemos un molde, un *cliché*, que le dé apariencias de verdad, y tanto más prodigamos las "fórmulas," cuanto menos creemos en su eficacia y en la mágica virtud que se les atribuya

en tiempo de las bárbaras naciones.

Las "fórmulas," son ya estériles hasta para expresar la verdad misma.

Hoy no diría Boileau:

J'appelle un chat, un chat, et Rollet un frippon.

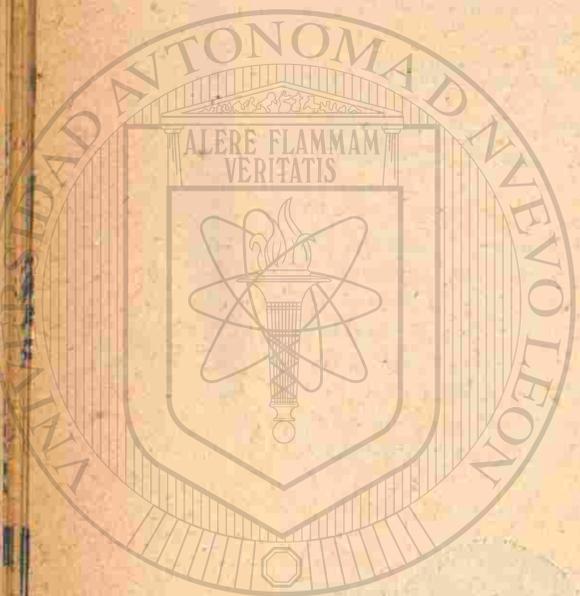
Tendría que buscar otra "fórmula," como los españoles en vena de ingenuidad tenemos que renunciar á llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Lo decimos así por "fórmula," como el señor Moret cuando busca una para decir, sin ofender á nadie, que la moral política está aquí muy rebajada; pero convengamos en que llamar al pan, pan, y al vino, vino, es faltar á la verdad.

Entre otras razones, porque no hay tal pan ni tal vino, sino yeso y fuschina.

Julio de 1889.





GARROTAZO LIMPIO

Si estuvieran de moda aquellos títulos metafóricos que se ponían en otros tiempos á los libros devotos, como el de *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*, *Granzas consoladoras para el gallinero de Jesús*, *Corchetes y corchetes para los calzones del creyente*, *Zancos de perfección para los enanos en piedad*, *Abanico para ahuyentar las moscas del pecado* (éste es protestante), y tantos otros igualmente regocijados y entretenidos, no tardaríamos en

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ver, por vía de respuesta al libro que acaba de publicar José Nakens con el título de *Garrotazo limpio*, algún opúsculo denominado *Arnica piadosa y Venda mística para los contusos de la fe*.

Nakens es el Vargas Machuca de la propaganda revolucionaria. Desgaja del primer árbol que encuentra al paso la rama más nudosa y fuerte, y empieza á sacudir palo seco sobre las huestes reaccionarias con tanto brío y gallardía como el caballero cristiano sobre las huestes moras.

Así, no es de extrañar que en el ardor del vapuleo y en el veloz girar del molinete, alcance algún garrotazo á algún amigo... Pero, al revés de lo que dice el refrán, puede en tal caso perdonarse el coscorrón en gracia del bollo.

—El bollo es—si se me tolera el similitud tan extraordinaria de buena fe, un fondo tan inagotable de amor á la verdad, un "humanismo," tan sincero y sano, sin sensiblerías ni falsificaciones, que si cada estilo tiene, además de su sabor y su color, su olor correspondiente (como creo yo, y lo demostraré otro día), el estilo de Nakens huele siempre á honradez.

¡Si no fuera por eso!

Si no fuera por ese aroma de alta ingenuidad y ese perfume de generosidad ver-

dadera, Nakens parecería el *strano figlio del Caos*, de Arrigo Boito, y todo cuanto escribe resultaría una serie de variaciones sobre aquello de:

Rido e arvento questa sillaba

«No.»

Struggo, tento,

Ruggo, sibilo,

«No.»

Mordo, invischio,

Fischio, fischio, fischio!

Pero Nakens no es el demonio, por más que niegue, y silbe, y muerda, y ría, y ruja, y rabie.

Lo que hay es que le cargan soberanamente las superioridades que se atribuyen otros, sin más razón que el del consentimiento de los demás, según explica el mismo Nakens con un cuento que pone al frente de *Garrotazo limpio*.

Allá en la antigüedad se presentaron á un rey tres sujetos en demanda de que los premiase; el primero, porque veía mucho; el segundo, porque oía mucho; y el tercero, porque renegaba mucho.

Al exigir al primero que demostrara su habilidad, contestó que desde allí veía á una mujer, que estaba á más de dos mil leguas de distancia, enhebrando una aguja.

—Aguja que ahora mismo se le ha caído de la mano—exclamó el segundo,—porque acabo de oír el golpe.

—Y tú, ¿por qué reniegas?—preguntó el rey al tercero.



—Por esto, precisamente; por los que ven tanto y oyen tanto.

—Tuyo es el premio—respondióle;—pues en verdad que te sobra razón para estar renegando siempre.

Aplaudiendo el fallo del rey, Nakens declara que se presentaría á solicitar el premio del que renegaba, por las mismas razones que él, si en vez de anatematizarla y condenarla, hoy se premiara esta especialidad.

Y con esto quedan explicadas la índole y la tendencia de *Garrotazo limpio*, que es una digna continuación de *La Piqueta* y *Lo que no debe decirse*, en donde el vigoroso y batallador periodista recopiló sendas series de artículos de combate.

Cincuenta y uno se contienen en el nuevo volumen, y calculando que en cada artículo se dan siete buenos golpes, pueden calcularse en trescientos cincuenta y siete porrazos los que, sin piedad ni miramientos, descarga sobre las costillas de aquellos que quisieran disfrutar á perpetuidad del evangélico *Noli me tangere*.

Algunos míopes creen que Nakens es un jacobino. No hay tal cosa. Tengo la seguridad de que Robespierre, el afectado y siniestro discípulo de Rousseau, le es tan repulsivo como á mí... Quizás acierte el que busque la filiación de Nakens en Danton; porque el autor de *Garrotazo limpio* escribe como hablaba aquel ingenuo y lógico sucesor del gran Diderot, y como á Danton, le cortaría la cabeza de buen grado cualquier partidario de las mojigangas ideales.

Ateniéndose á la realidad, lo cierto es que en el concierto de blanduras, debilidades y concesiones á que asistimos todos con peligro de asfixia, Nakens lanza una nota clara,

aguda y vibrante, que si disuena á unos, réanima á otros.

¡Cuestión de nervios!

Así se los ataca á éste, mientras se los entona á aquél, el vigoroso *tarari* de los clarines que lanza Wagner sobre el *chun-chun* de la cuerda y el *flon-flon* de la madera.

Amigo Nakens, á mí me gusta mucho el *tarari*.

Julio de 1889



BAZAR PARLAMENTARIO

GRANDIOSAS REBAJAS

POR

FIN DE TEMPORADA

JULIO, DE 1889

ESTA CASA



única en España, líquida, á precios nunca vistos, sus magníficos surtidos de NOVEDADES PARLAMENTARIAS, y ruega al Público que no deje de visitar sus Inmensos Almacenes, antes que desaparezcan los géneros que tanta aceptación han tenido recientemente.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aguda y vibrante, que si disuena á unos, réanima á otros.

¡Cuestión de nervios!

Así se los ataca á éste, mientras se los entona á aquél, el vigoroso *tarari* de los clarines que lanza Wagner sobre el *chun-chun* de la cuerda y el *flon-flon* de la madera.

Amigo Nakens, á mí me gusta mucho el *tarari*.

Julio de 1889



BAZAR PARLAMENTARIO

GRANDIOSAS REBAJAS

POR

FIN DE TEMPORADA

JULIO, DE 1889

ESTA CASA



única en España, líquida, á precios nunca vistos, sus magníficos surtidos de NOVEDADES PARLAMENTARIAS, y ruega al Público que no deje de visitar sus Inmensos Almacenes, antes que desaparezcan los géneros que tanta aceptación han tenido recientemente.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nunca se han conocido, ni jamás volverán á conocerse, géneros tan sorprendentes y de gusto tan especial; siendo de notar que habiendo costado excesivamente caros á precios de fábrica, se dan hoy medio de balde.

Remesas á Andorra, Gerolstein y Estados Unidos del Congo.

PÍDANSE MUESTRAS Y CATÁLOGOS

Camisas

DE SEGURIDAD

con vistas de puro hilo y tela metálica, para asistir tranquilamente á los debates.

Camisas

DE FUERZA

modelo de a'ta novedad, para mayorías disciplinadas y minorías turbulentas.

Sombreros

PRESIDENCIALES

con ala y copa de acero, indestructibles; defensivos, y ofensivos en caso de necesidad.

Campanillas

GARANTIZADAS

para media hora de desorden. Se venden por docenas.

Pitos «fashionables»

Al que lleve todos los que quedan del **modelo Martos**, se le regalará el saldo de los del **modelo Cánovas**.

Bastones

MÁGICOS

Los hay sin estoque, aparentando tenerlo; y con estoque, sin aparentar que lo tienen.

Calzoncillos

A LO CHUCHI

con **mona** de hierro en la pierna derecha, como los de nuestros primeros picadores.

Caramelos

EXPLOSIVOS

para defenderse los presidentes contra las agresiones parlamentarias.

Toallas

DE VENUS

para uso de los aspirantes á yernos, y **arqueólogos del amor**.

Planchas

ROMERO

y **papel Gamazo**, por arrobos, con firmas auténticas (s. g. d. g.), para exposiciones.

MAZAS «LEFAUCHEUX»

con las cuales, en virtud de una ingeniosa transformación, pueden los maceros hacer treinta disparos por minuto.

Jabón

«REGENCE»

para lavar la ropa sucia, dejándola en peor estado que antes.

Pañuelos

HIGIÉNICOS

con desinfectantes de gran energía, para uso del público de las tribunas.

Árnica extra

destilada expresamente para esta casa. La hay en barriles con gran rebaja, para jefes de grupo.

TODO NUEVO,**Todo fresco, y todo baratísimo.**

Por la Sociedad de Anuncios,

M. de C.

**CARTA Á UN PATRIOTA**

Mi querido Patricio: A la vez que tu carta, llegaron sin detrimento alguno las exquisitas *almojábanas* con que me has obsequiado.

A pesar de las veinticuatro horas de tren, no han perdido nada de su blandura y suavidad, y dos ó

tres amigos que las han probado por vez primera, han dicho, para honra y gloria de la repostería zaragozana:

—Pues son mejores que los *chantillys* del Suizo.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ya lo creo! ¡Como que las *almojábanas* son una de tantas cosas buenas heredadas de los moros españoles, y el *chantilly* procede de *los bárbaros de Afranc*, como se decía allá en los tiempos en que la España musulmana era el pueblo más civilizado de Europa!

No me sorprendió, pues, el entusiasta voto de mis amigos en favor de las *almojábanas*, harto más dignas de un buen folleto que los tan afamados y ásperos *alfajores* de Medina Sidonia que nos hizo tragar el doctor Thebussem, más por el canto que por el santo.

Lo que sí me ha sorprendido es que me obsequie y agasaje á estas fechas con una golosina morisca un patriota que me hace esta consulta:

“¿Crees que podría empezar bajo buenos auspicios la publicación de mi semanario, cultivando la nota patriótica, ahora que se habla tanto de Marruecos?,”

Ahora sí que viene bien (como pedrada en ojo de... contrabandista) el consabido y clásico: *¡Por vida de los moros!*

No sé con qué cara (pues la tuya daría envidia al propio Almanzor) ni con qué firma (pues te apellidas Zaidín y Benasán) vas á “cultivar,” esa que tú llamas “nota patriótica,” en un semanario que intentas denomi-

nar *La Aljaferia*, título que me parece muy bonito, muy simpático y muy zaragozano.

¿Sabes que un morisco aljamiado, á quien subvencionara un Aben-Humeya á la moderna, no inventaría nada más característico y expresivo?

La Aljaferia. Director, D. P. Zaidín y Benasán, natural de Alfajarín (provincia de Zaragoza), y oriundo de los Zaidines de Almodévar (provincia de Huesca) y de los Benasanes de Almohaja (provincia de Teruel).

Si reinara la Sacra y Católica Majestad del Señor Rey Don Felipe III—á quien por lo visto echan muy de menos algunas buenas almas—habías hecho un negocio redondo; y no digo un pan como unas hostias, por no tributar con estas irreverencias de origen morisco una especie de homenaje á la sombra del primer Zaidín y á la del primer Benasán.

¡Benasán! No te llamarías de otro modo si fueras hijo del Sultán de Marruecos... Y resultando sobrino suyo, aunque inconsciente, ¿quieres meterle con él?—Si lo hicieras siquiera á título de pariente, para disputarle los cordones verdes del turbante, ¡menos mal!

Hazte cargo de todas estas cosas, y convén conmigo—y con las cuatro quintas par-

tes de los españoles—en que las peleas de moros y cristianos están ya tan *demodées* como el llamarse don Fadrique ó don Gu-tierre (nombres germanos, igualmente ex-tranjeros que los de Muley y Alí) y el de-jarse bigote y perilla en forma de cruz para hacer una profesión de fe de barbería.

A un musulmán fanático lo mismo le da un español que un moscovita, y no es segura-mente el rojo y gualda de nuestra bandera lo que le molesta.

A un cristiano fanático lo mismo le da—ó le debe dar—un moro marroquí que un ju-dío holandés ó un luterano de cualquier parte; pero, como le dejen, ahorca con más gusto á un compatriota de ideas avanzadas que á todos los mahometanos, israelitas y herejes de la tierra.

Anda, vé y pregúntales á cuantos neos tra-tes, á quién verían pasar á cuchillo con más gusto, si á la re-dacción de *El Li-beral* ó á la kabila de Bocoya, y sabrás en dónde está la ver-dadera morisma pa-rra esos campeones de Cristo.



Que nuestros ideales nacionales han de realizarse allende el Estrecho, ¿quién lo duda?—Por ahí hemos de desarrollarnos (cuando ya nos hayamos desarrollado bastante dentro de casa); pero persuádetes de que antes de llegar el momento histórico de “hispanizar” la tierra del Moghreb, dado que nos lo consienta la insaciable ambición de otras naciones, más iremos logrando por los pacíficos y humanos medios del doctor Ovílo y del padre Lerchundi que por esas amenazas estentóreas y estridentes, tras de las cuales apenas si hay—por confesión de los mismos que gritan—una escuadra de Patachín.

¡La nota patriótica!

Cultívala, Patricio, cultívala, que buena falta hace propagar y arraigar el sentido del verdadero patriotismo, aquí donde se halla tan desviado y desquiciado como todos los demás sentidos. Ya que quieres empezar á escribir para el público bajo los sagrados auspicios del amor á la patria, procura convencer á los patriotas vocingleros y dislocados—si por casualidad hay alguno en esa tierra de la nobleza, la discreción y el heroísmo,—de que la primera aspiración de todo español debe cifrarse en tener una España bastante fuerte, bastante rica y bastante respetada para no sufrir

bochornos y humillaciones tan graves como el *velo* que nos impuso Inglaterra después de la campaña, tan gloriosa como estéril, de 1859 y 1860.

Cultiva, hijo, cultiva la nota patriótica, para convencer á los que quieren pasar el Estrecho—¡como si no pasáramos aquí bastantes estrecheces!—de que, antes de abandonar en són de guerra el suelo español, debemos pensar en dejarlo limpio de polvo y paja; es decir, libre de esa afrenta constante y permanente que se llama *ocupación de Gibraltar*.

¡Esa sí que es una mancha en nuestro escudo! ¡Ese sí que es un jirón de nuestra bandera! ¡Eso sí que debiera encender en ira inextinguible los ánimos españoles!—Tenemos puesto brutalmente encima de nuestro cuerpo el pie de una potencia pérfida y rapaz, ¿y podemos pensar en pasearnos victoriosos por esos mundos de Dios, ó de Alá, ó de quien sean?

Antes de ir á apoderarnos de solares ajenos, debiéramos atender á rescatar el propio. Esa, esa es una nota patriótica, querido Patricio. Cultívala—según tu expresión al uso periodístico—é inspírate para ello en el ejemplo de los patriotas italianos, que abominan de las aventuras africanas de Crispi mientras hay una Italia *irredenta*, y en la

firme conducta de los patriotas franceses, que han rehusado los servicios de Julio Ferry, su primer hombre político, por haberle visto distraer la sangre y el oro de la patria en el Tonkín y en Túnez, mientras siguen Alsacia y Lorena en poder de los alemanes.

Otras notas, ó, si se quiere, teclas, hay que tocar, amigo Zaidín; pero nada te quiero decir de ellas hasta no ver tu contestación.

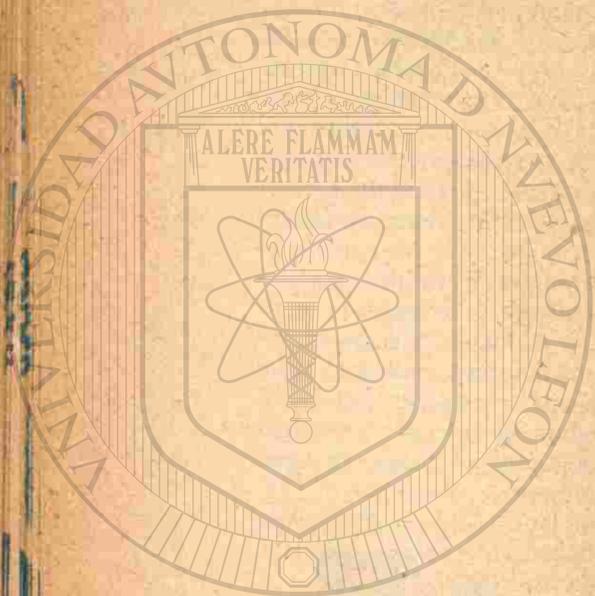
Mándamela pronto; y si con la carta vienen otras *almojábanas*, te quedaré muy obligado, aunque—hablando con franqueza de aragonés—más te agradeceré que ahora me envíes golosinas de origen cristiano, pues si bien el abolengo morisco es respetable para un español liso y llano de fines del siglo XIX, tampoco hemos de renegar del otro ni dejar de proclamarlo con orgullo y preferencia.

Te abraza tu amigo y paisano,

M. DE C.

28 Septiembre de 1889





¡GUERRA AL INFIEL MARROQUÍ!

Noticias copiadas de «El Chin-chin», diario patriótico.

19 de Septiembre de 1889.

PARECE mentira que el ministerio no haya caído en la cuenta de que, en las actuales circunstancias, su mayor enemigo está dentro de casa.

Los verdaderos patriotas estamos dispuestos á proceder enérgicamente contra

el señor subsecretario del ministerio de Estado, si el Gobierno es bastante débil para seguir tolerándolo en el puesto que ocupa.

¡Quién ignora que al Sr. Fernández Jiménez se le conoce, desde hace muchos años, entre sus amigos y admiradores, por el apodo de *El moro*, apodo que por muchas razones le cuadra maravillosamente?

¡Y decir que están en semejantes manos los carísimos intereses de la patria! ¡Y pensar que España se halla entregada á *El moro!*

Mientras consignamos con orgullo la actitud belicosa de algunos diarios carlistas, que con verdadero entusiasmo predicán la guerra contra el infiel marroquí, debemos lamentar—y lamentamos hondamente—la censurable reserva de *El Movimiento Católico*.

Sin duda el órgano episcopal recuerda que el traidor Don Oppas fué en su tiempo uno de los más conspicuos individuos del episcopado español, y no se atreve á perder la suscripción que por lo visto envía al famoso prelado al otro mundo.

Un sincero aplauso al Sr. Aguilera.

Ayer prohibió el *meeting* republicano que debía celebrarse en el vecino pueblo de Tetuán. Hizo muy bien el Sr. Aguilera. Por más que el nombre de Tetuán recuerde glorias inmarcesibles de las armas españolas, no deja de ser, al fin y al cabo, un nombre marroquí, y gentes que viven en un Tetuán son indignas de consideración alguna por parte de un patriota tan ferviente como nuestro gobernador civil.

**

Los comités reformistas de Madrid dirigieron anoche el siguiente telegrama al señor Romero Robledo:

"Madrid 19 (10,35 noche).—Partido reformista en masa le felicita entusiasmado por su admirable previsión patriótica constancia perseverando tantos años actitud protesta contra morenos marroquíes. Sólo un rubio de toda la vida puede salvarnos. Ya que no vienen instituciones Madrid, venga usted salvar patria.—(Siguen las firmas.)"

**

Anoche se decía en los círculos políticos, al comentarse el telegrama anterior, que

una de las primeras medidas que tomará el Sr. Romero Robledo consistirá en ordenar á sus amigos pelinegros que se tiñan el cabello de rubio, y á los que llevan barba, que se afeiten.

Esto último nos parece improcedente, porque afeitados ya están.



Ayer se presentó al alcalde señor Mellado una comisión de vecinos de la calle de la Morería y de

la Puerta de Moros, poseídos de ardiente patriotismo y solicitando que se cambien aquellos nombres por otros más conformes con el sentimiento nacional.

El Sr. Mellado ha ofrecido á aquellos vecinos que la calle de la Morería y la Puerta de Moros (¡con verdadero horror estampamos estos nombres!) recibirán los de las dos primeras batallas que ganemos á la morisma en la guerra próxima á declararse.

¡Bien por los taberneros de Madrid!

Este gremio, que siempre se ha distinguido por su patriotismo, ha sido el primero en tomar un acuerdo colectivo, en armonía con las circunstancias.

Ha acordado bautizar todo el vino que expenda, y desde hoy queda suprimido en todas las tabernas de Madrid el clásico *morapio*.

El torero conocido por *el Califa* fué objeto anoche, en la Puerta del Sol, de una manifestación violenta, que no aplaudimos, pero que comprendemos en los presentes instantes.

Los exaltados patriotas que se juntan en la acera del café Imperial — y cuyo odio á la media luna es bien conocido — rodearon al *Califa*, y le obligaron, bajo graves amenazas, á hacer una profesión de fe cristiana y española.



Hízola el *Califa*, pero terminó diciendo:
—Ahora me toca á mí. ¿Sabéis lo que *sus*
digo? Que todos sois unos malos cristianos
y unos malos españoles, porque lleváis co-
leta, lo mismo que los moros.

Oír esto los patriotas, y quedar la acera
sembrada de coletas, todo fué uno.

Estos espectáculos entusiasman, conmue-
ven y consuelan. ¡Viva España!

*
*
*

Ayer tarde ocurrió un serio disgusto
en un almacén de calzado de la calle del
Arenal.

Un caballero entró diciendo:

— ¿Tienen ustedes babuchas morunas?

El dueño de la zapatería se vió ofendido
en su patriotismo, y contestó con dureza al
comprador, promoviéndose una reyerta,
que terminó llevándose los agentes de la
autoridad al caballero á la prevención del
distrito.

*
*
*

Nos consta que el Sr. Moret, tan defensor
en toda ocasión de una política decisiva y
enérgica en Marruecos, ha telegrafiado al
Gobierno, ofreciéndole su incondicional

apoyo y manifestándose dispuesto á cam-
biar de apellido.

Desde ahora —según parece— se llamará
D. Segismundo Cristianet y Prendergast.

Si cunde tan laudable ejemplo — como cun-
dirá seguramente, — uno de los primeros en
seguirlo será nuestro amigo el conocido
periodista Sr. Morote, á quien veremos con-
vertido en Cristianote.

*
*
*

Ni aun en los momentos más solemnes y
en las circunstancias más graves perdemos
los españoles nuestro buen humor.

Se ha observado que estos días no se jue-
ga en los billares más que al *morito*.

En cambio, ha dejado de jugarse al *mus*,
por lo que tiene este juego de *mus...ulmán*.

*
*
*

Otro ejemplo de alto patriotismo.

El conocido editor Sr. Zozaya ha devuel-
to al maestro Chapí todos los ejemplares de
la *Fantasia Morisca* que tenía en su al-
macén.

El distinguido compositor los ha quemado
en el acto, y ha empezado á componer otra
Fantasia, que se propone dedicar á los que

en estos instantes lanzan á la publicidad ideas belicosas.

Sabemos de un "solo de violón," que hará gran efecto.

Mañana publicaremos el plan de campaña que nuestro ministro de la Guerra tiene dispuesto y ultimado en todos sus detalles.

Ninguno de éstos omitiremos en nuestra reseña. Son tan minuciosos como exactos; pero aconsejamos á nuestros lectores la mayor reserva, para que estas noticias no trasciendan al gobierno de Muley-Hassan ni á los oficiales extranjeros que le auxilian.

Digamos, imitando á Nelson en Trafalgar: *España espera que todos cumpláis con vuestro deber.*

El nuestro es dar noticias gordas. El vuestro... embauláros las.



ALCUZCÚZ

VINIERON los sarracenos, y no nos molieron á palos como sus antepasados (y, *en lo que cabe*, nuestros), porque ni son bastantes para que los ampare Dios, sostén omnipotente de la ley de las mayorías, ni tienen los pobres más que un mísero garrote, de cuyos dos cabos tiran Francia é Inglaterra, por un lado, y Alemania é Italia, por otro.

¡Y vaya usted á manejar un garrote sobre el cual hay ocho manos extrañas!

¡Y ocho manos de hierro, sin aquel guan-

en estos instantes lanzan á la publicidad ideas belicosas.

Sabemos de un "solo de violón," que hará gran efecto.

Mañana publicaremos el plan de campaña que nuestro ministro de la Guerra tiene dispuesto y ultimado en todos sus detalles.

Ninguno de éstos omitiremos en nuestra reseña. Son tan minuciosos como exactos; pero aconsejamos á nuestros lectores la mayor reserva, para que estas noticias no trasciendan al gobierno de Muley-Hassan ni á los oficiales extranjeros que le auxilian.

Digamos, imitando á Nelson en Trafalgar: *España espera que todos cumpláis con vuestro deber.*

El nuestro es dar noticias gordas. El vuestro... embauláros las.



ALCUZCÚZ

VINIERON los sarracenos, y no nos molieron á palos como sus antepasados (y, *en lo que cabe*, nuestros), porque ni son bastantes para que los ampare Dios, sostén omnipotente de la ley de las mayorías, ni tienen los pobres más que un mísero garrote, de cuyos dos cabos tiran Francia é Inglaterra, por un lado, y Alemania é Italia, por otro.

¡Y vaya usted á manejar un garrote sobre el cual hay ocho manos extrañas!

¡Y ocho manos de hierro, sin aquel guan-

te de terciopelo que recomienda la diplomacia antigua!

Así resultan ellos los molidos, y así vienen de afables, sumisos y corteses,

con gran similitud,
sin pizca de acritud,

(letra agarena de *El Cocodrilo*) y sin pizca de aquella arrogancia con que los moros manchegos y andaluces daban cita en el Carpio (línea de Madrid á Córdoba y Sevilla) á los cristianos castellanos y gallegos para tomar unas cañitas y pelearse después, de donde viene el refrán: "Las cañas se vuelven lanzas."

Peró ¡ay! ó ¡guay! (que es más moro). De nada ha servido á los representantes del soberano descendiente del Profeta venir á la corte del rey católico trayendo en la mano el ramo de oliva, con aceitunas y todo.

La propaganda guerrera emprendida por algunas buenas almas con ocasión de lo de Alhucemas, no ha dejado de producir resultados en ciertos espíritus belicosos, á despecho del "fiasco," de aquella campaña y de las muestras de simpatía tributadas por "este respetable público," á los hombres del jaique, el zaragüell y el turbante, especie de chuferos en grande escala.

Todas las mañanas se reciben en el Hotel de Rusia infinidad de cartas, que invariablemente arroja á un montón el secretario de la embajada, sin abrirlas.

—¿Qué es esto?—preguntó el primer día el embajador.

—¡Sablazos!

Su Alteza (porque el respetable muslim es uno de los cuatro suegros formales del sultán) se llevó la diestra al costado izquierdo, requiriendo instintivamente la gumiá.

—¿Nos hostilizan los españoles?—preguntó de nuevo.

Y habiéndosele contestado que ya en Tánger había sido el sultán víctima de este género de hostilidades, teniendo que aflojar veinte duros á un músico español que se le arrancó á volapié, dijo el venerable mogrebí, cruzando entrambos brazos sobre el pecho:

—Pues si el sultán se ha dejado herir, nosotros no podemos hacer lo mismo. Sería igualarnos á él y, por consiguiente, faltarle al respeto... ¡Aquí no se da dinero á nadie!

—No te extrañe esto de los sablazos—se le repuso;—es una costumbre propia del temperamento guerrero de los españoles, y muy arraigada en Madrid.

—¿Sí? Pues donde fueres, haz lo que vieres... Que venga el Taleb, y empiece á po-

ner cartas á todos los madrileños ricos.
¡Aquí de nuestros alfanjes!

Por fortuna, se ha conjurado este nuevo conflicto (¡es mucha suerte la del Sr. Sagastal) en que iba á meternos la diplomacia marroquí, malamente acusada de tortuosa, cuando de lo que peca en rigor es de rígida y tenaz en su inflexible lógica.

Las misivas de los belicosos hijos de Pelayo, el Cid y D. Jaime el Conquistador van todas al cesto de los papeles viejos, ó sirven, á lo sumo, para que el pajecillo negro del embajador se entretenga en hacer pajaritas de papel.

Sin embargo, algunas de esas cartas se han abierto por curiosidad, y los moros se han hecho cruces—si se me per-

mite tan audaz modismo—viendo que los sablazos no se los dan en nombre de Cristo, sino invocando la misma ley de Mahoma.

Ahora resulta que en Madrid y los bajalatos vecinos había innumerables moriscos, ó *moriegos*—como los llamaban antaño en



Aragón,—que venían vegetando y retoñando ocultamente (por ambas líneas) desde los tiempos de la impolítica persecución de Felipe III, hasta los del advenimiento político de Felipe Ducazcal.

Hay hombre que escribe:

“Yo desciendo directamente de los propios almohades; y á pesar de eso,

hoy no tengo ni una almohada
que pueda decir que es mía.»

Otro, alambicando más, se expresa así:

“Soy hijo de un colega de Mahoma. También mi papá era Profeta... Vivía en Zaragoza, y hacía almanaques.”

Otro dice:

“Figúrese usía, señor embajador, si seré musulmán auténtico, que desde hace cuatro años (vamos, desde que estuvo aquí la última embajada de Marruecos), no he visto el tocino, ni he catado el jamón. En cuanto al vino, ni olerlo. Gracias al aguardiente, voy tirando.”

Otro pregunta en dónde podría adquirir la Bula mahometana para poder comer carne de cerdo..., y de paso, pide dinero para poder comprar esa Bula.

Hay, en fin, una viuda de un creyente que jamás anduvo por casa sin fez ni babuchas.

la cual—conocedora, sin duda, de las costumbres marroquíes—ofrece al embajador su casa y una buena pipa.

Y termina así la carta:

“Suya affma, segura servidora, y mahometana hasta en el nombre,

CIRCUNCISIÓN.”

En esto, amados lectores míos, ha venido á parar la guerra al infiel marroquí.

El cual infiel se divierte entretanto todo lo que puede en el

...castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,

y va por ahí de guinda en guinda, y no falta ninguna noche al teatro ó al circo, con gran contentamiento de las empresas, que se apresuran á poner en los carteles el consabido: *“Asistirá la embajada de Marruecos,”* como en tiempos de Alfonso XII ponían aquello de: *“Están invitadas SS. MM. y AA.”*

Gracias á los sarracenos, hay empresarios que pueden poner estos días su puchero á la lumbre.

Vamos, su alcuzcúz.

Uno de ellos hasta ha pensado en agasajar á los moros con la *reprise* de la zarzuela

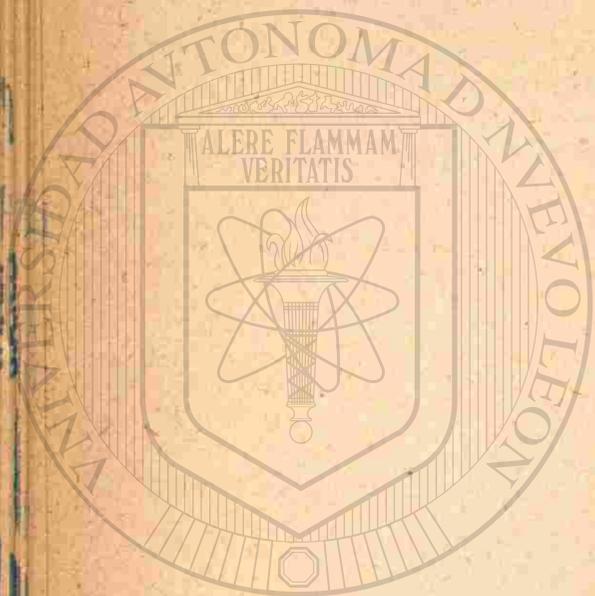
bufa de Santisteban y Barbieri, *El tributo de las cien doncellas.*

Pero ha desistido ante esta discreta observación de uno de la embajada:

—Yo, por mi parte, me contento con “la doncella de los cien tributos.”

Octubre de 1889.





ORO, PLATA, COBRE Y NADA

TODA la prensa ha reproducido en sus columnas el siguiente suelto, para conocimiento, y sobre todo para satisfacción de los contribuyentes españoles, cuyo dinero es, de fijo, el que mejor se gasta y emplea en el mundo:

“A seis millones de reales asciende lo que se presume que podrá costar la construcción del nuevo edificio para la Academia Española.”

Aquí de Villergas en *El baile de Piñata*:

¡Jesús qué aïrenta!

¿Quién por doblar su brillo
no da sesenta?



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así y todo, seis millones de reales no son moco de pavo; es decir, de académico.

Permitaseme poner en duda que ascendiese á tanto el coste del decantado mausoleo que la desconsolada Artemisa hizo erigir para guardar las cenizas de su marido.

Si de esta hecha no eclipsa el nuevo edificio con su fama la de aquel monumento, y aun la de la propia *Moles Adriani*, es que ya no hay justicia ni gusto en la tierra; porque tanto más pasmoso es el derroche, cuanto menos lo merece el objeto; y, francamente, el momificado cadáver de la Academia Española no es tan interesante como lo fueron en su tiempo — y ahora lo serían más — los restos de Mausolo y Adriano.

Créanme los M. C. de la Academia (porque tengo allí sendos tocayos... en iniciales); no pertenezco á la categoría de los cronistas modernos, para quienes es indispensable desayunarse todas las mañanas con unas magras de académico.

Es una carne la suya harto *curiácia* — como dice el Sr. Fabié por coriácea, — y nada me carga tanto, aparte de esa razón, como la monotonía en las comidas.

Lo que hago con tal manjar, lo mismo que con el que nos suministran instituciones

más altas y venerandas, es lo que el refrán manda hacer con los rábanos... Comprarlos cuando pasan.

Y ahora pasan académicos.

Los que no debieran pasar son los seis millones de reales.

Ciertamente no es la carne de académico tan indigesta como la carne de clérigo, de la cual decía Thiers (si era Thiers el que lo decía):

— *Celui qui mange du prêtre, en meurt.*

Pero si no es tan peligrosa, de seguro es la carne de académico más cara que la carne de cura.

Son muchísimos los ciudadanos que no pueden pasarse sin clero, ora para venerarlo, ora para combatirlo. — En cambio, ¿quién echaría de menos la Academia Española si se aventaran sus cenizas?

Tres personas no más.

El portero del edificio;

El secretario de la Corporación, que tiene casa de balde;

Y Antonio de Valbuena, al cual se le atrofiarían esos envidiables músculos, medio de fraile, medio de guerrillero, cuya solidez hace sentir tan duramente á los académicos de la Lengua.

De suerte que para mantener un portero, "poner piso," á un caballero, y dar ocasión á

las gallardías literarias—y esto al menos ya es algo—de un adversario de esa cofradía, gasta la nación más entrampada de Europa seis millones de reales, sin contar lo que ordinariamente cuesta la Academia.

Magnífica fué en verdad
la idea del tal panteón,

y ya me regodeo y relamo de gusto con el delicioso albergue que tendrán allí los restos de este pobrecito escritor; porque de menos hizo Dios á los M. C., y cualquier día entra uno en la inmortalidad, y sabido está también

...que el hombre pára allí
cuando mejor va pensando.

Pero ya que el Estado
gasta ese dineral en la
conservación de
las momias—ó si
se quiere momios
—de las Bellas
Letras y las Be-
llas Artes,

(...¡lástima grande
que no sea verdad tanta
[Belleza!]

¿por qué no cos-



tea con igual solicitud los institutos que representan progreso, utilidad, cultura, riqueza, vida y sangre para toda la nación?

El día mismo en que los periódicos publicaban el suelto con que he encabezado este artículo, traían también la reseña de la solemne distribución de premios á los alumnos de la Escuela Central de Artes y Oficios.

¡Qué contraste!

De un lado, derrochándose el oro y la plata en erigir un edificio inútil.

De otro, escatimándose hasta la calderilla en el sostenimiento de lo que vale más que el oro y la plata en el tesoro de la vida nacional.

El mismo director general de Instrucción pública me ha proporcionado ese símil... Decía así en el discurso que pronunció en aquella ceremonia:

—Las monedas de cobre que el Estado gaste en implantar reformas en las enseñanzas de esta Escuela, se volverán recursos para el Tesoro, convertidas en monedas de oro.

Sí; y el Tesoro invertirá esas monedas de oro en sostener instituciones añejas, sin las cuales podría pasarse el Estado perfectamente.

Aquí cantaríá un alumno listo de la Escuela:

¿No sería muchísimo mejor cerrar un paraguítas de los dos?

Es decir, dejar sin paraguítas á la Academia?



El contraste que ahora dibujo á vue-lapluma fué objeto de análogas consideraciones en uno de los artículos que dediqué el año pasado á la Exposición Universal de Barcelona.

De cía entonces, describiendo la instalación de primer orden con que se distinguía la Escuela

de Artes y Oficios de Madrid en la nave central del Palacio de la Industria:

“...Los que sandiamente creen que en Madrid no hay sino una chulería viciosa é ignorante, dada al peleón, la navaja y los novillos, volverán sobre su acuerdo al ver esta instalación, prueba palpable de las admirables disposiciones de los hijos del pueblo de Madrid para aprender rápidamente,

asimilarse con provecho la sana enseñanza, y dar fácil desarrollo á la natural viveza de su espíritu.”

Y más adelante:

“Junto al brillante papel que hace este instituto moderno y popular, ¡cuán raquítico y mezquino el que representan las Reales Academias, aréopagos del saber oficial y sanhedrines de la ciencia fósil!

„Unos armarios miserables, con las estanterías casi vacías, y varios libros, colocados de frente y de modo que á duras penas se pueden leer sus títulos, y... paren ustedes de contar.—Es decir, pueden ustedes contar, por vía de entretenimiento, lo que cuestan al Estado instituciones tan vanas, añejas y estériles, mientras se regatea hasta lo más preciso á las encargadas de difundir la enseñanza pública.

„Es providencial el contraste que ofrecen las Reales Academias—con R y con A mayúsculas—y la institución popular á quien antes me he complacido en saludar con entusiasmo. Al lado del pasado, rancio é impotente, se alza el porvenir, poderoso y triunfante... ¿Qué quieren ustedes que les diga? Estas Exposiciones no se han hecho para la propaganda reaccionaria.”

¡Cuán verdaderamente liberal y democrática, digo ahora, sería la obra del Go-

bierno que se decidiera á enviar á las prenderías esos casacones y espadines que tan caros nos cuestan!

Una estatua —y de las buenas, no de las que encarga el Gobierno á los paniaguados— merecería el ministro de Fomento que dijera de una vez:

—Para las instituciones modernas, útiles y fecundas, como la Escuela Central de Artes y Oficios, *oro y plata*. Para las antiguas huertas y estériles, como la Academia de la Lengua, *cobre... ó nada*.

Octubre de 1889.



LETRILLA

AL ESTILO ANTIGUO

¿Conque se jugaba?
¡Nunca lo creí!
¿Conque se rendía
culto al vicio vil?
¿Conque era un infundio
lo de perseguir
sin paz y sin tregua,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bierno que se decidiera á enviar á las prenderías esos casacones y espadines que tan caros nos cuestan!

Una estatua —y de las buenas, no de las que encarga el Gobierno á los paniaguados— merecería el ministro de Fomento que dijera de una vez:

—Para las instituciones modernas, útiles y fecundas, como la Escuela Central de Artes y Oficios, *oro y plata*. Para las antiguas huertas y estériles, como la Academia de la Lengua, *cobre... ó nada*.

Octubre de 1889.



LETRILLA

AL ESTILO ANTIGUO

¿Conque se jugaba?
¡Nunca lo creí!
¿Conque se rendía
culto al vicio vil?
¿Conque era un infundio
lo de perseguir
sin paz y sin tregua,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin reposo y sin
descanso al que gusta
de verlas venir?
¡Bonita campaña
la que ha hecho el *cadí*,
y lo digo en moro
por ser lo más *chic!*
¡Oh, qué patria rica!
¡Oh, qué buen país!
¡*Las cosas que pasan
en este Madrid!*

“No hay juego—decía
la esposa feliz,—
y Juan ya no pierde
ni un maravedí.”
Los padres, tranquilos
estaban al fin,
y al *cadí* ensalzaban
con elogios mil.
Pero viene Thémis,
descorre el tapiz,
tira de la manta,
y exhibe al país
un pastel que, vamos,
no hay más que pedir.
Y esposas y padres
exclaman así:

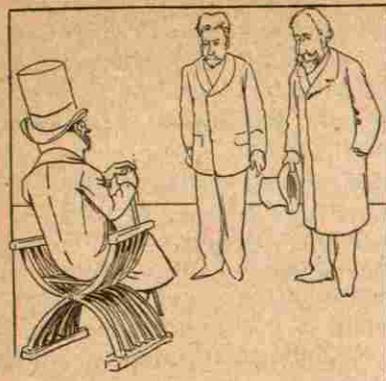
¡*Las cosas que pasan
en este Madrid!*

—
“El *cadí* dimite,—
dicen por ahí;—
y yo digo al paño:
“¡Qué ha de dimitir!
Todo eso no vale
ni un grano de anís.
¿Hay que armar por nada
la de San Quintín?
Si Thémis astuta
logró descubrir
barajas en donde
no las vió el *cadí*,
cuestión es tan sólo
de dar en el *quid*,
y no todos huelen
con igual nariz
*las cosas que pasan
en este Madrid.*”

Cosas y personas
no es fácil medir
con igual rasero
ni aquí ni en Pekín,

y la prueba ¡oh Fabio!
 la da el pobre Gil,
 yendo al "Abanico,"
 desde el *Club Petit*,
 al paso que el noble
 prócer don Joaquín,
 que hacía lo propio
 que aquel infeliz,
 sigue en el *Grand Club*,
 y se echa á reir
 de Thémis, diciendo,
 mientras juega un *whist*:
*¡Las cosas que pasan
 en este Madrid!*

Octubre de 1889.



PICTORIBUS ATQUE DIPLOMATICIS...

AQUEL poder para atreverse á todo (*potes-
 tas quilibet audendi*) que Horacio conce-
 día por igual á los pintores y á los poetas,
 le han disfrutado estos días en competencia
 diplomáticos y pintores, representados los
 primeros por el encargado de negocios de
 España cerca de la Santa Sede, y los segun-
 dos por el director de nuestra Academia de
 Bellas Artes en Roma.

Los lectores de *El Liberal* conocen el ori-
 gen de lo que ya ha recibido el nombre de
 "cuestión Palmaroli."

Hallábase el secretario de la embajada en Roma en el estudio de nuestro compatriota el ilustre escultor Querol, y poco después de su llegada, se presentó el Sr. Palmaroli en el mismo lugar.

Descubrióse este último, conservando el sombrero en la mano, y entonces el diplomático, que estaba cubierto, invitó al director de la Academia á que le imitase.

— Gracias—diz que repuso Palmaroli;— pero tengo la costumbre de descubrirme cuando me hallo en el estudio de cualquier artista español.

Inde iræ!

De ahí el arrebató—poco diplomático en verdad—del encargado de negocios; las órdenes que dió á Palmaroli, y que éste no se creyó en el caso de obedecer; la suspensión de empleo dictada por el representante de España contra el director de la Academia, y, por fin, la desautorización de tal medida por el ministro de Estado.

En esa lid de pintores y diplomáticos, la diplomacia ha quedado vencida, y por esta vez se ha desmentido aquello de que

á Roma se va por todo,
pero por narices, no;

porque á nuestro encargado de negocios en el Vaticano (es decir, al de ustedes, pues

yo no tengo allí negocio alguno) le acaba de dejar el Gobierno con un palmo de narices.

Los *artistoni*, triunfantes y orgullosos, exclaman:

—¿Qué se habían figurado esos caballeros cubiertos? Si quieren, que se cubran delante del rey... Para nosotros no hay más grandes de España que nuestros maestros.

Y dicen los otros, no los que pintan, sino los que la pintan:

—¡Qué presunción! ¡Qué vanidad! ¡Qué insolencia! Estos pintamonas se figuran ser los reyes del mundo.

Y lo son.

El emperador Carlos V les dió la alternativa de tales (y el mayor pecado del diplomático consiste en haberlo olvidado), cuando en presencia de sus cortesanos, pasmados ante las consideraciones que el poderoso monarca tributaba á su gran retratista recogió el pincel que se le había escapado á Ticiano de entre los



®

dedos, diciendo afable y cortésmente; para calmar la confusión del pintor:

—¿No puede Ticiano ser servido por César?

De entonces acá, César ha bajado y Ticiano ha subido, hasta el punto de que ya no es el soberano quien recoge el pincel del artista.

El pintor es quien recoge el cetro que se le escapa de entre las manos al rey... Lo que hay es que no se lo devuelve.

Se queda con él, y los que salimos de un despotismo para entrar en otro, tenemos que descubrirnos respetuosamente ante el nuevo ungido del Señor.

(Los pintores y los reyes se parecen también en que los consagra... el óleo.)

Tres reyes—á los cuales no llamaré magos, porque en vez de aportar dádivas, se las llevan,—imperan y dominan en nuestra sociedad.

Su Majestad el Tenor;

Su Majestad el Pintor;

Su Majestad el Matador.

Un par de notas brillantes en la voz, un par de toques sorprendentes con el pincel, un par de estocadas por todo lo alto, bastan aquí para obtener la gloria y la fortuna que niega una sociedad frívola y decadente al talento fecundo y la labor continua, siem-

pre que el *divo* de la romanza, de la paleta ó del estoque sepa reservarse y atender sólo al futil capricho del "dilettantismo."

Un torero muy conocido dice á todo el que lo quiere oír:

—Mi mayor delicia consistiría, después de haber toreado por la tarde, en ir al Real por la noche y cantar de tenor en *Los Hugonotes* ó *La Favorita*.

Al hombre le falta añadir:

—Y al día siguiente por la mañana, coger los pinceles y ¡zis! ¡zás! dar un volapié á lo Fortuny ó un *do* de pecho á lo Villegas.

De esto á ceñirse una tiara con sus tres coronas, no hay más que un paso.

Quizás sea eso el temido y anunciado Antieristo... ¡Un hombre que junte á la deslumbrante majestad del Tenor, el augusto prestigio del Pintor y la divina aureola del Matador!



¡Sumar en una sola esas tres potencias del alma (del alma de nuestra sociedad)! Cobrar miles, y miles, y miles de duros por unas notas más ó menos vibrantes, unas estocadas más ó menos certeras, y unas manchas de color más ó menos exactas! He ahí el bello ideal de la ambición humana.

El de la justicia humana ya saben ustedes cuál era en tiempo de *Ibrahim Clarete*. Pero no es mi ánimo remedar ni plagiar la frase de González Brabo á costa de los tiranos modernos; y eso que la ocasión sería propicia, hallándonos en pleno Centenario de la gran Revolución del 89. Nada de rebeliones por ahora, aunque es seguro que viene y se aproxima á todo escape

la ora del grande a'án
y los grandes desagravios.

Permítaseme tan sólo hacer notar que las primeras manifestaciones de emancipación proceden de un individuo de la diplomacia, gente apegada cual ninguna otra á la tradición, la rutina y el convencionalismo.

Y adviértase igualmente que la lección dada con tan genial desenfado al representante de España, procede de un académico; circunstancia que no es la que suele traer aparejados mayores alardes de independencia y afición á buscar pan de trastrigo.

¿Quién ha sido más audaz? ¿El pintor ó el diplomático?

Digamos en disculpa del caballero cubierto, que los estudios de los escultores no suelen ser tan "confortables," como los de los pintores; y conste asimismo, en abono y aplauso del pintor, que no invocó aquellas preeminencias y prerrogativas en favor de un colega, sino de un escultor, cosa poco frecuente en los hijos de Apeles y Zeuxis, por lo mismo que los de Fidias y Praxiteles, desdeñados, mal pagados y peor entendidos, rinden culto con más ahinco á la

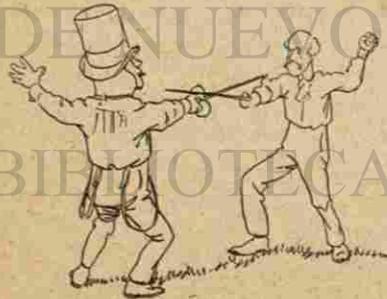
*forma ideal, purissima,
della bellezza eterna,*

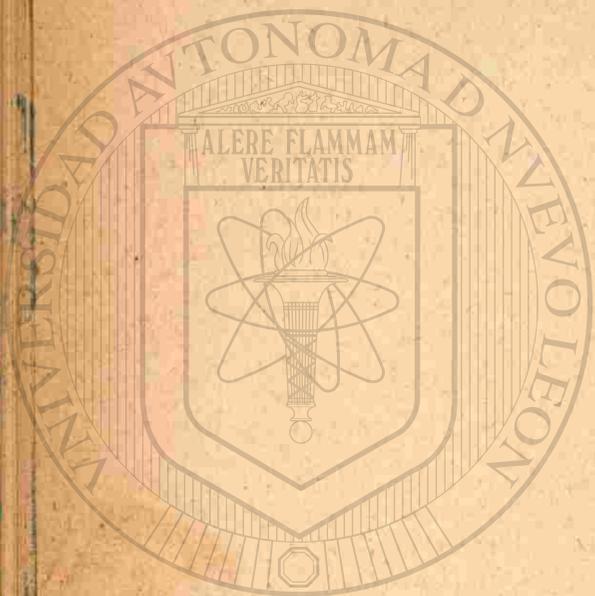
como cantan en *Mefistofele*.

Fuera de eso, la "cuestión Palmaroli," es tan interesante, que en Bizancio hubiera hecho las delicias de verdes y azules.

Suplico á los de acá que no me pongan á mí verde ni azul.

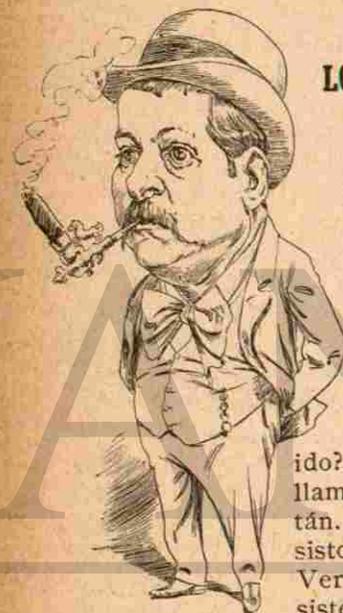
Noviembre de 1889.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS QUE NO HAN IDO

Sí, mi excelente Matoses; tienes razón en tu artículo del *Madrid Cómico*. Los que han ido á la Exposición están irresistibles.

Pero ¿dónde te dejas los que no han ido? Irresistibles, lo que se llama irresistibles, no están. Yo, al menos, los resisto sin gran esfuerzo. Verdad es que quien resiste las instituciones vi-

gentes, el Gobierno vigente y la literatura vigente, lo resiste todo.

Ahora, lo que es como cargantes, están más cargantes, mi querido Manolo, que la propia torre Eiffel; de la cual dicen los es-



tadisticultores que de una vez carga, ó se carga, diez mil quince personas de ambos sexos, y todavía le queda el pararrayos libre para enristrar docena y media de personas neutras.

Cuando leí el otro día tu artículo *Los que han ido*, me hice tres reflexiones:

Primera. — ¡Vaya con Matoses! Este Manolo me asombra más que Newton el de la pera y Colón el del huevo. ¡Ahí es nada haber resuelto el problema de que no pasen años por su cara... ni por su agudeza!

Segunda. — Y á pesar de que el artículo es bonito, estaba por decir que *no m'fa goig*, como dicen los paisanos del autor. ¿Por qué? Porque también yo tenía deseos de tratar el mismo asunto. Pero, amigo, estas son las armas de Roldán, y *nadie las mueva*, etc., etc.

Tercera. — No, pues lo que es yo, si me quedo con el asuntillo en el cuerpo, no me dejo en el tintero la pareja. Haré el *pendant* de la acuarela de Matoses, y... *le Christ avec tous*, como diría el moderado histórico que se alababa de haber hecho en París *beaucoup de papier*.

Es por eso que yo (así escriben muchos de *Los que han ido* y algunos de *Los que no han ido*) cojo por mi cuenta á estos últimos, y vuelvo á decir:

Sí, señor; están muy cargantes los que andan en busca de excusas para "justificar," por qué no han ido á la Exposición Universal; y si por acá tuviéramos un Thackeray que hiciera *El libro de los cursis* como el inglés hizo *El libro de los snobs*, ya tenía tema con esas buenas gentes para uno de los capítulos más entretenidos.

— Señor capitán, ¿por qué no ha disparado usted esos cañones?

— Por mil razones justas y cabales, mi general.

— Veamos la primera.

— Porque no tenía pólvora.

— Puede usted ahorrarse las otras noventa y nueve razones.

El cursi tiene también mil razones justas y cabales para no haber estado en París; pero en vez de empezar francamente por la primera, como el capitán del chascarrillo, le espeta á usted todas antes de llegar á la falta de pólvora, que es la buena.

Ó la mala, según por donde se tome el adjetivo.

¡Maldita falta de pólvora!

Por ella son los cursis antes mártires que confesores, y por ella hay hombre que á estas alturas, faltando sólo diez años para cambiar de siglo, dice con un candor propio de los tiempos de Mari-Castaña:

—¿Conque la cerraron? ¿Ha visto usted, hombre? ¡Ahora que "íbamos á ir," mi mujer y yo!

Y el pobre hace esfuerzos de ingenio, que le envidiaría el mismo D. Miguel de los Santos Álvarez, para demostrar que en verano no debemos movernos de Madrid, y que en invierno son los viajes más pintorescos y cómodos.

Pero estas excusas pertenecen á la infancia del arte. Entre las que ya manifiestan más adelantos en el género, está la del que se apresura á decir, venga ó no venga á pelo:

—¡Por supuesto, que usted habrá estado por allá!



—No, señor; no me he meneado de acá.

—Pues no tiene usted perdón de Dios.

—Lo que no tengo es dinero.

—¡Bah! A mí no me venga usted... Yo no dispongo de ciertos medios, y sin embargo, hice mi apar-

tado correspondiente, y...

—¿Y se ha divertido usted mucho?

—Diré á usted; como estar, no he estado. De nada sirve tener cuatro cuartos y un poco de voluntad. El hombre propone y las enfermedades disponen... En los días críticos se puso gravísima mi niña mayor, y no era cosa de...

—¡Pues! Le ocurrió á usted lo que á Pifartos y á su esposa. También iban á París; pero al llegar á Venta de Baños, ella se puso muy mala, y tuvieron que quedarse en Palencia.

—¿Y cree usted lo que cuenta Pifartos? Él es un cursi, y discurre esas cosas para encubrir el "quiero y no puedo."

Con lo cual se figura el papá de la niña enferma "en los días críticos," que *prueba la coartada*, y se queda tan fresco, es decir, tan cursi.

Tan cursi como el que invoca el patriotismo, comodín de todas las cursilerías, y dice:

—¿Yo ir á dejar mi dinero en manos de los franceses, cuando mi patria agoniza? ¡Jamás!

—Pues el año pasado tuvo usted una Exposición Universal en Barcelona, y no fué usted á verla.

—Es que los catalanes me cargan. Que se haga una Exposición en Logroño, y verá usted si falto.

— ¡Hombre, sí! Tendría mucho que ver una torre Eiffel formada de pimientos morrones.

Otros dicen:

— ¿Ha leído usted *El Centenario de los impíos?*

— No. Eso ¿qué es?

— Un folleto en donde se demuestra á los católicos que no deben visitar una Exposición destinada á conmemorar hechos nefandos y abominables.

— ¿Y usted ha tomado esas cosas al pie de la letra?

— Sí, señor. La religión es lo primero.

— ¿Y á qué obras de caridad ha destinado usted el dinero que se hubiera gastado en París?

— La caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Los tiempos están muy malos, y...

— ¡Ya!

El conde del Trueno Gordo y el marqués de Arpa Vieja dan otra clase de razones, y hablan por el estilo de don Bartolo, contemporáneo de Caffarielli:

La musica in mio tempo era altra cosa...

— El París de ahora - dice el magnate venido á menos - es muy distinto del de antes. Estos republicanotes lo han echado á perder. París sin Tullerías y sin Mabile ya no

es París... Yo estuve de chiquitito en la Exposición de 1857; de pollo en la de 1867; y de hombre cuajado en la de 1878. El que se ha divertido lo que me divertí yo en esas épocas, ¿qué gusto va á sacar de ver brutales armatostes de hierro como la Galería de Máquinas y la torre Eiffel?

Ni faltan tampoco originales (originales cursis, se entiende) que dicen con sonrisa volteriana y gesto escéptico:

— ¿Usted sabe lo que dijo con mucho misterio un caballero italiano, momentos antes de morir, á sus parientes y amigos?

— Sí; que le cargaba el Dante.

— Pues bien; yo he dejado de ir á París este año por la misma razón.

— Y el Dante, ¿qué tiene que ver con...?

— Lo que pasaba al italiano con el Dante, me pasa á mí con la torre Eiffel. ¡Me carga, me revienta y me fastidia! Sólo con oírla nombrar y ver sus reproducciones, me pongo nervioso. Figúrese usted lo que me ocurriría contemplándola cara á cara.

— ¿Cara á cara? (¡Adiós, coloso!)

Y así sucesivamente, mi excelente Mato-



ses; sin hablar—porque éste resultaría ya un artículo Eiffel—de los que no han ido por odio al barullo y al gentío, y por miedo á la explotación de los fondistas, y por temor á las humedades del Sena, y por no encontrarse allí con tanto compatriota antipático, y por otras novecientas noventa y nueve razones que de seguro se negaría á cir el general del cuento.

Ya ves, Manuel, que si los tuyos están irresistibles, los míos no están mucho más tolerables.

Pero, en fin, *snoobs* ó *cursis*, al menos sirven para hacernos hablar y darnos qué decir.

¡Nada se pierde en la Naturaleza!

Noviembre de 1889.



LA CARNE POR LOS SUELOS



¡Qué bien hace Castelar en invocar de continuo y á cada paso las leyes de la Mecánica Universal!

Esas leyes serían las únicas en que pudiéramos tener completa confianza, si no existiese la ley del embudo, que en este mundo sublunar es la suprema ley.

Así y todo, queda en segundo lugar algunas veces.

Ahora, por ejemplo.

La ley del embudo había puesto la carne por las nubes... Gracias á las leyes de la Mecánica Universal, vamos á tener durante algunos días la carne por los suelos.

Y ¡cosa rara! el terror de los padres y madres de familia ante la subida del precio de la carne, crece todavía y se acentúa ante el abaratamiento que se anuncia.

—¿Qué inventaremos para satisfacer las necesidades del vecindario?—dirán las autoridades madrileñas.

Porque es el caso (y ya es hora de llegar á él) que hay quien atribuye á la feliz é inteligente iniciativa de nuestras autoridades la llegada á Madrid de Jack el Destripador, como única solución favorable á los intereses de la villa y corte.

Lúgubre es la broma que con semejante suposición se da á nuestras autoridades; pero no es mucho más regocijado el bromazo que éstas dan á Madrid, tolerando que los acaparadores de la carne y los explotadores del Matadero exterminen la población por medio de la consunción y de la anemia.

¡Estos sí que son los verdaderos destripadores!

Nuestras tripas van desapareciendo lenta, pero continuamente, á cambio del majestuoso desarrollo que adquieren las suyas; y en verdad que, á este paso, no va á poder Jack el Destripador ejercer su habilidad profesional sino á costa de sus colegas de por aquí.

Si fuera así, ¡menos mal!

Habría que convenir en que las autoridades madrileñas son mucho más hábiles de lo que parece, y habría que felicitarlas por haber suscitado á los destripadores indígenas la inesperada competencia del destripador inglés.

La ocasión vendría de perillas para exclamar á la antigua española:

—¡Santiago, y á ellos!

(Jack en inglés es lo mismo que Santiago en castellano.)

También vendría de perlas la ocasión á los librecambistas para demostrar la superioridad de sus doctrinas sobre las del proteccionismo, si sucumbieran unos cuantos Jacks de por aquí á manos del "profesor" británico.

Por desgracia, no parecen ser esos los propósitos de que viene animado el célebre maestro de anatomía callejera.

Jack the Ripper, como se dice en inglés (y nótese de paso que la palabra *Ripper* ya trae aparejadas ciertas ideas de atropello y despanzurramiento), ha hecho saber al



público que se propone destripar "cuatro niños en cada uno de los diez distritos madrileños."

Ignoro de qué medios se habrá valido el *Sacamantecas* de moda (*english fashion*) para hacer público su programa, ni más ni menos que si fuera un Buffalo Bill, ó cosa por el estilo; pero ello es que la gente lo dice, y que algunos periódicos lo publican.

Hay madres de familia que han redoblando las precauciones para que sus hijos no se alejen de sus viviendas - con lo cual puede decirse que no hay Jack que por bien no venga; - y este laudable celo maternal ha trascendido á la misma política y al propio Parlamento, en cuyos bancos se nota desde hace algunos días la ausencia de varios jóvenes diputados.

¡Es claro! Las sesiones acaban de noche, y por más que ellos sean inviolables...

Pero en quien la alarma llega hasta el terror es en el bello sexo y profesoras adyacentes.

Un periódico de los que han publicado el programa de Jack (agradezcámosles que no lo hayan puesto en la sección de diversiones, ó acaso en la de cultos), dice que "hay colegios de niñas en que las maestras han advertido á las madres del peligro que corren sus pequeñuelas."

No eran precisamente las pequeñuelas las que el Destripador escogía en Londres con predilección para sus experimentos al aire libre y á la luz del gas.

Ahora, en cuanto á los colegios...

En cuanto á los colegios, yo sé de muchas educandas contra las cuales no podían prevalecer las enérgicas advertencias que la prensa dirigía al gobernador de Madrid, y que ahora se disuelven como la sal en el agua apenas les dice el transeunte:

—Niñas, ¡que viene el destripador!

Lo cual no impide que alguna "se plante," y diga:

—¡Que me lo traigan!

Porque, eso sí, aquí hay hembras que dan quince y falta, cuando no quince y sobra, al mismísimo *Jack the Ripper* en su delicada cuanto peligrosa especialidad.

Madrid posee más de una intrépida *doctress* que "desmondonga," ó destripa al lucero del alba, y después le hace un zurcido sin conocerse.

¿No se alzaré enfrente de Jack el Destripador aquel "espíritu valiente," que don Francisco de Quevedo echaba de menos ante los destripadores de la verdad?

El hecho es, dejando á un lado divagaciones, y prescindiendo de los caprichosos cimientos que entre unos y otros ponemos á

este fantástico edificio de los temores del vulgo, que la llegada del Destripador inglés á Madrid no pasa de ser un *mito*, como se decía antes, ó un *símbolo*, como se dice ahora.

Ello es sangriento y horrible, pero exacto. La carne por los suelos no se ve más que cuando manda Cánovas.

¿Es que se acerca su dominación?

Noviembre de 1889.



TRIBU CON PRETENSIONES



¡Qué país! decían varios ateneístas una noche en la vieja mansión de la calle de la Montera.

Y Manuel, ó don Manuel de la Revilla (como ustedes gustan), que estaba entre los del corro, se apresuró á decir:

—Distingamos. Esto no es país... Es

una tribu con pretensiones.

Revilla se murió, y el país sigue viviendo, aunque con vilipendio, como el célebre fosforero de la Puerta del Sol.

Con vilipendio y sin enmienda.

Continúa siendo la referida tribu con las susodichas pretensiones.

este fantástico edificio de los temores del vulgo, que la llegada del Destripador inglés á Madrid no pasa de ser un *mito*, como se decía antes, ó un *símbolo*, como se dice ahora.

Ello es sangriento y horrible, pero exacto. La carne por los suelos no se ve más que cuando manda Cánovas.

¿Es que se acerca su dominación?

Noviembre de 1889.



TRIBU CON PRETENSIONES



¡Qué país! decían varios ateneístas una noche en la vieja mansión de la calle de la Montera.

Y Manuel, ó don Manuel de la Revilla (como ustedes gustan), que estaba entre los del corro, se apresuró á decir:

—Distingamos. Esto no es país... Es

una tribu con pretensiones.

Revilla se murió, y el país sigue viviendo, aunque con vilipendio, como el célebre fosforero de la Puerta del Sol.

Con vilipendio y sin enmienda.

Continúa siendo la referida tribu con las susodichas pretensiones.

Es decir, con las susodichas, no. Con muchas menos. Porque es el *negro daño*—como decía Aparisi y Guijarro—que hasta sin pretensiones nos vamos quedando en España, y no tardaremos mucho en quedar reducidos á la categoría de “tribu,” lisa y llana, monda y lironda, ya que no *casta e pura*.

No faltará entre ustedes quien suponga que todo eso viene aquí á propósito del “lamentable espectáculo, que tan poco habla en favor de la cultura de la capital de la nación,” etc., etc. (*cliché* núm. 750), ocurriendo anteayer en la plaza de la Cebada y en Puerta de Moros (*).

¡Quiá!

No se trata del espectáculo que se dió anteayer, sino del espectáculo que deja de darse hoy.

El primero viene á confirmar, por la millonésima vez, nuestra condición de tribu.

El segundo confirmaría nuestras pretensiones, si tuviéramos aquí un Barnum capaz de ponerse á la altura de las circunstancias.

(*) La muchedumbre (por si el lector lo ha olvidado) acosó y maltrató á un infeliz, tomándolo por el *Destripador* de Londres.

¿Quién me negará que en el mundo moderno los encargados de señalar el grado de civilización que alcanza cada pueblo son los Barnum?

Figúrese el lector lo que habría ocurrido en Nueva York, Filadelfia ó Chicago, inmediatamente después de una escena análoga á la que anteayer tuvo en Madrid por protagonista al supuesto *Destripador* del barrio de las Injurias.

¡Dichoso Carmelo Rodríguez! Allí sería el hombre del día, el héroe de la temporada, y hasta el amo de la situación.

¿Habría aquí alguien que se acuerde de él dentro de veinticuatro horas?

Como no se acuerde Sagasta—que tiene algo de Barnum—para encargarle de una cartera en el nuevo ministerio que dicen que se va á formar...

Un hombre que imita con tanta habilidad el chillido de la rata, sería el más á propó-



sito para imponerse á una mayoría asustadiza, dinástica y medrosa.

¡Y no digo nada si el "imponente," consejero responsable pasaba desde las regiones parlamentarias á otras regiones excel-sas, en las cuales tambien imperan las criaturas!

Pero sin necesidad de aprovechar en tan elevado puesto las facultades del asende-reado Carmelo Rodríguez, ¿cómo no hay por ahí quien las utilice en más modesta esfera?

¿En qué están pensando los empresarios de teatros por horas?

¿A qué aguardan los autores de piezas y revistas?

La exhibición del falso *Destripador* en una de esas obras que ahora privan (de sentido, sobre todo) sería un atractivo capaz por sí solo de llenar durante cien noches consecutivas un teatro.

De fijo que en Nueva York, y probablemente en Londres, y quizás en París, y acaso acaso en Reus, estaría ya contratado el buen Carmelo, siendo la *great attraction* del invierno, con gran provecho suyo y del Barnum que lo hubiera sacado á las tablas; mientras que aquí...

Aquí no se le ocurre nada á nadie, y según las trazas, será preciso modificar muy

pronto la desdeñosa frase de Revilla, quedándonos sin pretensiones, y en tribu á secas.

Ahí tienen ustedes, reinando y gobernando en algunos de nuestros teatros varios actores, cuyos principales méritos se reducen á remedar malamente, ora el maullido del gato, ora el aullido del perro, ya el canto de la rana, ya el del grillo, todo ello al compás de una música aprendida evidentemente en el Conservatorio de Ratópolis.

Ninguno de esos artistas llega en sus respectivas imitaciones á la altura á que llega en su género "el hombre de la rata," y nadie se ha presentado jamás en escena, precedido de la popularidad con que se presentaría el falso Jack del barrio de las Injurias.

Sin embargo, esta es la hora en que aún no ha habido un empresario que haya dicho á Carmelo Rodríguez:

—Esa boca es mía.

¡Y todavía se quejan nuestros Barnum de su mala suerte!

¡Y todavía maldicen al público que no acude á sus espectáculos!

Aquí no hay quien tenga golpe de vista, ni espíritu práctico, ni iniciativa individual, ni nada.

Pase el motín callejero de anteayer; pero
¿cómo perdonar la apatía de hoy?

Ciertas barbaridades pueden tener dis-
culpa.

Lo indisculpable, á fines del siglo XIX, es
no saber sacar partido de ellas.

Noviembre de 1889.



ESQUELA ABIERTA

Á MARCOS ZAPATA

2 de Enero, 1890.

Esta de hoy,
mi querido
Marcos, debie-
ra llevar orla
deluto, porque
es una esquela
mortuoria.

¡Pobre Ju-
lián!

A la hora en
que empiezo á
escribir Gaya-
rre está espi-
rando, y es ca-
si seguro que
al poner punto
á estas líneas,

nuestro amigo habrá dejado de existir.
¿Te acuerdas de aquella última noche que pasamos en su casa, dos ó tres días después de la representación de *Los pescadores de perlas*, en que se sintió herido de improviso y á traición por el mal que le lleva á la tumba?

De mí sé decirte que ese recuerdo permanecerá más vivo en mi espíritu que el de las grandes emociones artísticas con que nos transportaba desde las butacas del teatro Real á esferas ideales y se nos aparecía como aquel soñado

*Re d'un placido mondo,
d'una landa infinita.*

que quiere ser el doctor Faust en el epílogo de *Mefistofele*.

Y de ti sé decir que tampoco olvidarás aquella maestría y aquel sentimiento incomparable con que Gayarre nos dió á conocer y á gustar, sentado al piano, las bellezas más puras y limpias del *Orfeo* de Gluck.

Lágrimas sorprendí en tus ojos cuando suspiraba el *Che farò senza Euridice*, y lágrimas viste también en los míos; que no era posible escuchar de otra manera aquella exquisita melodía, prodigio de ternura y

pasión, dicha por un artista tan consumado.

—*¡Furie!*—cantaba luego, en la invocación con que Orfeo trata de aplacar á los espíritus infernales, al presentarse en el horrible antro.

Y tú, y Elorrio, y Carmena, y el tenor Marconi, y el comandante Sanchiz, y yo, haciéndole el coro, respondíamos:

—*¡No!*

—*¡Larve!*—volvía á decir él.

—*¡No!*—contestábamos nosotros.

¡Ay, querido Marcos! No eran tan implacables las furias y larvas á quien tuvo que amansar el tracio Orfeo cuando bajó á los lugares infernales, como estas larvas y furias que nos arrebatan el Orfeo navarro, misteriosas é indescifrables fuerzas de la Naturaleza que trituran súbitamente los organismos más robustos y sostienen años y años los más empobrecidos.

—*¡Larve!*

—*¡No!*

—*¡Furie!*...

—*¡No!*

¿Cómo olvidar, por mucho tiempo que vivamos, ese símbolo casual de la trágica suerte de Gayarre?

Desde Gluck pasamos á Rossini. Desde el *Orfeo*, al *Stabat Mater*. Desde lo pagano, á lo cristiano.

Y el artista que tan hondamente acababa de conmovernos con las frases del músico alemán, puras como los versos de Sófocles y humanas como los dolores de Esquilo, profundizó más y más en nuestra sensibilidad al ir repasando, con el corazón á *fior di labbro*, las dramáticas y nerviosas estrofas del poema rossiniano, en donde tan idealmente se juntan el amor de madre y el amor de Dios.

Aquello no era más que "leer música"; pero ¡qué lectural!

No la cambio por un regular puñado de esas romanzas italianas con que el sin igual Julián suspendía hasta la respiración de miles de personas y desataba en seguida las más estruendosas tempestades de aplausos.

¡Y pensar, querido Marcos, que muchos no han visto en Gayarre sino una especie de cantor inconsciente, algo así como una especie de ruiseñor imbécil que no sabe lo que se *ruiseñorea!*

De Gayarre puede decirse lo que dijo Sacchini del célebre Garat á María Antonieta:

—Garat, ¿es buen músico? —preguntó la reina de Francia al maestro italiano.

—Señora—respondió éste;— como músico, no es músico; pero es... la música misma.

El crítico Scudo aplicó esa feliz defini-

ción al gran Rubini, y si hubiera conocido á nuestro Gayarre, la habría aplicado igualmente á esta poderosa y perfecta organización musical.

Cuando se inauguró la actual temporada en el teatro de la Opera, Julián no quiso empezar sino con *Lohengrin*.

—¡Que oigan—dijo—que oigan música de esa que no pueden profanar los organillos!

Gayarre hizo maravillas, y no es posible ir más allá en punto á estilo y expresión; pero la mágica leyenda de Wagner, cuya sola audición eleva el espíritu más que una docena de tratados de moral y dos docenas de sermones ascéticos, no es para todos, y si suena bajo el pintarrajeado techo del teatro Real, suena al modo que ya dijo Baudelaire de esta clase de música... Como el fulgurante estampido del trueno *dans un mauvais lieu*; y lo dejo en francés para mayor claridad.

¿Te acuerdas (y va de recuerdos) cómo juzgamos tú y yo la actitud de la mayoría del público, cuando nos encontramos aquella noche á la salida del teatro?

Me parece que hablamos de ciertos madrileños... muy en aragonés.

Ello es que Wagner quedó derrotado ante el vulgo de frac y corbata blanca, por Bizet y Arrigo Boito... Agradézcan éstos

la victoria al sin par Julián, que en la romanza de *Los pescadores de perlas* y en el epílogo de *Mefistofele* ha hecho cosas que probablemente no volveremos á oír de humanos labios.

—Llegará día—dijo Teófilo Gautier, á propósito del tenor Mario, presintiendo el fonógrafo, como adivinó Lope de Vega el telégrafo —llegará día en que estas maravillas se fijen, graben y conserven en un cuadro.

No sé si habrá habido algún alma previosora que haya recogido en una placa fonográfica el inolvidable

*Voglio che questo sogno
sia la santa poesia
e l'ultimo bisogno
dell'esistenza mia;*

pero si existiera esa placa, su puesto estaría en un Museo, entre una tabla de Rafael y un mármol de Canova.

Los predilectos de los dioses mueren pronto, según Menandro. Convengamos en que los dioses son muy egoístas.

—¡Larve!...

—¡No!

—¡Furiel!...

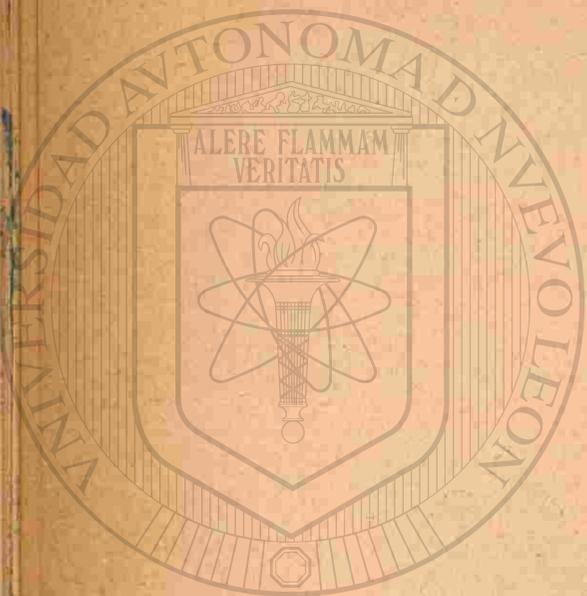
—¡No!

Los espíritus no se aplacan, y Orfeo sucumbe.

¡Pobre Julián!

¡Y pobres de nosotros, que en la brutal y estúpida lucha de la vida no hemos de encontrar, victoriosos ó derrotados, al fin de la jornada, más cruz de San Fernando que la del cementerio!





MUÉRETE Y VERÁS



La empresa del teatro de la Comedia anunció que iba á representar, como homenaje á la memoria de Julián Gayarre y á beneficio de los pobres, la famosa comedia *¡Muérete, y verás!* de Bretón de los Herreros.

Ya no hace gran falta que la representen en aquel teatro; porque se han anticipado, y la están

poniendo en escena, maravillosamente interpretada (aunque con muy poco aparato), los antiguos amadeístas, hoy alfonsinos y republicanos, ó, mejor dicho, republicanos y alfonsinos.

Y digo que está mejor nombrar á éstos después de aquéllos, porque al menos, al-

gunos de los que ahora son republicanos, habiendo sido monárquicos desde 1870 hasta 1873, han tenido el buen gusto de enviar tarjetas á la legación de Italia, mientras los otros, los que mostraron ante el hijo de Víctor Manuel la misma flexibilidad de espinazo que ante el hijo y el nieto de Isabel II, se han ahorrado hasta ese mísero pedazo de cartulina, y obligan á preguntar al más indiferente:

—¿Qué manifestaciones de respetuoso recuerdo, ya que no de sincero dolor, se proponen hacer esos consecuentes monárquicos ante la tumba de aquel en cuyo nombre hicieron y deshicieron, gobernaron y... en-gordaron?

Por sí el curioso lector quiere dar un repaso á los nombres de los ex ministros de D. Amadeo que todavía se disputan el honor de hacernos felices bajo los auspicios de los Borbones (paz á los Ayala, Martín de Herrera, Zavala, etc.), voy á publicar la lista íntegra de estos amables supervivientes.

Madamina, il catalogo è questo:

Sagasta, Ruiz Zorrilla, Martos, Moret
Montero Ríos, Mosquera, Beránger, Antequera, Angulo, Balaguer, Montejo, Groi-

zard, Bécerra, Camacho, Echegaray, El-duayen y Romero Robledo.

Exceptuando á Ruiz Zorrilla, que mantiene viva y activa su protesta contra el actual orden de cosas, y á Echegaray, que se halla apartado por completo de la política, todos los demás ex ministros de Amadeo I están ahora dentro de "la legalidad", como el ratón de la fábula dentro del queso de Holanda.

Vamos á ver: ¿cuál de ellos toma la iniciativa para disponer en Madrid solemnes honras fúnebres por el alma de su antiguo rey?

Me parece que la mayor suma de autoridad y representación se condensaría en una comisión organizadora formada por los Sres. Elduayen, Romero Robledo y Antequera.

Nadie les regatearía carácter y títulos para tan hidalga misión, y menos que nadie, los diarios conservadores que han publicado cierta anécdota referente á don Amadeo.

Estaba un día de visita en el palacio de doña Isabel de Borbón en París, y preguntó el ex rey á la ex reina:

—¿Cómo va á vuestro hijo en España?

—Gracias á Dios, muy bien,—contestó la madre de Alfonso XII.

—Pues me extraña mucho, porque conozco bien los ministros que tiene... ¡Eran los míos!

Ignoro si cuando hizo esta visita D. Amadeo á doña Isabel mandaban aquí los amigos de Elduayen y Romero Robledo ó los de Angulo y Camacho... Allá ellos. Ventilen la cuestión entre sí, y "favorézcanse", mutuamente con la cáustica frase del duque de Aosta.

Los recuerdos poco gratos que, por lo visto, les debía don Amadeo de Saboya, bastarían para obligarles á tributar ahora una especie de respetuoso y póstumo desagravio al príncipe que *desempeñó la Corona de España* (frase textual de *Las Ocurrencias*), si no obligaran con más fuerza á los antiguos amadeístas los recuerdos agradabilísimos que ellos deben al príncipe italiano.

Aquellos banquetes, aquellos conciertos, aquellos famosos "viernes de Palacio",



bien merecen unos funerales... de digestión.

Y no se me diga que éstos se les indigestarían á las instituciones actuales; porque antes bien servirían para demostrarlas de qué suerte, mañana que ellas faltasen, guardarían piadosamente su recuerdo los que hoy sirven al trono, ó se sirven de él.

Vuélvase la oración por pasiva, y ¿qué dirá el trono de este olvido de los antiguos cortesanos?

El trono no dirá nada, porque no hablan la madera dorada y el damasco encarnado; pero no faltará quien repita la frase de Fernando VII acerca de los perros y los collares.

Tengo á la vista reseñas periodísticas de 1872, y se me ocurre pensar que si costearan unas honras fúnebres por el alma de Amadeo de Saboya los que entonces iban á Palacio á comer, á beber y á bailar, los funerales no tendrían nada de *haitianos*... La concurrencia sería tan numerosa como distinguida, según dicen los revisteros de salones, y el decano de éstos, *Asmodeo*, no dejaría de exclamar:

—*Oh, la belle chambrée!*

¿Y cómo no, si aparecerían en las listas nombres como los de Fernán Núñez, Vergara, Tetuán, la Torre, Almina, Cervera, San Rafael, Ahumada, Muros, la Ensenada,

Ulagares, Benazuza, Torre Orgaz, Paredes de Nava, Villaseñor, Sardoal, Benifayó, Albaréda, Ros de Olano, Valera, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Jovellar y Lasala? Este Sr. Lasala, que iba allí con Jovellar, es el duque de Mandas, á quien hicieron ministro los conservadores.

Los muertos van de prisa, según la balada alemana; pero lo que es los vivos... ¡tampoco van despacio!

Murió Amadeo de Saboya, y véase lo que son

... las cosas
del mundo y sus monarquías,

que dijo Góngora. En Madrid sólo llevarán luto por él, durante diez días, los Borbones, y alguna de aquellas damas alfonsinas que hicieron en la Castellana la célebre manifestación de las mantillas contra D. Amadeo y doña María Victoria.

Concluyamos con la exclamación que pone Alfonso Daudet al final de su libro *Treinta años de París*:

—¡Qué cosa tan rara es la vida, y qué expresiva es esta linda palabra griega: EIRONÉIA!

Enero de 1890.



POTE ORATORIO



Ahora resulta que *El libro de los Oradores*, considerado como perfecto, ó poco menos, en su clase, es una obra bastante incompleta, pues le falta un capítulo harto importante y sustancioso.

Sustancioso, sobre todo. ¡Como que es un capítulo de cocinal Cormenin se olvidó de buscar la colaboración de Gouffé (no el *huissier* asesinado, sino el otro, el autor cocinero), y los tratadistas del *ars loquendi* tienen que andar ahora supliendo las omisiones y deficiencias del célebre Timón.

Una revista francesa—¡el diablo son los

Ulagares, Benazuza, Torre Orgaz, Paredes de Nava, Villaseñor, Sardoal, Benifayó, Albaréda, Ros de Olano, Valera, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Jovellar y Lasala? Este Sr. Lasala, que iba allí con Jovellar, es el duque de Mandas, á quien hicieron ministro los conservadores.

Los muertos van de prisa, según la balada alemana; pero lo que es los vivos... ¡tampoco van despacio!

Murió Amadeo de Saboya, y véase lo que son

... las cosas
del mundo y sus monarquías,

que dijo Góngora. En Madrid sólo llevarán luto por él, durante diez días, los Borbones, y alguna de aquellas damas alfonsinas que hicieron en la Castellana la célebre manifestación de las mantillas contra D. Amadeo y doña María Victoria.

Concluyamos con la exclamación que pone Alfonso Daudet al final de su libro *Treinta años de París*:

—¡Qué cosa tan rara es la vida, y qué expresiva es esta linda palabra griega: EIRONÉIA!

Enero de 1890.



POTE ORATORIO



Ahora resulta que *El libro de los Oradores*, considerado como perfecto, ó poco menos, en su clase, es una obra bastante incompleta, pues le falta un capítulo harto importante y sustancioso.

Sustancioso, sobre todo. ¡Como que es un capítulo de cocinal Cormenin se olvidó de buscar la colaboración de Gouffé (no el *huissier* asesinado, sino el otro, el autor cocinero), y los tratadistas del *ars loquendi* tienen que andar ahora supliendo las omisiones y deficiencias del célebre Timón.

Una revista francesa—¡el diablo son los

franceses!— publica interesantes pormenores acerca de lo que deben comer los oradores para conservar la boca y la laringe en las condiciones más favorables para la emisión de la voz.

Dicen que dice así la aludida revista; y hablo por referencia, porque yo no he leído el curioso trabajo de la *Revue Générale*:

“Ante todo, han de prescindir los oradores de los alimentos vegetales de jugos ácidos, especialmente si se condimentan con aceite y vinagre.”

La acidez debe quedar— como queda en efecto para los que se tragan ciertos discursos, y la cara de vinagre para los que los escuchan.

Por lo que toca al aceite, ya hace años que lo han suprimido en sus guisos nuestros oradores políticos. Prefieren la manteca... de contribuyente.

“Las acederas, las espinacas, las alcachofas, y también las almendras y las nueces, deben estar proscriptas de la mesa del orador.”

También esto se venía practicando entre nosotros, aunque empíricamente nada más.

Las nueces, si no proscriptas del todo, se usan en tan corta cantidad, que no hay debate político en nuestras Cortes del cual no

se diga siempre lo mismo: *Mucho ruido y pocas nueces.*

“Los tomates pueden tomarse en salsa, pero no en ensalada.”

También pueden tomarse— y perdone mi adición la *Revue Générale*— en clase de manjar... arrojadizo.

En esa forma los tomó hace pocos años en la plaza de la Cebada un orador de la actual minoría conservadora del Congreso.

“Tampoco son peligrosas las patatas, si se comen fritas ó en puré.”

La salvedad es muy oportuna, porque nada hay tan peligroso como las patatas para un orador, si le obsequia con ellas una mano hábil, que obedezca á un impulso enérgico.

“También son buenos los guisantes cuando sirven de complemento.”

¿De complemento al orador?

No estará malejo un orador *aux petits pois*; pero ni aunque me lo den con guisantes— y eso que me gustan mucho— pruebo yo al Sr. Fabié.



Además, ya se sabe que los guisantes oratorios no son los del tiempo, sino los de *lata*.

“Las zanahorias, los nabos y los rábanos son muy convenientes.”

Bueno es saberlo. Con esto se enriquecerá el repertorio de frases parlamentarias, y así oiremos decir á algún presidente, interrumpiendo á algún orador:

—Su señoría se excede en el uso de la palabra. Por lo visto, abusa en sus comidas de la zanahoria, y quizás del nabo.

Y así también leeremos en algún periódico bien informado, cuando se anuncie un discurso importante:

—El eminente tribuno D. Fulano promete excederse á sí mismo; porque precisamente acaba de recibir, procedente de Jaca, una partida de nabos superiores.

Lo de los rábanos confieso que no me ha sorprendido. ¿Quién no ha notado la preferencia que tienen por ellos los más de nuestros oradores?

Así ocurre que en sus discusiones parecen *rabaneras*.

“El apio produce afonía.”

Ya tienen una disculpa honrosa los oradores tímidos y balbucientes.

—Suplico—podrán decir—la indulgencia del auditorio, porque hoy he tomado una ensalada de apio, y...

“En cambio, los puerros dan elasticidad á las cuerdas vocales.”

Eso es. ¡Puerros á los porros!

“Las carnes son menos perjudiciales. La de vaca es preferible á la de ternera.”

¡Lo que son las cosas! También á los que no “oramos,” sino mentalmente, y aun á los mudos, se hace la propia recomendación; de donde resulta una falta de respeto á los oradores. Se les trata como á seres vulgares.

“El carnero puede comerse sin temor...”

¿Sin temor? Y hasta con gusto se debe comer, ora pertenezca el orador á la mayoría, ora á la minoría.

Importa, no obstante, distinguir entre el cordero y el carnero.

El carnero presta acometividad al que lo come, y conviene al orador de oposición.

El cordero comunica su docilidad, y conviene mucho á los ministeriales.

“También son buenas las aves de corral, y los conejos, liebres, etc.”

Vamos, que el orador puede hacer á pluma y á pelo.

¡Lo habíamos echado de ver tantas veces en el Parlamento y en el Foro!



Pero bueno es que la ciencia compruebe formalmente nuestras profanas observaciones, sistematizándolas como acabamos de ver. Y bueno sería que las completase, porque de las bebidas, por ejemplo (y esto ya merece capítulo aparte), no dice una palabra la publicación francesa, como también omite algunas cosas que participan de la bebida y del manjar, y que tienen gran influencia en la oratoria.

Me refiero á las sopas en vino, sin las cuales los españoles y los loros serían las dos razas más calladas de la tierra.

Tampoco estorbaría que la *Revue Générale* nos informase acerca del efecto que causan á los oradores estas tres manifestaciones de la que pudiéramos llamar gastronomía inconsciente:

- 1.^a Comerse la partida;
- 2.^a Tragarse una afirmación;
- 3.^a Devorar una afrenta.

He ahí tres cosas que en unos oradores producen el efecto del apio, y en otros el del puerro.

¡Oh Naturaleza, Naturaleza!
¡Tus misterios son insondables!

Enero de 1890.



COMUNICADO



*Cristóforo Colombo,
l'immortal genovese,*
como Vasco de Gama
canta en una obra célebre,
desde la "palmatoria,"
que en Recoletos tiene,
y en donde (si no lo hace,
al menos lo parece)
trastos en mano, brinda
su toro al presidente,
nos dirige una carta,
sencilla, atenta y breve,
en la cual nos suplica
que *El Liberal* inserte
la que ha mandado al duque,
su ilustre descendiente,
"por si acaso (nos dice)
Mansi la carta pierde."
Allá va, pues, la copia,

®

toda en términos fieles,
y perdone el grande hombre
las erratas que hubiere:

"Querido nieto: Acepta
palmas y parabienes
y el Dios de los marinos
tu brújula conserve.

¡También tú, á lo que veo,
descubres continentes!
¡Que buen provecho te hagan
y tengas buena suerte!

Peligroso es, Cristobal,
el charco en que te metes:
cuida que al fin no vayas
á ser pasto de peces;
mira que en esos mares,
si hay congrios y pajeles,
atunes y merluzas,
meros y salmonetes,
también hay tiburones
que, como se les deje,
se sorben un ministro
lo mismo que un merengue.

Mas ¡qué digo! ¿A qué darte
consejos de esta especie,
si te has quedado en tierra,
y á la mar no te atreves?

La cartera rechazas
de Ultramar, y te atienes
¡voto á cien carabelas!

á las cosas de aquende.
¿Quién más colonial, dime,
que un Colón? Si prefieres
carreteras, canales,
montes, minas y puentes,
y custodiar desdeñas
los altos intereses
que España, por mi genio,
tras los mares posee,
¿á qué evocar las Indias,
duque, y á qué ponerte
la ropa de almirante,
si el cargo es tan terrestre?
¿Para cuándo, Cristobal,
guardas los *calañeses*,
y las botas vaqueras,
y los otros jãeces
airosos y castizos
con que al Jarama sueles
ir á tentar tus toros
y á ver cebar tus bueyes?
Un continuo "herradero,"
va á ser el gabinete,
do, por lo visto, en clase
de "mayoral," te ingieres,
y esto me tranquiliza
acerca de tu suerte;
porque si no te sirves
en la ocasión presente
de tus notables dotes

en punto á "tentar," reses
y "derribar," cornúpetos,
y si al que te moleste
no le sueltas el toro,
¡habrá que darte un trepe
y habrá que retirarte
fama, prez y laureles!
Esa esperanza, duque,
me conforta y sostiene;
con mis enhorabuenas
va el ruego de que quedes,
si no como almirante,
¡siquiera como jefe
de cuadrilla torera,
pero no á lo *Pepete!*
Que Sagasta te ayude,
que seas su *Manene*
(salvo el final), y el cielo
tus berrendos *fomente.*,"

Y hacemos aquí punto,
porque ya no contiene
más la carta que al duque
dirige su pariente
(cuyas manos besamos
si á su altura hay quien llegue),
Cristóforo Colombo
l'immortal genovese.

Enero de 1890.



CARTA Á UN AUTOR NOVEL

14 de Enero de 1890.



Celebraré, amigo Acheizeta, que la presente te coja con salud, dinero, y una obra maestra en el telar de tus comedias.

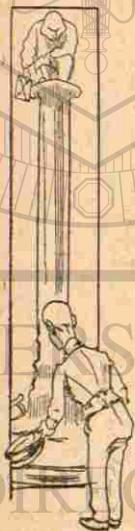
El mío, por lo mismo que se ha justifica plenamente. Está llena de telarañas, y nada más propio de un telar... Perdona el retruécano, si no te gusta; y si te agrada, brindásele á Bofill.

Durante mis ocios de estos días he leído cuanto hay que leer, hasta periódicos, que

en punto á "tentar," reses
y "derribar," cornúpetos,
y si al que te moleste
no le sueltas el toro,
¡habrá que darte un trepe
y habrá que retirarte
fama, prez y laureles!
Esa esperanza, duque,
me conforta y sostiene;
con mis enhorabuenas
va el ruego de que quedes,
si no como almirante,
¡siquiera como jefe
de cuadrilla torera,
pero no á lo *Pepete!*
Que Sagasta te ayude,
que seas su *Manene*
(salvo el final), y el cielo
tus berrendos *fomente.*„

Y hacemos aquí punto,
porque ya no contiene
más la carta que al duque
dirige su pariente
(cuyas manos besamos
si á su altura hay quien llegue),
Cristóforo Colombo
l'immortal genovese.

Enero de 1890.



CARTA Á UN AUTOR NOVEL

14 de Enero de 1890.



Celebraré, amigo Acheizeta, que la presente te coja con salud, dinero, y una obra maestra en el telar de tus comedias.

El mío, por lo mismo que se ha justifica plenamente. Está llena de telarañas, y nada más propio de un telar... Perdona el retruécano, si no te gusta; y si te agrada, brindásele á Bofill.

Durante mis ocios de estos días he leído cuanto hay que leer, hasta periódicos, que

es la lectura más desabrida para un periodista; y leyendo acá y allá, me he enterado de que ahora está gustando mucho en Italia una comedia titulada *La mamá del obispo*.

¡*La mamá del obispo!*

¿Qué tal parecería este título en los carteles de nuestro teatro de la Comedia?

No te escandalices; porque, aparte de que no hay motivo alguno de escándalo en que los obispos tengan mamá, no se trata de una obra como la que podrían escribir aquí Nakens y Vallejo, si les fuera dado llevar el género de *El Motín* a la escena.

¡Y eso que en *La mamma del vescovo*, como se intitula en italiano, figura nada menos que una docena de curas! Docena que podemos llamar la docena del fraile; porque hay un fraile, además de los doce curas...; y por contera, un rabino.

¿Qué tal?

—¡No me parece mal!—dirás con música de Chueca.

Y por lo visto, eso dicen también los italianos; porque todos los periódicos convienen en que dicha comedia es una de las mejores que se han escrito en estos últimos años.

Las principales reservas de la crítica refiérense, no á la conveniencia ó inconve-

nencia de sacar clérigos á las tablas—como se figurarán algunos míopes de por aquí,—sino al espíritu que informa la obra, que es el de una caridad cristiana harto ideal, y el de una confianza harto candorosa y excesiva en que una democracia fundada sobre la religión (así sea ésta lo más pura), es lo único que puede salvar la sociedad, según predica en la comedia un fray Pablo, especie de celoso y reformador apóstol.

Como ves, querido Acheizeta, *La mamá del obispo* está tan lejos de *El Motín* como los obispos mismos.

Desde el punto de vista exclusivamente dramático, la crítica encuentra también bastante convencional—y rancia, que es peor—la novelesca historia de un Edmundo, que para curarse de desengaños de amor, se mete fraile; y es lo cierto que después de las escenas del *Don Alvaro* y de las romanzas de *La Favorita*, esa *solita historia* resulta bastante trasnochada.

Pero el arte exquisito con que está compuesta la comedia, la belleza de la forma, y más que nada la viva y fiel pintura de la sociedad eclesiástica de hogaño, son méritos suficientes para que el público italiano aplauda y admire *La mamá del obispo*.

Valentín Carrera—que este nombre de tan pura casta española es el del autor—ha

trazado un cuadro completo de la vida de sacristía, con toda clase de tipos; desde el vicario intrigante, batallador, periodista intransigente (*integrista*, diríamos aquí), hasta el canónigo que no se preocupa más que de una cosa, de la digestión, como el que

nunca á Dios l'amaba bueno
sino después de comer;

desde el fraile ideólogo y soñador que anhela reformar el mundo, hasta el cura ramplón de misa y olla que aspira solamente á no morir de hambre; desde el humilde sacristán, hasta el altivo purpurado de la Iglesia.

Ahora bien; quiero que me digas, ilustre Acheizeta, si eso que admira y aplaude el público italiano, porque hay autores que lo escriben, empresarios que lo ponen y actores que lo hacen, lo aplaudiría y lo admiraría igualmente el público español.

—¿Por qué no?—dirá el lector discreto, interrumpiendo nuestra correspondencia,—si eso se escribía, se ponía y se hacía con cultura, respeto, verdad, y, sobre todo, con arte, con el divino arte, que todo lo purifica, y eleva, y ennoblece.

—Cierto; pero es el caso, opondrás tú que aunque yo lo escriba, no encontraré

quien me lo haga ni quien me lo ponga en escena.

¡Ay, estimadísimo Acheizeta, y cuán fundada será tu réplica, si es esa la que das! Todavía puede completarse—y la completo á disgusto—diciendo que ni te admitirían la obra, ni te la harían... ni tú la escribirías, á despecho de tu hambre y sed de realidad, de independencia, de aire libre y de horizontes nuevos.

Ni autores, ni actores, ni empresarios, sabéis salir de un patrón (ó de una patrona, contando á la Valverde), y á estas estrecheces, ahogos y limitaciones en que os encerráis, como si hubiérais hecho voto de cartujos ó quisiérais suicidaros con el tufo de un brasero, debéis achacar la mayor parte de las causas de la decadencia de nuestro teatro.

Nuestro teatro ha sido la forma más característica, más rica, más genial y más viviente de la literatura española, porque el siglo de oro le dió toda clase de libertades y le abrió todo género de puertas, y no estorbó su exuberante y lozano desarrollo con trabas, ligaduras y escrúpulos.

Así se procura hoy en Italia, y así tendrá teatro la Italia moderna.

¿Sabes por qué "el teatro pequeño," se impone y domina en España al "teatro

grande,, aparte de otra clase de razones? Porque en aquél, en medio de la balumba de vaciedades y extravagancias con que lo inundan los malos autores, soplan de cuando en cuando ráfagas de realidad, y asoman aspectos exactos de la vida, y vibran la luz y el color, que han huído de las obras grandes.

Y como esto es cuanto yo quería demostrar, proponiéndote el ejemplo de los italianos modernos, que al fin y al cabo no es sino el ejemplo de los antiguos españoles, hago "mutis,, y me retiro por el foro.



Dichoso y satisfecho,
sin cuidados ni penas,
cierto pez de la Rioja
vivía en su pecera,
Mientras no le faltasen
su agua bien limpia y fresca,
sus migas de pan tierno
y otras mil frioleras,
todas muy exquisitas
y al presupuesto anejas,
le importaba un Cassola
de cuanto sucediera

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más allá de los límites
de su grata vivienda.



Por eso, haciendo alarde
de fría indiferencia,
desdeñaba á un gatazo



(con la *te* en *eme* vuelta)
de piel negra y lustrosa

é intenciones más negras,
que andaba noche y día
rondando la pecera.

Ora la acariciaba,
cuidando, con paciencia,
de ocultar bien sus uñas,
por no infundir sospechas;
ora, ligero y vivo,
daba alrededor de ella
tan rápidas, veloces,
fantásticas carreras,
que en óptica ilusoria
—como dijo el poeta—
el gato al pez envuelve
dándole cien mil vueltas.



Mas esto era bien poco,
y á la ambición gatesca

eran ya indispensables
hazañas de más cuenta
para engullirse al rojo
huésped de la pecera,
que solía decirle:

—Tú ni cazas, ni pescas,
ni vales más que un Maura,
aunque bien caro cuestas.

Por fin el Micifuz
acometió la empresa,
y altivo como un Cid,
y osado como un César,



se irguió sobre la frágil
cristalina vivienda,

y dijo al pez riojano:
—¡No te escaparás de ésta!
Con arte á lo gatuno,
con maña á lo gatera,



soltó al pez un zarpazo,
mas no logró hacer presa;
lo que logró el aleve
fué caer de cabeza
dentro del receptáculo
que tanto apeteciera,
y allí habría acabado
de una vez su existencia,

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si entre fatigas y ansias
no salva la pelleja,
maltrecho y malferido,
rompiendo la pecera.



El pez se quedó en seco,
el gato huyó á su tierra,
y sin bien para nadie
terminó la *tragedia*.

Ni aun el simple consuelo
de reirnos nos queda,
porque los vidrios rotos
nos los pondrán en cuenta

otros peces y gatos
de la misma ralea.
Y aquí acaba la fábula,
y... ¡hasta otra disidencal!

Febrero de 1890.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRUELES ENIGMAS



El que sirvió de asunto á Pablo Bourget para una de sus más celebradas novelas no es más que una de esas adivinanzas con que se entretienen los chiquillos, si se le compara con los que de continuo "surgen en el seno," de nuestra sociedad, ora con el adjetivo de arduos, ora con el mote de pavorosos.

Ni las personas más enemigas de meterse en honduras, ni las más creyentes y ajenas á esa "amarga duda," que tanto atormenta á los poetas principiantes (y á quien los lee), ni las que tienen su manera de vivir, y aun de pensar, menos sujeta á cavilaciones, pueden sustraerse á los mil y un problemas que en nuestros días convierten á cada es-



pañol en un sombrío príncipe de Dinamarca... sin principado.

(Excepción hecha de los asturianos y los catalanes, que sí lo tienen, y con P mayúscula.)

Hoy todo es problema, todo es incertidumbre, todo es enigma, todo es *question'* con su correspondiente *that is the* (taza de té, que traducirá cualquier "vertedor," al uso); y si encuentro editor que me pague bien mi trabajo, he de publicar una crónica muy "fin de siglo," que tengo ya planeada, y que habrá de llevar este título:

¿?

(HISTORIA DEL SIGLO XIX)

Algunos infelices,
que no ven más allá de sus narices,

encontrarían más justos y adecuados, en vez de esos signos de interrogación, unos signos de admiración; tan admirable y maravillosa les parece esta sociedad, cuyo mecanismo y tendencias no me inspiran más ademán ni actitud - y téngalo presente el editor de la citada *Historia*, por si quiere poner al frente mi retrato—que la acti-

tud y ademán del que se abre de brazos, se encoge de hombros, enarca las cejas, contrae el labio superior y adelanta el inferior.

Pero no es cosa de asustar al que leyere haciéndole temer que vaya á meterme en filosofías trasnochadas ó en variaciones cursis sobre la duda metódica y el perpetuo *sólo sé que no sé nada*.

Trátase solamente de indicar que la única superioridad de la época presente respecto de los tiempos antiguos, consiste en la mayor cantidad de esfinges.

Entonces no había más que una, la de Tebas, y ahora salen por docenas á la vuelta de cada esquina, sin que haya medio de darles esquinazo.

Nadie más despreocupado que yo y menos sujeto á las dudas y zozobras que caracterizan al hombre moderno; y sin embargo, no dió á Hamlet tanto que hacer su famoso *to be or not to be*, como á mí este problema indescifrable:

—¿Me la haré con una sola hilera de botones? ¿Me la haré con dos? ¿De qué manera me caerá mejor la americana?

El mismo Edipo, vencedor de la esfinge clásica, se hubiera declarado vencido ante este enigma; cuanto menos yo, averiado *enfant du siècle*, que ya traigo el espíritu

roído y gastado por otros medrosos y difíciles problemas...

—¿Se debe ó no se debe pedir con cinco en el *baccara*?

—¿Se la cortará ó no se la cortará *Fras-cuelo*?

—¿La forma poética está llamada á desaparecer de la literatura moderna?

Misteriosos enigmas que me han puesto á dos dedos del suicidio, y que me hubieran lanzado seguramente

alla partenza che non a ritorno,

si no me hubiese detenido, momentos antes de levantarme la tapa de los sesos, esta nueva duda, todavía más cruel que las que me empujaban á la muerte:

—¿Me lo haré de cinc? ¿Me lo haré de hierro galvanizado?

De una parte, se lee á diario en los periódicos: *Los fétretos de cinc se pudren.*

De otra parte, se nos advierte con saludable pertinacia: *Los fétretos de hierro galvanizado se oxidan y se deshacen. En el extranjero ya no se usan.*

Como si dijéramos:

—¿Es moda que ya no se lleva!

Mucho me hizo sufrir esta fiera vacilación; pero es lo cierto que al cabo me salvó la vida.

Y una vez resuelto á vivir, me dije:

—Pues ¡á divertirme cuanto pueda!

Desgraciadamente, lo que llamamos diversiones en este valle de lágrimas no son sino otro manantial de dolorosas dudas, misteriosas incertidumbres y amargos enigmas.

Ayer, sin ir más lejos, recibí una carta dándome una cita para el baile de la Asociación de Escritores y Artistas en el teatro Real. Nada falta en la halagüeña esquelita: ni las señas del capuchón, ni le *mot d'ordre* para reconocernos, ni la hora, ni el sitio, ni las palabras dulces de rigor, ni la enigmática X de ordenanza al firmar.

Pues bien: al doblar la hoja del pliego amoroso, encontré este membrete en una de las esquinas:

ECONOMATO DE LA PARROQUIA DE...

MADRID

Particular.

Que en el asunto median faldas, es indudable; pero ¿de qué género?

¡Enigma cruel! ¡Enigma aterrador!

Febrero de 1890.





ESTRUENDÓPOLIS

¿Que dónde está situada esa ciudad?

Pues, según los diccionarios geográficos, á los $40^{\circ} 24' 57''$ de latitud y á los $6^{\circ} 2' 30''$ de longitud.

Las señas son mortales, y nadie me dirá que invento ciudades fantásticas como las que pueblan el mapa ideal de nuestra Península, trazado por Galdós.

Ahí va, para remachar el clavo de la realidad, este suelto que se ha publicado en todos los periódicos de Estruendópolis:

“Los tenientes de alcalde, en una reunión que celebraron ayer en el Ayuntamiento





ESTRUENDÓPOLIS

¿Que dónde está situada esa ciudad?

Pues, según los diccionarios geográficos, á los $40^{\circ} 24' 57''$ de latitud y á los $6^{\circ} 2' 30''$ de longitud.

Las señas son mortales, y nadie me dirá que invento ciudades fantásticas como las que pueblan el mapa ideal de nuestra Península, trazado por Galdós.

Ahí va, para remachar el clavo de la realidad, este suelto que se ha publicado en todos los periódicos de Estruendópolis:

“Los tenientes de alcalde, en una reunión que celebraron ayer en el Ayuntamiento



acordaron, entre otras cosas, multar con 50 pesetas á los conductores ó dueños de los carros que vayan cargados con colmo; *suprimir los organillos ambulantes*, y modificar en beneficio del público los precios de conducción en los tranvías del Norte.,

La lectura de ese suelto me ha sumido en profundo desconsuelo; porque Estruendópolis es para mí la primera ciudad del mundo, por ser la más ruidosa y bullanguera, y la supresión de que se habla en la mencionada noticia no es sino el principio de la decadencia de Estruendópolis.

¿Qué va á ser de Estruendópolis sin organillos ambulantes?

Con ellos había llegado esta ciudad, en donde toda incomodidad tiene su asiento, al más alto punto de estrépito que pudiera apetecer el sordo más endurecido, y gracias á ellos podía saludar á Estruendópolis, como Vasco á su *sognata terra*, todo el que perteneciera á la escuela de aquel personaje de *Tartarín en los Alpes*, que á cada paso exclamaba en su *patois* franco-provenzal:

—*Fen de brut!* (¡A meter ruido!)

Por fortuna, todavía quedan campanas en las iglesias; pitos en los tranvías; músicos ambulantes de todas castas y condiciones; vendedores de cuanto hay que vender,

que pregonan su mercancía á grito herido; carretas á cuyo paso se estremecen las casas desde los cimientos hasta el tejado; telones metálicos en las puertas y ventanas de todas las tiendas; máquinas de vapor que para suministrar luz eléctrica á un teatro ponen en trepidación un barrio entero; escuelas de niños y niñas donde las cosas se enseñan y se aprenden en forma de coros chillones y estridentes; una muchedumbre que no sabe hablar en la calle sino á grito pelado; en cada piso un piano, y cuando no, una guitarra, y cuando no, un acordeón, y cuando no es acordeón, ni guitarra, ni piano... es un poeta lírico ó dramático.

Porque hasta este último oficio, que en todas partes es pacífico y silencioso, es en Estruendópolis ruidoso y molesto para la vecindad.

Yo viví—si aquello era vivir—en la habitación inmediata á la de un autor distinguido, y no pude lograr un instante de sosiego.

Otro poeta, el sin par Zapata, me explicó el caso, diciéndome:

—Las redondillas se hacen ahora con cepillo, sierra, martillo y escoplo.

Toda gran capital, por grande que sea, tiene barrios tranquilos y callados, en don-

de pueda recogerse el que guste ó necesite de la quietud y el reposo. Estruendópolis, no. Es la ciudad del ruido á todas horas y en todas partes, en las calles y en las casas, de día y de noche.

Todo se hace á voces, hasta el amor, y el culto que se rinde á toda clase de ruidos enojosos y cacofónicos es tan ferviente, que no me explico cómo no se han elevado altares al dios Crépitus, al modo de los paganos de buen humor.

En Zaragoza está condenada la población poco menos que á vendaval perpetuo, y en Estruendópolis no suele soplar más que un vientecillo sutil, del cual se dice que mata á un hombre y no apaga un candil. Pues bien: ¡hasta los portazos son más ruidosos en Estruendópolis!

Como suprema expresión del mérito de alguien ó de algo, se dice que *mete mucho ruido*; á la protesta de la voluntad contrariada se la llama *poner el grito en el cielo*; de una obra que agrada se dice que *está alborotando*; el mal éxito es sinónimo de *trueno gordo*; las manifestaciones imprevistas se denominan *campanadas*; para pedir ó anunciar versos en las tertulias, se grita *¡bomba!*, y hasta la muletilla que ahora priva en las conversaciones es la de *¡pum!*

Los juegos infantiles, clamorosos en todas las regiones del planeta, son más clamorosos en Estruendópolis; porque los chiquillos no juegan más que al toro, y como el medio ambiente influye hasta en las bestias, en cada calle y cada plaza hay perros aficionados que se prestan á las suertes del toreo mejor que las mismas reses profesionales.

¡Oh, los perros! En Estruendópolis hay más perros que en Constantinopla; viven felices y respetados por la autoridad, y no son ellos los que menos contribuyen á mantener la "animación," de la villa, ó mejor dicho, de la *bull*a y corte.

Para los humanistas de Estruendópolis, ningún verso latino supera en belleza á aquel que dice:

Horrida per campos bambombarda sonabant,

Ni tampoco se ha dicho nada peor ni más absurdo que el

Conticuere omnes intentique ora tenebant,

tan celebrado en otras naciones.

En Estruendópolis no se sabe lo que es callar. La razón y la victoria se las lleva el que tiene más pulmones, y entre la gente del pueblo la injuria más terrible consiste en decir:

—¡Que te calles!

Y no hay manera de huir el perpetuo y enojoso bullicio.

Se va usted á un paseo retirado, y por la mañana le despierta un estruendo formidable, entre huracán y terremoto...

—¡Es Cánovas que vuelve de Andalucía!

Cambia usted de domicilio, se va al otro extremo, y en la noche misma del traslado le sobresalta nuevo clamoreo y vocerío...

—¡Es Echegaray que vuelve en triunfo de un estreno!

Esto cuando no hay pronunciamiento, revolución ó cosa por el estilo, á lo cual se llama modestamente *jarana*; tan escasa es la importancia que dá Estruendópolis á esos alborotos.

Hasta las casas están construídas en Estruendópolis de manera que se transmitan de cuarto á cuarto los ruidos y rumores de todo género, sin que pueda usted libertarse de oír cuanto dice y hace el vecino de al lado, el de abajo y el de arriba.

Por todo consuelo, puede usted decir, con Lope de Vega, cuando habla de los difuntos:

Fea pintan á la envidia,
y confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio

—¿Y cómo no emigra usted de Estruendópolis?—me preguntará el lector forastero.

—Porque soy sordo de un oído, y espero quedarme en breve plazo inútil de los dos.

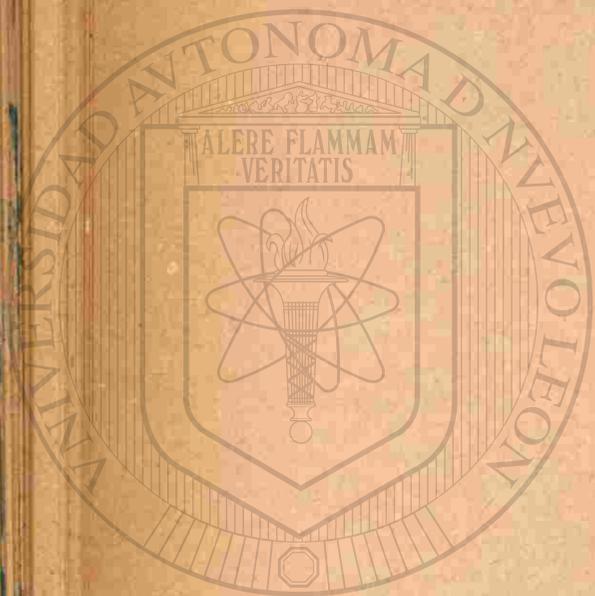
—¿Pues no se ha empezado ya por suprimir los organillos ambulantes?—replicará el lector susodicho.

—Sí; pero ya verá usted, digo, ya oirá cómo se inventa algo que mantenga la Santa Tradición. Por algo es Estruendópolis la capital del país de los petardos.

Febrero de 1890.



®



MÁS SOBRE ESTRUENDÓPOLIS

Mi artículo de anteayer ha parecido bien á muchos madrileños, á juzgar por las numerosas cartas que he recibido en el mismo son y compás.

Elegiré entre ellas las que vienen á completar la descripción de Estruendópolis.

PRIMERA

Muy señor mío: Al enumerar los estrépitos de esta sin par metrópoli, *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*, como dijo el príncipe de nuestros ingenios, ha olvidado usted el clamoreo de los mendigos, incesante, continuo, insufrible.

®

¿De qué ha servido la campaña aquella que hizo la prensa dos ó tres meses há?

Para que se dijera que las autoridades iban á tomar, medidas, y se las diera con este motivo mucho *bombo*, otro estruendo característico de Estruendópolis.

Las medidas se han quedado sin tomar; los pordioseros de oficio sin perseguir, y la Corte de los Milagros sin cambiar.

Usted dice que está inútil de un oído, y que espera quedarse sordo de los dos. ¿Qué? ¿Aspira usted á ser alcalde ó gobernador de Estruendópolis?

SEGUNDA

Mi distinguido amigo: Entre los mil y un ruidos de Estruendópolis pone usted el que mueven las campanas de las iglesias.

De este clamor se puede huir, yéndose á vivir lejos de todo templo, convento, oratorio, etc. (cosa, sin embargo, difícil, dado el aumento que desde la Restauración ha tenido el número de esas casas, llamadas de recogimiento, aunque no dejan recogerse al vecindario); pero ¿y las campanillas del Santo Viático?

Si en circunstancias normales para la salubridad pública pueden pasar, no así en

ocasiones como la de la epidemia que acaba de sufrir Estruendópolis. Ese lúgubre sonido es el más alarmante de todos. Inquieta al despreocupado, asusta al aprensivo, y aterra al pobre enfermo, que desde el lecho del dolor escucha cada media hora los siniestros campanillazos.

Yo no me quejo del todo, porque esa congoja y zozobra apresuraron este invierno la muerte de mi suegra; pero si *no hay mal que por bien no venga*, esta no es razón para dejar de combatir los males.

TERCERA

Muy señor mío y amigo: Don José Abascal (q. e. p. d.) acabó con los bárbaros estrépitos de la noche de Reyes y con las cargantes acometidas de la Cruz de Mayo.

¡Loada sea su memoria, aunque pese á los tradicionalistas de Estruendópolis!

También, si no estoy equivocado, fué el Sr. Abascal quien concluyó con aquellas mujeres alquiladas que se situaban en las puertas de las administraciones de lotería, mortificando á los vecinos y transeuntes con la chillona y destemplada cantata: *¡Ma-*

ñana... es último día de billetes! ¡Hay décimos... á veinticuatro reales!

¿Cuándo habrá en Estruendópolis un alcalde que se interese por el reposo de sus administrados, siga aquellos ejemplos, y prohíba á los serenos ese brutal aporreamiento de puertas, de que se sirven para despertar en las altas horas de la madrugada á ciertos tenderos... y á muchos que no lo somos?

Estoy á matar con esos estruendosos avisos, impropios de una población que pretende ser culta, y de los cuales viene á resultar que los encargados de impedir el *tapage nocturne* son los primeros que lo promueven.

CUARTA

Amigo Cavia: Pero, hombre, ¿dónde se ha dejado usted las *murgas*? ¿Las crueles, las terribles, las espantables *murgas*?

QUINTA

Muy señor mío y convecino: El miércoles dijeron los periódicos que los tenientes de alcalde habían acordado suprimir los organillos ambulantes; y *con efecto*, hoy sábado

han estado tocando frente á mi casa tres de esos instrumentos... de tortura.

Me parece que Estruendópolis podría llamarse también Desobedenciópolis.

¿O es que los tenientes de alcalde han vuelto sobre su acuerdo?

D. José Navarrete decía en un artículo, acerca de los antiguos organillos de los saboyanos, que quizá su grata melodía, sonando de pronto en la calle, habría detenido la mano de algún infeliz dispuesto á quitarse la vida... Note usted—como observación pareja de la de Navarrete—que desde la irrupción de los modernos pianos mecánicos, ha aumentado la estadística del suicidio.

Ventura Ruiz Aguilera dedicó al organillo del saboyano sentidos versos, y ya he visto el *pendant*, en forma de parodia, que les ha puesto usted en el *Madrid Cómico*, á propósito de los pianos de manubrio.

¡Sí, sí! ¡Con versitos va usted á arreglar á Estruendópolis!

SEXTA

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Está muy bien aquello del que se va á un paseo extraviado y se encuentra con una silba á Cánovas, y al mudarse al otro

extremo, se halla con una ovación á Eche-
garay; pero ¿cómo ha omitido usted la si-
tuación del que, alejándose del bullicio del
centro, tiene que oír todas las noches el ti-
roteo de los matuteros y los guardas de
consumos?

Esta situación, señor, es la del que sus-
cribe, y crea usted que, á pesar de haber
estado en Bilbao durante todo el sitio de
1873 y 1874, no he podido acostumbrarme
todavía á esos "encantos," de la vida de Es-
truendópolis.

SÉPTIMA

Mi estimado amigo: ¿Y esa Puerta del
Sol? La parte comprendida entre las calles
de la Montera, Carmen y Preciados, es un
exacto trasunto del *zoco* de Fez en día de
feria, de un bazar de Tombuctu, ó del Ras-
tro y la calle de la Ruda por las mañanas.

La gritería y los empujones de los mer-
cachifles ambulantes, revueltos con los ven-
dedores de periódicos y los vagos de toda
ralea, dan á aquel sitio de Estruendópolis
mucho "color local".

Lo que hay es que, con tanto "color lo-
cal," parece que estamos en el Cairo y no
en una ciudad europea.

OCTAVA

Te has dejado en el tintero, amigo Ma-
riano, las salvas de artillería con que, un
día sí y otro no, se acuesta y se levanta el
vecindario de Estruendópolis.

La familia reinante es tan numerosa y
dilatada, que cuando no es el santo de uno
de sus miembros, es el cumpleaños de otro,
y así sucesivamente.

¡Si al menos se pagara todo ese cañoneo
con los 40 millones de reales de la lista
civil...!

Pero no. Estruendópolis, que no tiene di-
nero para pan, ha de tenerlo para salvas de
pólvora.

Y á propósito de cañonazos. Ya habrás
visto que han declarado santo nacional á
San José, que hasta aquí era santo extran-
jero.

Tendremos, pues, cañoneo *in partibus* el
día 19 de Marzo, y bueno será advertirlo
por papeletas y carteles, por si todavía que-
dare en Estruendópolis alguien á quien
alarmen esos estrépitos, sin los cuales está
probado que no nos podemos pasar.

**

Esas son las cartas que he entresacado de las once ó doce llegadas á mis manos.

Las publico; las pongo el *Visto Bueno*, y firmo.

Marzo de 1890.



LA ACADEMIA Y EL SUFRAGIO



Un saludo, ante todo, á la memoria del Sr. D. Luis Fernández Guerra y Orbe—cuyo fallecimiento da ocasión á las presentes líneas;—y después del salu-

do y el correspondiente recuerdo, preguntemos:

¿Con quién reemplazará la Academia Española al autor del estudio sobre D. Juan Ruiz de Alarcón? ¿Volverá á las andadas? ¿Hará de las suyas?

Probablemente: y el que quiera apostar algo bueno en el futuro *steeple chase* académico, debe decidirse por el candidato más desagradable para la opinión pública.

Podrá ser que el Sanhedrín de la lengua acierte en la elección; pero ha hecho recientemente algunas concesiones á la mayoría de las gentes cultas, y estas concesiones—tan dolorosas para el que se ve obligado á hacerlas como poco agradecidas por el que las obtiene en esa forma—hacen temer la inevitable reacción en el sentido que tanto complace á los académicos de oficio y tanto disgusta á las gentes que todavía tienen la candidez de disgustarse por cosas de tan poco momento.

Hablemos de ellas, no obstante, á falta de asuntos de mayor cuantía.

Cada tropiezo de la Academia de la Lengua—y hay largos períodos en su vida en que cada paso es un tropiezo—da origen al mismo clamoreo:

—¡Abajo la Academia! ¡Que se suprima la Academia! ¡No más académicos!

Como los que dicen en la cuarta plana de los periódicos:

—¡No más calvos!

O bien:

—¡No más chinchas!

Pero así como, á pesar de estas atrevidas negaciones de la razón independiente, no se concluyen las chinchas ni los calvos, tampoco se acaban los académicos, cuando la conciencia pública y el común sentir dis-

ponen en su obsequio la inevitable *reprise* del sainete ¡Fuera!

Ellos siguen dentro; dentro del queso, como el ratón de la fábula. En lo cual hacen bien, por de pronto; y hacen mal, mirando al porvenir, porque el día menos pensado surge en el Ministerio de Fomento un Micifuz ó un Marramaquiz que se engulle el ratón y se apodera del queso, no sin pasarlo antes por el Laboratorio municipal, para ver si es de recibo.

La necesidad de la Academia es indiscutible... porque no hay tal necesidad.

Ahora, la conveniencia de que haya Academia ya es otra cosa. Eso sí que se puede discutir; y si se me concede un turno en la discusión, desde luego afirmo que he de ser más generoso que el portugués del cuento. Aunque no me saque del pozo, perdono la vida á la Academia.

Que viva, pues, la gallina, y no digo con su pepita, porque la pepita acaba por matar.

Toda institución que no se transforma y se renueva, perece.

Las instituciones que más interés y empeño tienen en parecer inmutables é intangibles, el Altar y el Trono, han debido obedecer esa ley. Solamente los depositarios del "saber oficial," (¡qué absurdo tan

colosal se encierra en estas dos palabras!) se obstinan en tomar en serio, para su uso particular, el *Noli me tangere*.

Y esa es la pepita de la gallina académica. Si quiere la "docta Corporación," curarse de ella, no tiene más remedio que acudir á la farmacopea novísima y á sus últimos adelantos.

¿Por qué, en vez de elegir la Academia por sí misma á los académicos nuevos, no reconoce ese derecho á quien verdaderamente lo posee, á la opinión de las gentes cultas?

La idea de elegir los académicos por sufragio—dado que convenga seguir teniendo académicos—no es de mi propiedad exclusiva.

No há mucho daba Augusto Vacquerie, poeta brillante, polemista elocuente y periodista respetadísimo, sendas razones que le impedían, á pesar de sus títulos, ser diputado, senador, ni académico.

Acerca de este último punto, decía el amigo íntimo de Víctor Hugo á un periodista parisiense:

—He combatido siempre á la Academia, porque no admito que una asamblea, cualquiera que sea, escoja y reclute sus miembros por sí misma, y atribuyéndose el gratuito privilegio de encerrar en su seno las

personalidades más ilustres de Francia, pronuncie por cuenta propia el *dignus est intrare* en favor del candidato que elige ella misma, y en cuya elección median las intrigas, tapujos y trampantojos antes que los méritos reales y efectivos.

Si habla así Vacquerie de la Academia francesa, ¿qué diría de la Academia española?

La autoridad no se obtiene en nuestros tiempos por el *ego sum qui sum*, sino por la designación y el asentimiento de todos.

Todos, pues, deben señalar y escoger al que ha de representar la cultura general y la pública ilustración en su nivel más alto, si se quiere que esos aréopagos signifiquen algo en la vida moderna y dejen de ser lo que son hoy: cosa de cofradía y compadrazgo, cuando no de secta y monipodio.

Claro es que no se trata de una aplicación más del sufragio universal, sino del restringido. Tan restringido, que solamente lo ejercerían los individuos de los centros literarios y científicos, los ciudadanos con título académico, pero adscritos á un colegio ó corporación, y... los que ya lo ejercen ahora.

Pero, vamos, algo habría que conceder al resto de los humanos, y en su representación bien podrían votar (estremézcanse

los académicos del montón) los alumnos de último año de las facultades universitarias y de las escuelas especiales.

Ni Castelar, ni Campoamor, ni Núñez de Arce, ni Valera, ni Alarcón, ni Echegaray, ni Zorrilla, ni Castro y Serrano, ni Galdós, ni el propio Marcelino, ni el mismísimo Tamayo, recusarían semejante sistema de elección.

¡La tendrían tan segura!...

Cuanto á los otros, ni el benemérito Romero Robledo los sacaría adelante.

La que hoy les vale es la Bula.

Marzo de 1890.



SALIDA Á NUESTROS PRODUCTOS

SE nos ofrece una maravillosa ocasión para darla, y hay que aprovechar esa ocasión.

Nuestro comercio de exportación está muy en baja; el de importación, en cambio, crece y se nos lleva las pocas pesetas que quedan de la última promoción; Gamazo levanta la bandera de *the struggle for garbanzy*...

¿Cómo remediar este estado de cosas?

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS.

En verdad, en verdad os digo, mis queridos economistas, que para "orientaros," en esta cuestión debéis "occidentaros."

Las leyes de nuestro sistema planetario están llamadas á falsearse una vez más, y así como en tiempo de Voltaire la luz vino del Norte, ahora debe venir la "luz," del Occidente.

—¿Qué son para nosotros cinco ó seis millones de duros más ó menos?

Esa admirable frase pronunciada en el Ayuntamiento de Chicago, con motivo de los festejos que se propone celebrar en 1892 para conmemorar el descubrimiento de América, ha deslumbrado á la vieja Europa; y si no ha deslumbrado á la vetusta España, es porque aquí hay Ayuntamientos que dan quince y falta al de Chicago.

Basta pasar por ellos para salir convertido en un rey Midas—todo oro y todo orejas;—y cuando con sólo pasar se logran tan estupendas y mágicas transformaciones, ¿qué de riquezas y tesoros no habrá dentro de esas prodigiosas cavernas de Alí-Babá?

Pero es dado á muy pocos bañarse en esta clase de Pactolos, y á los demás no nos llega ni un maravedí.

Ese maravedí (pues no tiene más importancia para la metrópoli del lago Michigán

una suma de cinco ó seis millones de duros más ó menos), ese maravedí nos le ofrece la ciudad de Chicago.

¡Vamos por él!

Allí hay tocino y dinero; pero no hay literatos ni artistas, cuyos talentos son indispensables para el género de fiestas con que se trata de solemnizar el gran Centenario.

Hasta ahora, lo único que se les ha ocurrido á aquellos estimables *yankees* ha sido encargar á Verdi una ópera titulada *Colón*, compuesta expresamente para ellos, y en la cual se representen y canten los principales episodios de la vida del insigne navegante.

¿Creen que Verdi está ahora como hace veinte años, cuando compuso *Aida*, por encargo del jetife de Egipto?

Y aunque el célebre maestro estuviese como entonces, ¿creen que había de gustarles el *Colón* que les hiciera?

Los habitantes del resto de los Estados Unidos, que saben á qué atenerse respecto de los gustos artísticos y literarios de Chicago, se han mofado en grande del encargo consabido, y un periódico, *The New York Times*, ha supuesto que la petición se habrá hecho á Verdi en estilo mercantil, diciéndole, por ejemplo:

“Embarque por primer vapor una ópera; asunto, *Colón*, con los personajes y letra anotados al margen. No deberá exceder de doce yardas de largo y ser de primera calidad. Avísenos la fecha de embarque. Suyos: Fulano de Tal y Compañía.”

Mófense cuanto quieran los neo-yorkinos de encargos por ese estilo; pero conste que si en Madrid se hubiera recibido uno así, ¡lo habríamos tomado muy en serio!

Porque, ya se sabe; *para cuellos postizos, Paracuellos*: y para arte hecho á la medida, nuestra gloriosa villa y corte.

¿Quieren en Chicago un *Colón* nuevo y divertido, amenizado con los indios de Buffalo Bill y sus bisontes, los alaridos de los bípedos y los mugidos de los cuadrúpedos, unido todo ello al rechinar de las cadenas del gran marino y al sonar de las castañuelas de los Reyes Católicos?

Pues no tienen más que dirigirse á cualesquiera de los autores por parejas que “operan,” en Madrid, y se les hincharán las medidas á los de Chicago.

Quedarán pasmados ante lo que aquí se inventa y lo “chicagueado,” que está el gusto entre nosotros.

No volverán en sí cuando vean las carabelas de Colón, personificadas por unas

cuantas buenas mozas con poca ropa y muchas carnes, que saldrán cantando:

Aquí están las carabelas
del intrépido Colón;
el que se embarca en nosotras
corre un peligro feroz;
pero sin riesgo
salir podrá,
si conoce la aguja
de marear.

—Yo soy la *Pinta*,
y ¡olé!

—Yo soy la *Niña*,
y ¡olé!

Y así sucesivamente, hasta que los espectadores, atónitos ya y mudos de asombro, recobren los espíritus, y desde el estupor pasen al entusiasmo más frenético, cuando vean en el cuadro final el desfile alegórico y fantástico de los productos de América, ocupando por de contado el puesto de honor nada menos que el *tocino de Chicago*, ante el cual harán pleitesía y acatamiento seis toros de D. Cristobal Colón, duque de Veragua, capitaneados por el cabestro *Caminante*.

Con esto y una apoteosis á la moda de las de acá, ¿para qué echar mano de Verdi?

Si quieren músicos, se los remitiremos de todos tamaños, que así ponen en solfa e.

estruendo de las cataratas del Niágara como el sibido de las culebras de cascabel, y así hacen "arrancarse," con un tango á fray Bartolomé de las Casas como "sacan," un drama lírico de la vida y muerte de Abraham Lincoln.

¿Necesitan pintores?

Por docenas los hay, que pintarán lienzos y más lienzos, de á quinientos metros de altura por un kilómetro de anchura, cada uno de los cuales, por la inmensidad de la concepción y lo exorbitante de la factura, pueda eclipsar á *El Pasma de Sicilia*, viniendo á ser *El Pasma de Chicago*.

¿Historiógrafos?

Pues les enviaremos cuantos quieran de los que convierten la nieve más blanca en el más negro betún: y en cuanto se les conozca por allá, retiran los *yankees* y dan por no escrita la andaluzada aquella de que, gracias á Washington Irving, "tiene la América del Norte, en un solo hombre, su Robertson, su Goldsmith y su Adisson."

¿Oradores?

¡Vayan allá, á deslumbrar la gente de Chicago, los de las maravillosas síntesis y las espléndidas evocaciones!

¿Poetas?

¡Bien se puede cambiar por el tocino de Chicago nuestro *tocino del cielo!*

Demos salida, pues, á estos productos nacionales, que están haciendo allí muchísima falta, y vengan los millones de dollars y las salazones de cerdo.

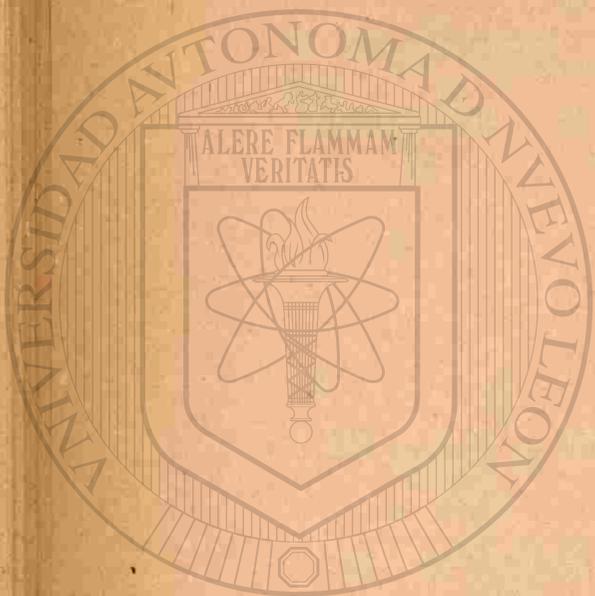
Y no teman los *yankees* que los autores que les mandemos vayan allí á imponer el idioma castellano.

No lo saben.

Marzo de 1890.



®



LAS QUE SE TAPAN LOS OIDOS



No sé si Enrique Sepúlveda, después de haber pintado *Las que van á misa de dos, Las que ponen flores en la ventanilla del coche, Las que toman caldo en Lardhy, etc., etc.,*

sentirá ó dejará de sentir que no se le haya ocurrido el titulillo puesto encima de las presentes líneas; pero.. ¡qué hemos de hacerle! Todos somos hijos de Dios, y aunque sea empresa demasiado audaz, cualquiera tiene derecho, como tenga también pinceles y humor, para pintar á *Las que usan confesor joven, Las que gastan pezonera, Las que le llaman á uno hermoso, y así sucesivamente.*

“Las que se tapan los oídos con las manos, — esto de las manos lo he suprimido en el título, por no abusar— forman uno de los tipos más entretenidos del público de los teatros. No intentaré pintarlas... Bastante se pintan ellas. ¡Y eso que la luz eléctrica,

émula de la llama
que nace con el día,

favorece bien poco este género de pintura, único arte, como es sabido, en que rivalizamos con las demás naciones europeas!

Tampoco intentaré censurar ni ridiculizar á dichas señoras. Todo lo contrario... Benditas sean entre todas las mujeres, y benditos sean los frutos de su vientre; amén, Jesús.

Gracias á ellas, y á su remonísimo procedimiento de taparse los oídos en cuanto se avecina la catástrofe de un drama y se sospecha que va á dispararse algo, puede ser que ceda un *tantito* (como decía D. Francisco Santa Cruz, que encontraba ordinario el *tantico* y empleaba el *haiga*) la manía de desenlazar todos los dramas modernos por el procedimiento del general Hoyos, el de los *cuatru tiritus*.

¿Qué emoción, ni qué interés, por vivos que sean, no ceden ante la actitud de dos ó tres docenas de espectadoras remilgadas,

que se llevan graciosamente las manos á las orejas, cierran los ojos, ó hacen como que los cierran, y fruncen los labios á la manera de quien va á recibir una ducha?

El espectáculo que “se desarrolla” en la escena se eclipsa ante el espectáculo que se da en la sala. Los espectadores de buena fe se distraen; los de fe mediana se sonríen, y los de mala fe aprovechan la ocasión—si ya no se la ha ofrecido el autor malaventurado—para sacar los pies de las alforjas.

Véase por dónde viene la muerte—como diría Campoamor—á muchos autores modernos, y véase también por dónde podría lucirse cualquier secretario de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, poniendo á discusión *La influencia de la coquetería femenil en la literatura dramática contemporánea*.

Porque la madre del cordero no es otra. ¿Qué mujer, verdaderamente poseída de su misión sobre la tierra, desaprovecha una ocasión tan propicia para lucir la bien modelada mano, el brazo más ó menos escultural, y, “en todo caso”, el guante de suprema distinción ó el brazalete de última moda?

Las jamonas, sobre todo —y cuanto más gordas, mejor,—se despepitan por esas coyunturas, que les permiten aparentar candorosa timidez y afectar aires juveniles.

Así, tengo observado que éstas son las más aficionadas á los dramas "detonantes," aunque no falten entre ellas algunas que sepan disfrazar su coquetería con cierto ingenio, como aquella que



me decía una noche de estreno en el teatro Español:

— ¡ Si tiraran al menos con pólvora sola!

— ¡ Señora!—repliqué.—¿Supone usted que Calvo va á disparar con bala?

—No, pero disparará con ripios.

—Observe usted que el drama está en prosa...

—Es igual; disparará con cascote.

Hasta ahora no ha habido en el teatro Español, durante esta temporada, un solo estreno en que no se hayan dado gusto las que se tapan los oídos.

Primero, en *Los irresponsables*; luego, en *Los ídolos de barro*; en seguida, en *Siempre en ridículo*; más tarde, en *El prólogo de un drama*.

—¡Pero si en *El prólogo de un drama* no hay tiros!—observará el lector.

¡Oh! Es que las que se tapan los oídos son personas de tanta convicción, que ya no se llevan las manos á las orejas solamente cuando va á haber pistoletazo, sino también cuando, en vez de las armas de fuego, son las blancas las que sustituyen el antiguo *Deus ex machina*; y aun he visto (Dios me conserve los ojos para seguir viéndolas) damas y damiselas que apelan al consabido ademán cuando la dama se muere de tisis ó el galán se da de puñaladas.

Vuelvo á decirlo. Hay que agradecer á nuestras contemporáneas ese remonísimo procedimiento, con el cual amenizan la monotonía de los dramas modernos y atenúan sus espeluznantes desenlaces.

Los autores se quejan de que así les "matan los efectos,"; pero ¿y si les diera á las espectadoras (y á fe que no habría para qué extrañarse de ello) por taparse los oídos durante toda la representación, bajando las manos solamente cuando llegara la explosión final?



Enero de 1891.

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TARTARIN EN LOS MADRILES

(CARTA DEL HÉROE TARASCONÉS)

A *Espiridion Excourbanies*,
EN TARASCON.

Aquí me tienes, mi queridísimo amigo, compañero y compatriota; aquí me tienes... ¡y en qué estado!

Tú me conoces, Espiridión, y sabes que si hay algún ánimo esforzado, incapaz de comprometer en un momento de debilidad el prestigio de Tarascon primero, de Provenza después, y por último de Francia, ese ánimo es el de tu amigo Tartarin; pero las circunstancias se han sobrepuesto á mis fuerzas, con ser éstas tan grandes, y por vez primera en su vida, el hombre que

se ha hecho inmortal por sus prodigiosas aventuras en Africa y en los Alpes, y por el valor con que ha afrontado los mayores peligros, tiene que reconocer su apuradísima situación y tiene que gritar: ¡Socorro!

Tú eres el único que conoce mi paradero. Tú sólo sabías en Tarascon que no me había ausentado de nuestra amada ciudad para entregarme á la política, ni para fundar allá en Oceanía el *Port-Tarascon* de que han hablado algunos periódicos parisienses... Esas son voces que hace correr Alfonso Daudet, mi implacable calumniador, el cual prepara, sin duda, algún *Tartarin en el Parlamento* y algún *Tartarin colonizador*, en cuyas páginas trate de ridiculizarme nuevamente y de desfigurar las altas prendas de mi carácter emprendedor y audaz.

¡Permita Dios que el sol de nuestra tierra, el

*grand souleu de la Provenço,
gai compaire dou mistrau,*

que tantas burlas ha inspirado á ese renegado meridional, le abraze los sesos ó le proporcione un tabardillo mayúsculo!

Pero no; hago mal en desearle daños y en maldecirle; me contento con pedir al cielo que Daudet no se entere de las cosas

que me han acontecido en Madrid. ¡Cómo me pondría si se enterara!

Por supuesto, que me está muy bien empleado todo ello, querido Espiridión. ¿Quién me mandaba venir aquí á conocer de cerca al general Martínez Campos? Me habían dicho que era el Tartarin de los españoles; que sus proezas y hazañas eran por el estilo de las mías; que había cazado separatistas en Cuba como yo leones en el Sahara; que había subido á las montañas de Navarra y Cataluña como yo á la Jungfrau y al Mont-Blanc; que imperaba en Madrid como yo en Tarascon... Y no pudiendo vencer mi curiosidad, vine á conocerle. ¡Di, más bien, á eclipsarle!

¿Lo he eclipsado? Todavía no.

¿Por qué? Porque aún no lo he tenido frente á frente, como tuve antaño al rey del desierto, y como tuve después las cumbres abruptas y terribles de los Alpes.

Hasta ahora, Espiridión, no he tenido enfrente de mí más que zanjas y fosos formidables en todas las calles y plazuelas; montañas de adoquines y excavaciones sin fondo en todas las esquinas; cables eléctricos en cada encrucijada, que amenazan al incauto transeunte; desfiladeros estrechísimos, más peligrosos que los de los ventisqueros alpestres, por donde corren á esca-

pe coches y tranvías que aplastan al que no quiere caer en una zanja, un foso ó una sima; pozos negros abiertos á la luz del sol; tejados y balcones mal cuidados, desde los cuales se desprenden tejas, macetas y pedruscos que matan al infeliz viandante más segura y rápidamente que las avalanchas y los aludes alpinos; manadas de por dioseros que convierten la corte de España en Corte de los Milagros, y contra



quienes no hay más defensa que la del rifle y el revólver á que apelé en el puerto de Argel; nubes de busconas, que no buscan, sino que le agarran á uno por fuerza en los parajes

más públicos; bandadas de truhanes que...

Pero, antes de que otro recuerdo disipe el que ahora me asalta, ¿sabes á quién encontré el día mismo de mi llegada á Madrid?

A aquel Gregory, que fingiéndose príncipe de Montenegro, y amigo mío, y admirador de mis empresas, se quedó con mi car-

tera y mis billetes de Banco junto á un morabito y un bosquecillo de adelfas, mientras yo acechaba el paso del león.

Tú me conoces, Espiridión, y puedes figurarte el trabajo que me costaría conte-

nerme para no lanzarme sobre el tunante de marras, al verle pasar por la Puerta del Sol en un carruaje muy aparatoso, cuyo cochero y lacayo llevaban sombreros con galones dorados.



Un guardia civil que estaba á mi lado le saludó respetuosamente... Mi rabia, mezclada con mi asombro, no me permitió ver unos beduinos que en aquel mo-

mento invadían la acera, cargados con enormes fardos; y atropellado por ellos, caí de bruces en una de las tremendas zanjas que, según te he dicho, hacen intransitables las calles de Madrid. Las consecuencias no fueron del todo graves... Un brazo roto y una pierna dislocada.

¡Haber salido ileso de una ascensión á la Jungfrau y de una tempestad en el Mont-Blanc, para romperse un brazo y dislocarse una pierna en las calles de Madrid!

Eso es peor que lo que aconteció en 1842 á Dumont d'Urville, que después de sus trágicas y atrevidas navegaciones, vino á sucumbir miserablemente en un descarrilamiento del tren de París á Versailles.

Comprenderás, Espiridión, en qué estado de ánimo saldría á la calle un hombre de mi temple, cuando, una vez curadas mis fracturas y contusiones, pude dejar la cama y el hotel.

¿Por qué no tropecé en aquel instante con Martínez Campos, el Tartarin de los españoles?

Si lo encuentro, me lo como. ¡Me lo como, Espiridión!

Bien pronto vinieron nuevas emociones á hacerme olvidar las emociones pasadas. Aún no me había alejado veinte metros de la fonda, y eché de menos el reloj. Grité, y un poli-



zonte me amenazó con llevarme á la prevención, que es *le violon* de aquí, por alborotador y escandaloso. Afortunadamente, todo lo que tienen los españoles de bárbaros, lo tienen de amables las españo-



las... Un grupo de ellas, que estaba estacionado en aquel sitio (Carrera de San Jerónimo, esquina á la de Espoz y Mina), me rodeó inmediatamente, diciendo á coro:

—¡Ay, es *gabacho*! ¡Anda, hermoso, vente con nosotras!

Yo me defendí, Espiridión; puedes creerme. Sin embargo, unos jóvenes de prendas excesivamente ajustadas (la *crème*, sin duda, del *beau monde* madrileño) insistieron

con excesiva galantería, y después de decirles á las damas *¡Hasta luego!*, me dijeron á mí con excesiva expresión:

—¡Ande usted con ellas, so morral!

Y fui, por no ofender la clásica hidalguía castellana. De los resultados te hablaré en secreto.

Entretanto, Espiridión, aprende á volver del revés á Shakespeare y á Echegaray, autores que conoces de seguro, porque un hijo de Tarascon lo conoce todo, y lo que no conoce, lo presiente. Aquellos autores han presentado en sus dramas hombres que fuerzan á cándidas mujeres á pisar casas donde no las conviene entrar. Aquí en Madrid, bien al contrario, sucede que son audaces mujeres las que dan idénticos asaltos á cándidos varones.

¡Y no te digo nada de los asaltos que nos dan los de nuestro sexo!—Uno hallé en aquella misma noche, tres horas después de la aventura ya narrada, que me dijo, en el propio sitio donde me habían rodeado las hermosas españolas:

—Dispense usted, caballero. ¿Usted es francés?

—Sí, señor.

—¿Y meridional?

—¡Té! *Ça va sans dire.*

—¿Y hasta de Tarascon?

—¡Ve! ¿En qué lo ha conocido usted?
—Caballero, no hay ninguna persona decente que no conozca, y que no admire, al ilustre Tartarin de Tarascon.

—Muchas gracias.

—Y si quiere usted hacer un singularísimo favor á los admiradores más fervientes que tiene en Madrid, hágame el obsequio de venirse conmigo.

—¿A dónde?

—Al *Círculo de la Raza Latina.*

—*Allons!*

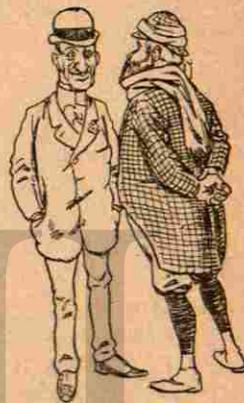
Tú me conoces, Espiridión. Me herían en la cuerda sensible, y fui al *Círculo de la Raza...*

—¿Latina?

—¡Qué Latina! ¡Griega, y muy griega, mi querido Espiridión!

Entre otras diversiones, encontré en aquel *Círculo*, uno de los innumerables que hay con nombres igualmente simpáticos y atractivos, la sencilla distracción del *baccara*, el honestísimo entretenimiento del treinta y cuarenta, y el patriótico pasatiempo del monte.

Me sentí alpinista, como en mis buenos



tiempos de la Jungfrau y del Mont-Blanc, y por el monte opté. La *ascensión* me costó hasta la última peseta.

Y así me tienes, querido Espiridión. ¿Quieres venir á socorrer al pobre Tartarín? Tú te encontrarás á gusto en Madrid; porque tú, con tu célebre *¡fen de brut!*, lema de un adorador del estrépito y el ruido, te hallarás como en tu centro en esta villa y corte, que por la multitud de sus ruidosas molestias ha merecido el nombre de Estruendópolis. Pero si vienes tú, ¡procura que no te acompañe ningún tarasconés!

En primer lugar, porque me sentiría humillado. Tarascon es la ciudad de la Tarasca... en singular. Madrid es el pueblo de las tarascas... en plural. ¡Las hay á millares, mi excelente Espiridión!

Y luego, porque á la humillación se unía el triste fin del héroe puesto en ridículo por el calumniador Daudet. Se puede ir á desafiar los furores del león del Atlas, los peligros de los Alpes, los hielos del Polo Norte, las tribus del Centro de Africa; pero no se puede venir á Madrid!

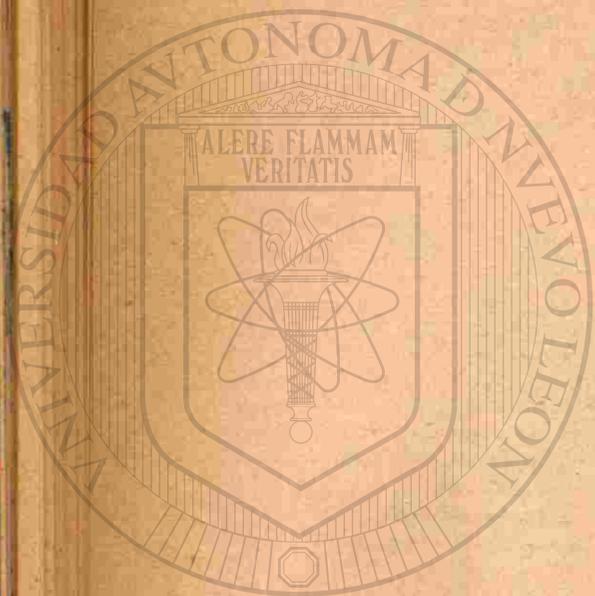
¡Dejémoselo á Martínez Campos!

Tu infeliz amigo y averiado héroe,—TARTARIN.

Octubre de 1890.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo.— Salpicón...	v
Puré de Werther.—(Monólogo de un cocinero).....	1
Krupp.....	11
Diez céntimos, cualquier distancia.....	17
Epitalmio á Cánovas.	25
Huesos y cenizas.....	31
El rey de Suecia.....	37
Madrid-Barcelona.....	45
Capítulo de las erratas.....	49
Proyecto de ley.....	57
<i>Non bis in idem</i>	65
Ya le comen, ya le comen.....	71
<i>Tutto agli amanti!</i>	77
Capuchas y capuchones.....	83
<i>Professional beauties</i>	91
Cartas á Higinia Balaguer.....	97
Las fórmulas.....	105
Garrotazo limpio.....	111
Bazar parlamentario.....	117
Carta á un patriota.....	121

Páginas.

El Chin-chin, diario patriótico.—¡Guerra al infiel marroquí!	129
Alcuzcúz	137
Oro, plata, cobre y nada	145
Letrilla al estilo antiguo	153
Pictoribus atque diplomaticis	157
Los que no han ido	165
La carne por los suelos	173
Tribu con pretensiones	179
Esquela abierta	185
Muérete y verás	193
Comunicado	205
Carta á un autor novel	209
El pez y el gato (fábula)	215
Cruels enigmas	223
Estruendópolis	229
Más sobre Estruendópolis	237
La Academia y el sufragio	245
Salida á nuestros productos	251
Las que se tapan los oídos	259
Partarín en los Madriles.—(Carta del héroe tarasconés)	265



LIBROS NUEVOS

AZOTES Y GALERAS

POR

MARIANO DE CÁVIA

DE PITÓN Á PITÓN

por Sobaquillo.

ILUSTRADOS POR ÁNGEL PONS



Casi todos los prosistas y poetas que hace treinta ó cuarenta años publicaban sus artículos y versos, fingían ceder al consejo, cuando no al ruego de sus amigos. Esto, que en la mayoría de los casos era una mentira de á folio, es una gran verdad respecto á Cávía, pues desde que llegó á Madrid y empezó á escribir, atrayendo primero las miradas de los que tienen obligación de conocer á los literatos jóvenes, y en seguida conquistando el favor del público desde que comenzó á sonar su nombre, amigos, compañeros, aficionados, inteligentes y vulgo le decíamos como puestos de acuerdo: «Perohombre, ¿cuándo colecciona usted todo eso?»

Todo eso eran sus crónicas, sus platos del día, sus revistas de toros, trabajos periodísticos destinados á vivir unas cuantas horas y dignos de mejor suerte.

Por fin se ha convencido de que pedíamos en justicia, y ha publicado dos tomos de artículos. Titúlense uno *Azotes y galeras*, y otro *De pitón á pitón*.

REVISTEROS DE TOROS.



SOBAQUILLO.

Antes de pasar adelante, hagamos constar que ambos libros están llenos de caricaturas y dibujos de Pons, quien ha sabido fijarse en lo más saliente y característico de cada artículo, representándolo ó comentándolo con el lápiz, dando muestra de mucho ingenio y mucha gracia. Casi puede decirse que lo hecho esta vez por Pons no es lo que vulgarmente se llama ilustrar, y con frecuencia es deslustrar un libro, sino animarlo con figuritas, caprichos y monadas en que se dan la mano la oportunidad y el gracejo. De cuando en cuando el caricaturista español maneja el lápiz de modo que atrae á la memoria los nombres de algunos dibujantes franceses, pero es en pocas ocasiones; y en cambio son muchas aquellas en que no necesita acordarse de nadie para demostrar que tiene mucho ingenio y que sabe expresar con la línea el lado cómico de las cosas y de los hombres. En fin, baste decir, en elogio suyo, que quien publique con él un libro, irá bien acompañado y tendrá un buen aliado para merecer el favor del público.

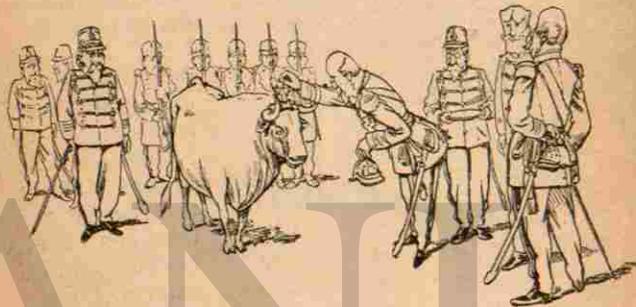
Y volvamos á Cavia. ¿A qué género pertenecen sus artículos? ¿A qué se parecen? ¿Qué parentescos literarios son los suyos?

Difícil es decirlo. Lo único seguro es que estos artículos son producto del choque de dos grandes fuerzas; una tiene por nombre *actualidad*; otra se llama *ingenio*.

La actualidad, hija de ayer, madre del mañana, misterioso punto intermedio entre lo que se preveía y lo que ocurre, á



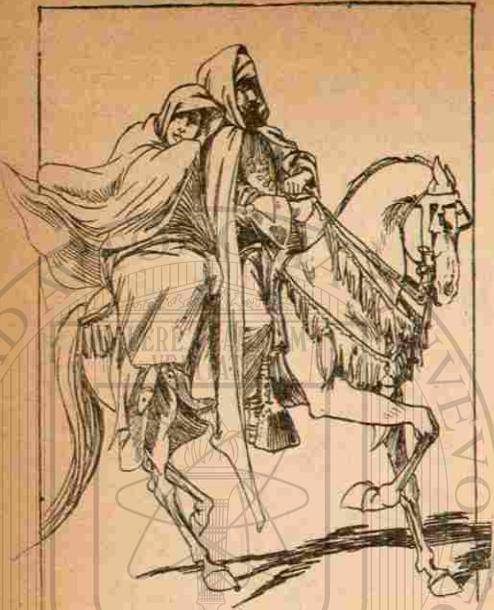
veces sorpresa, á veces confirmación del temor, casi nunca cumplimiento de la esperanza, es una deidad desconocida de los antiguos y á que los modernos rendimos culto: consecuencia del natural é insaciable afán de saberlo y explicárnoslo todo. No nos basta desentrañar el por qué de los sucesos extraordinarios que ocurren de tarde en tarde, queremos también aquilatar nuestras impresiones día por día, hora por hora, saturándonos de actualidad, analizando lo que vemos; tal vez por no recordar la amargura de lo que llevamos visto, y acaso por vengarnos de no poder evitar lo porvenir. Ello es que para comprender y comentar lo que la actualidad pone ante nuestros ojos; para saborearlo y apro-



vecharlo convenientemente, es necesaria una facultad distinta del talento, más veloz que la calmosa sensatez, más oportuna que la tardía experiencia; hace falta algo sutil, nervioso, intencionado, suspicaz, formado de intuición al concebir y de sátira al calificar; algo que puede ser grave como el razonamiento y aéreo como la gracia; algo que pasa pronto y deja rastro; en una palabra, lo que tiene Mariano de Cavia por arrobas: el ingenio.

El suceso del día, la preocupación pública del momento, la noticia que causa sensación, la obra dramática que injustamente se grita ó se aplaude, el libro que se comenta, el crimen que se juzga, la frase que corre de boca en boca, el escándalo que en voz baja se refiere, todo lo aprovecha Cavia y de todo saca partido y á todo le saca punta, convirtiéndolo en ocasión ó pretexto para decir, burla burlando, verdades como templos; pero de tal modo, que nadie puede darse por ofendido, y





visto cómo un académico se reía de otro por lo que de él dijo Cavia; y el pobre señor no comprendía que, sin saberlo, se estaba burlando de sí mismo y de toda la Academia.

Si la sátira es el arte de decir en broma verdades amargas y dorar píldoras, Cavia es un satírico de primer orden, porque dice á propios y extraños, amigos y adversarios, cuanto quiere, siempre con exquisita cortesía y empleando tal delicadeza y tacto, que parece repartir confites cuando está dando cañazos. Tiene en esto tal habilidad, que sabe censurar á los poderes hereditarios sin pecar de irrespetuoso, y dice á S. M. el Pueblo verdades como puños sin hacerse sospechoso.

Si existiera una ley de imprenta

expresándose con tal arte, que hasta el censurado se ríe de su propia culpa sin comprender que se mofa de sí mismo.

Sin embargo, no es Cavia escritor de aquellos cuyas frases levantan roncha. Habla de los hechos, del carácter que revisten y de sus consecuencias mucho más que de los hombres; antes se preocupa de la comedia que del autor y los cómicos; combate por ideas ó en contra de ellas; de suerte que, aunque realmente deje hombres tendidos en el campo, ninguno cree ser el muerto.

Yo recuerdo haber



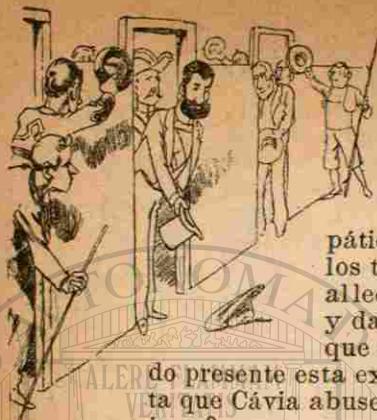
muy tiránica, que ya vendrá, Mariano escribiría burlándose de su espíritu y de su articulado, diciendo cuanto se le antojase, sin temor á multa, suspensión ni denuncia, paseándose por entre las prohibiciones y cortapisas como el gato se pasea entre tazas y copas, sin tocarlas.

Posee, además, dos condiciones envidiables: la fecundidad y la sinceridad. Respecto de la primera, á nadie se le oculta que todos tenemos y mostramos ingenio una vez al año, pero prodigarlo á diario, como él, sin solución de continuidad, es bien rarísimo.

Claro está que no todos sus *Platos del día* ni todas sus *revistas de toros* son de igual fuerza cómica; pero no deja pasar semana sin que escriba algo de eso que Madrid entero saborea por la mañana y comenta por la noche,



cuando en círculos, palcos, salones y saloncillos se habla de lo notable que ha producido el día. En cuanto á la sinceridad con que se expresa, es en él tan grande lo que pudiera llamarse honradez de estilo, que hasta cuando se propone, por conveniencia de lo que defiende, herir de soslayo, acaba por batirse á pecho descubierto. Como todo el que ha leído mucho y tiene gran memoria, es naturalmente erudito; pero además de muchos libros debe de haber leído muchos hombres, y sabe que la erudición del ilustrado resulta á veces ofensiva para tontos é ignorantes, es decir, para el mayor número; por lo cual Cavia emplea singular



habilidad en sacar á relucir lo que sabe, de modo que quien le lea se haga la ilusión de que ya sabía lo que le están enseñando: parece que no dice cosas nuevas, sino que le recuerda á uno lo que tiene olvidado. Así hace sim-

pática la erudición, á diferencia de los torpes pedantes, que ofenden al lector descubriendo mediterráneos y dando como recién compuesto lo que se tararea por la calle. Tenien-

do presente esta excelente cualidad, ¿qué importa que Cavia abuse de las citas y frases extranjeras?

Entre *Azotes y galeras* y *De pitón á pitón* no hay gran diferencia.

En los artículos que forman el primero de estos libros, dice claramente los asuntos que se propone tratar; en los que constituyen el segundo tomo, las corridas son como ocasión y pretexto para decir cuanto se le ocurre, sin previo aviso; tiene revistas de toros que parecen artículos políticos ó sátiras literarias, y ambas cosas á la vez. Pero á pesar de la gracia con que habla de diestros y de berrendos, creo que Cavia no toma el toro en serio, y que hubiera reñido pronto con cierto aficionado viejo que un día en la plaza me dijo severamente: «¡Aquí no venimos á divertirnos!» No sé por qué, pero sospecho que Cavia ve en los toros una imagen, un símbolo, ya político, ya literario; siempre considera al toro como al pueblo lidiado por conservadores, ó como al buen gusto corrido por malos escritores.

Para citar los artículos notables que



hay en ambos tomos, sería preciso copiar los índices casi enteros.

Aunque contruidos sobre el deleznable cimiento de la actualidad, *Azotes y galeras* y *De pitón á pitón* son libros que deben guardarse: quien los conserve á mano tendrá siempre cerca de sí un par de amigos de esos en cuya compañía no hay rato triste ni hora larga.

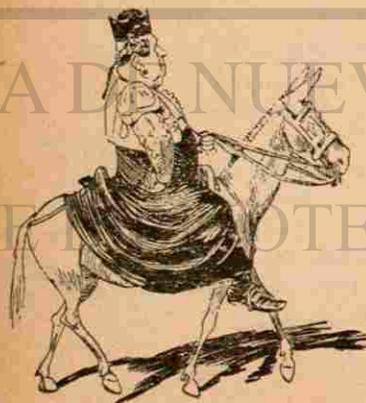
¿Pero Mariano de Cavia es un escritor á quien por nada puede censurarse? ¿Este artículo es apología de amigo ó «bombo» de compañero?

Digámosle la verdad completa. Cavia está cometiendo á sabiendas una insigne torpeza: está condenándose voluntariamente á olvido, y, lo que es peor, privando á España de un literato de los que pueden servir para fijar la índole de una época. ¿Por qué empeñarse en hacer de banderillero quien es primer espada?

Todo el talento de Mariano, con cuyas sobras pudieran enriquecerse muchos que pasan por notables, no es bastante á trastornar la índole de las cosas. Quien trabaja sobre la actualidad, que es lo que él está haciendo, trabaja sólo para dos ó tres generaciones. Si Cavia muriese ahora, no quedaría su nombre literario tan honrado como merece. Quien vive sobre la actualidad, muere de ella.

Bueno que siga guisando platos del día y viendo toros; pero tiene obligación de hacer algo que no sea de ahora, sino de siempre. ¿A qué clase de trabajo pertenecerá ese algo?

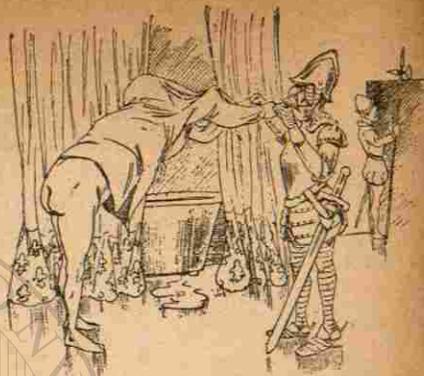
Nadie mejor que él puede saberlo. ¿Crítica? Tiene ilustración, serenidad de juicio y delicado gusto. ¿Novela? Para los que cultivamos el género sería un competidor terrible, pero contribuiría á que aumentasen los libros buenos y los lectores. Hoy más que nunca necesitamos auxilio los novelistas; porque si fuera cierto que ahora se van á escribir novelas en la mesa de sacristía... ¿dónde está el conde de Aranda de



la novela española? Cávía podría serlo: muchos, yo el primero, le reconoceríamos por capitán.

Pero haga crítica, novela, cuadros de costumbres, comedias, lo que quiera; es necesario que, sin quitarse el gorro de cocinero y sin dejar la muleta, nos dé de cuando en cuando un trabajo donde se refleje, no sólo su ingenio, sino el conjunto de todas sus facultades. En lo que á ideas y aspiraciones se refiere, es uno de los representantes de la juventud española que sabe contemplar las tristezas presentes con la mirada fija en lo porvenir: en cuanto á la forma literaria, es un descendiente de los Argensolas, que ha venido de Aragón á recordarnos cómo se debe escribir en tierra de Castilla.

En las grandes crisis nadie puede eximirse de pagar tributo: el rico da el oro; el fuerte su brazo; el débil su obediencia; el escritor de verdad su pluma. Cumpla Cávía aquello á que está obligado como pensador y literato. Medite también que en este aviso hay desinterés, casi abnegación; porque cuanto más escriba y suba él, menos medraremos otros. Pero no importa, con tal que ganen el nombre de España y el prestigio de la lengua castellana.



JACINTO OCTAVIO PICÓN.

(*El Correo*, 19 Abril 1891.)

Madrid en broma,

por LUIS TABOADA

Dibujos de A. Pons.—Pesetas, 3,50.

Cuadros vivos,

por EDUARDO DE PALACIO

Dibujos de A. Pons.—Pesetas, 3,50.

EN PRENSA

Solos de Clarín, por Leopoldo Alas

Cuarta edición, lujosamente ilustrada.

Salpicón, por Mariano de Cavia.

La vida cursi, por Luis Taboada.

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

